

Sophie Saint Rose

*Firma
Aqui*

Firma aquí

Sophie Saint Rose

Paula necesitaba sacar a su deprimido primo de la cárcel y para ello debía conseguir cien mil dólares. Estaba claro que trabajando en un supermercado no los iba a conseguir, así que la mejor manera de obtener el dinero, era robándoselo a la misma persona que había metido a su inocente primo en la cárcel. Era lo más justo. Pero con Dan Hackford no se jugaba.

Capítulo 1

Paula miraba al abogado de su primo asombrada.

—A ver si lo he entendido bien — dijo en voz baja para que no la oyera nadie. — Me está diciendo que John no saldrá de la cárcel porque la junta que concede la libertad condicional está bloqueando la petición y necesito cien mil dólares para que le dejen libre.

—En realidad es uno de la junta el que está retrasando la vista. Se ha puesto en contacto conmigo para avisarme. —el abogado parecía muy incómodo y su calva brillaba de sudor— Nunca me había encontrado en una situación así, la verdad. Sobre todo, con una familia humilde como la suya.

Paula apretó los labios apartándose un mechón rubio de la frente. Sus preciosos ojos verdes miraron a su tía que se había echado a llorar— No te preocupes, tía. Es que ese tipo piensa que John tiene el dinero escondido y quiere aprovecharse.

—Ya ha cumplido cinco años. — su tía miró al abogado— ¿No puede hacer nada? ¿Y si denunciamos?

—No servirá de nada, señora Malone. No tenemos nada contra él. Me llamó tomándome desprevenido, así que ni siquiera tengo una grabación. Fue claro en el método de depositar el dinero y no volverá a llamar. Me lo dejó claro. En cuanto se deposite el dinero, dará el visto bueno para la libertad condicional.

— ¿John sabe esto? — preguntó Paula sintiendo una rabia indescriptible.

El abogado se levantó de su silla mostrando su traje barato y fue hasta la cafetera para llenar la taza que tenía allí. Paula levantó una ceja al leer “El mejor abogado del mundo”

—No voy a decirle nada y creo que ustedes tampoco deberían. Está algo bajo de moral.

Su tía Estela se echó a llorar de nuevo — Es que lo está pasando muy mal.

—Sí. — dijo Paula mirando a su abogado de oficio— Parece que cuanto más cerca está la salida, peor se encuentra. ¿Qué nos propone? Nosotras no tenemos ese dinero.

El señor Thompson bebió de su taza de café mirándolas con los ojos entrecerrados y ella lo supo. Estaba compinchado con el tipo de la condicional o todo era mentira y el que reclamaba el dinero era él. Pero era un abogado de oficio y no les asignarían otro. Paula se levantó y cogió a su tía por el brazo para levantarla— Vamos, tía.

—Pero...— atónita miró al abogado— Algo se podrá hacer.

—Deben encontrar ese dinero. Tampoco es tanto.

— ¿Cien mil dólares? Para nosotras es como llegar a la luna.

—Seguro que su primo le ha dicho alguna vez dónde metió el millón que robó.

— ¡Él no robó nada! — le gritó furiosa con ganas de pegarle una paliza a aquel sinvergüenza — Vamos, tía. Llegaré tarde al trabajo. — acarició el pelo castaño de su tía y la abrazó por los hombros sacándola de allí.

En cuanto salieron a la calle, su tía preguntó angustiada— ¿Qué vamos a hacer ahora?

—No te preocupes. — miró a su alrededor— Encontraré una solución. —apretó los labios al ver un camión blindado de Hackford Security y dijo entre dientes— Encontraré una solución para que John pueda salir. —la cogió del brazo y echaron a andar en dirección del metro.

— ¿Crees que me darán algo por mis joyas? — preguntó en cuanto se sentaron en los asientos del metro.

La miró con pena— ¿Cien mil dólares, tía?

—Lo sé. Dios mío. —se pasó una mano por la frente— ¿Por qué nos pasan estas cosas a nosotros?

—Es como si nos hubieran pedido el millón que John robó. — siseó furiosa apretando las manos.

— ¡No robó nada!

— ¡Todo el mundo piensa que sí!

—Siempre lo ha negado. — la cogió del brazo furiosa y la miró a los ojos— ¿Es que ahora dudas de tu primo? Os habéis criado como hermanos. ¿Acaso no le conoces?

—No estoy diciendo que lo robara él, pero todo el mundo piensa que sí. ¡Por eso está en la cárcel, tía! — respiró hondo intentando relajarse — John dice que él no hizo nada y le creo, pero todo el mundo está convencido de que sí tiene el dinero. ¿Por qué crees que nos chantajea?

El vagón se detuvo en uno de los andenes y ella vio a través de las ventanillas un anuncio de instalación de alarmas de Hackford Security —

Maldito Hackford— siseó—Todo es culpa de ese maldito Hackford.

—Sí. — dijo su tía emocionada— Todos esos ricachones se conocen. Si no se hubiera empeñado en que mi John fuera a la cárcel, podría estar libre. Seguro que presionó a sus amigos para que le condenaran.

Paula apretó los labios porque estaba segura. Durante el juicio al que Paula asistió, él estuvo allí para asegurarse de que John recibía su merecido. Como le dijo a la prensa, no podía consentir ese comportamiento en su empresa, así que ella estaba segura de que su tía tenía razón.

Todavía recordaba el primer día de juicio. Ella tenía diecinueve años y estaba muy asustada por su primo. Como decía su tía eran como hermanos. Estela la había acogido cuando tenía dos años al morir su padre. Él era policía y había muerto de un disparo en el pecho durante un atraco. Como su madre había desaparecido del mapa en cuanto nació, fue su tía, la hermana de su padre quien la había acogido, porque sus abuelos eran muy mayores y no querían criar más hijos. Miró de reojo a su tía. Había sido una buena madre. Siempre se había preocupado de ambos, era cariñosa y había hecho lo que había podido con los recursos de los que contaba. La pensión que le pasaban por ser huérfana de un policía, les había hecho subsistir con el empleo que tenía por las mañanas, pero había sido suficiente.

Todavía recordaba como su primo John había llegado a casa emocionado por haber encontrado trabajo en una gran empresa. Llevaría un furgón blindado y después de hacer un curso que pagaría la empresa, iría recogiendo el dinero de los negocios de la ciudad para trasladarlo al banco.

Un día él no regresó del trabajo y cuando las llamó desde comisaría, se les vino el mundo encima. Le acusaban de haber robado más de un millón de dólares. Él y su compañero habían detenido el furgón y habían sacado una de las bolsas. La bolsa nunca apareció y ambos dijeron que eran inocentes, pero lo cierto es que los números no cuadraban y el dinero había desaparecido. John juraba y perjuraba que él no había sido, que el furgón había salido vacío y cuando habían regresado todo el dinero estaba allí. Que ninguna de las sacas había salido del furgón en ningún momento hasta el punto de regreso, donde se volvía a contabilizar el dinero y las tablillas con las firmas de los depositantes con sus cantidades correspondientes.

Paula le había preguntado mil veces a su primo si recordaba algún detalle del que pudieran tirar para encontrar al culpable, pero ni él ni su compañero entendían cómo había pasado todo.

La compañía de seguros se había hecho cargo del robo, pero Dan Hackford no iba a dejar que su empresa se pusiera en entredicho y fue tajante. Quería la pena máxima para ellos. Como no se encontró el dinero y sólo tenían las grabaciones de video del furgón, les condenaron a cada uno a diez años de prisión. Ahora ya podían pedir la condicional por buen comportamiento y precisamente les pasaba esto. No era justo.

Unos ojos grises pasaron por su mente. Sentada el primer día de juicio en aquel banco de madera viendo la espalda de su primo, volvió la cabeza al oír revuelo porque entraba alguien. Unos ojos grises fue lo primero que vio de él. La había sorprendido que fuera tan joven. Ella esperaba que el jefe de John tuviera cincuenta más o menos, pero aquel hombre debía tener treinta años. Tenía el pelo negro y llevaba un traje azul hecho a medida. Pero lo que más la impresionó no era eso. Era su mirada dura y el aura de poder que emanaba. Iba acompañado de otros dos hombres que también llevaban trajes caros, pero él era el que más destacaba.

Tomó aire sintiendo el calor en el pecho que sentía siempre que recordaba a ese hombre. Por supuesto Dan Hackford estaba allí el día de la sentencia. Cuando se enteraron de los años que le caerían a John, su tía y ella se echaron a llorar abrazándose a su primo que estaba destrozado. Recordaba como al apartarse de John, se limpió las lágrimas y al levantar la vista vio a Hackford mirándolos fijamente. Varias personas le palmeaban la espalda felicitándolo y ella le miró con odio antes de abrazar a su tía para salir de allí.

Volvió a mirar a Estela, que por supuesto seguía preocupada—No te preocupes. Encontraré la solución. — le sonrió cogiéndole la mano y apretándosela— Siempre se me ocurre algo.

Su tía se echó a reír — Tienes razón. Eres nuestro rayito de sol.

Sonrió al escuchar como la llamaba desde que era pequeña. Como ambos tenían el cabello castaño, decían que era su rayo de sol por su cabello rubio casi blanco. Con los años se le había oscurecido un poco, pero su tía seguía diciendo que era su rayo de sol.

Decidió cambiar de tema de la que llegaban a su parada en Brooklyn y le preguntó si le daría tiempo a hacer la cena o si se encargaba ella cuando llegara del trabajo. Esa pregunta fue suficiente para que su tía se olvidara del abogado durante los diez minutos que tardaron en llegar hasta su trabajo, despidiéndose en la puerta del supermercado donde Paula trabajaba hasta la noche.

Estaba detrás de su caja atendiendo a una vecina cuando llegó el furgón de Hackford. Ella entrecerró los ojos al ver a dos chicos nuevos y uno de ellos se quedó en la puerta mientras que el otro entraba hacia el despacho del encargado, que seguramente ya tenía la bolsa preparada. El chico de la puerta la miró y le guiñó un ojo. Avergonzada desvió la mirada, pero cuando volvió a levantar la vista después de darle la vuelta a la mujer estaba a su lado.

—Hola, preciosa.

—Perdona, ¿te conozco?

El chico sonrió —No, pero seguro que nos conoceremos.

Ella miró hacia el furgón— ¿Trabajas para Hackford?

—Sí, me llamo Neil. ¿Y tú?

—Paula.

— ¿Y qué te parece si te recojo esta noche para tomar algo?

Paula se sonrojó —No creo que pueda.

— ¿Y mañana?

Le miró a los ojos. Unos bonitos ojos marrones— La verdad es que...

— ¡Neil!

El chico se volvió para mirar a su compañero— Ya voy.

— ¡Joder, Neil! ¡No puedes apartarte del furgón!

— ¡He dicho que ya voy!

Se volvió pidiéndole disculpas con la mirada —Me tengo que ir. Hay que seguir recaudando el dinero para que el jefe se compre el piso nuevo.

A Paula se le cortó el aliento viéndole irse. Cuando llegó a la puerta le guiñó un ojo. Ella forzó una sonrisa viéndoles subir al furgón después de colocar la saca en la parte de atrás.

Le estuvo dando vueltas al tema durante toda la noche y al día siguiente esperó al furgón de Hackford impaciente. En cuanto Neil se bajó del furgón sonrió dándole la bienvenida.

En cuanto su compañero entró en el despacho, él abrió la puerta de la tienda— ¿Qué hay, preciosa?

—Hola, Neil.

—Te acuerdas de mi nombre.

—Es que me hizo gracia eso de que tu jefe tiene que ganar dinero para su casa nueva. Si está forrado.

— ¿Te lo puedes creer? Tiene una casa en Park Avenue, pero quiere comprarse una más grande.

Le miró incrédula— ¿Y tú cómo sabes eso? No creo que un tío tan importante vaya contando su vida a los empleados.

—Le escuché hablando con su abogado de la que salía del ascensor. Al parecer quiere una casa con terraza, pues está harto de no tener suficiente luz en la suya.

—Vaya, así que con dinero se puede comprar la luz.

Él se echó a reír— Sí y quiere que tenga un buen cuarto principal. Dice que el suyo es una caja de zapatos.

—Sí, me puedo imaginar su caja de zapatos.

Neil estaba partiéndose de la risa asintiendo y le dijo— Ahí viene mi compañero. ¿Qué me dices? ¿Quedamos hoy?

—Lo siento, pero he quedado con unas amigas para ir al cine. Es el cumpleaños de una de ellas.

—Lo preguntaré mañana.

—Vale. — le guiñó un ojo y él encantado de la vida se acercó a su compañero.

Ella perdió la sonrisa en cuanto se alejaron y una idea empezó a formarse en su mente.

Dos horas después se acercó a una compañera de la sección de frutería — Oye, Anne...

Su amiga se volvió y ella le hizo un gesto para alejarse de la gente— ¿Qué pasa? No me digas que el idiota ha vuelto a meterte mano.

El idiota era Jeremy un reponedor que se creía que volvía loca a las nenas — No. Después de estrellarle aquel huevo en la frente, no se ha vuelto a acercar. No, es otra cosa.

—Dime.

— ¿Tu hermano sigue haciendo esos trabajitos tan finos?

Anne abrió los ojos como platos— ¿Qué ocurre?

—Necesito uno de esos trabajitos.

— ¿De qué tipo?

—Permiso de conducir a nombre de Seryl Stewart y alguna cosilla más. Tengo una foto en el bolso.

Anne miró a su alrededor— Si te pillan...

—No sé nada. No conozco a nadie.

Fueron hasta su taquilla y mirando a su alrededor por si alguien las escuchaba le dio la foto. Anne apretó los labios mirándola preocupada y susurró—Cuando lo quieras, avísame.

—Mañana te doy los detalles de lo otro, para que me digas cuánto es.

—Tú no me debes nada. — Anne la cogió del brazo— Con todos los favores que te debo estaría bueno. ¿Pero estás segura de que sabes lo que haces? No has hecho algo deshonesto en la vida.

—Pues ya va siendo hora.

— Esto es por John, ¿verdad?

— No te voy a contar nada.

Su amiga apretó los labios— Muy bien. Avísame con lo que necesites. Yo me encargo de mi hermano.

—Gracias.

Capítulo 2

Estuvo dándole vueltas a todas sus ideas durante todo su turno y en cuanto llegó a casa le contó a su tía sus planes.

Estela la miró como si estuviera loca— ¿Pero qué estás diciendo?

— ¡Él le metió allí! ¡Es justo que pague porque le saquen!

—Acabarás allí tú también.

—No, escúchame. Es fácil. De hecho, es tan fácil, que me parto de la risa. — le guiñó un ojo— Está buscando piso y sabes que en Manhattan y en la zona alta es muy difícil encontrar lo que quieres.

—Sí.

—Pero alquilar es otro cantar. Para alquilar esas casas de alto standing siempre hay porque quien tiene un piso allí no se libra de él. Con un mes de alquiler pagas los gastos de todo el año.

—Continúa.

—Es sencillo. Buscó un piso que tenga las características que él quiere y lo alquiló solamente un mes. Cuando lo vea no podrá resistirse a hacer una oferta y deberá dar una señal.

Su tía asintió añadiendo— Y después desaparecemos.

—Exacto. Limpio. Rápido y sencillo. El hermano de Anne me hará la documentación y en cuanto tenga el piso, me falsificará la escritura.

—Su visita deberá ser por la mañana para poder cobrar el cheque a toda prisa por si comprueban los documentos.

—Exacto. — se metió una patata frita en la boca sonriendo de oreja a oreja — ¿A que es perfecto?

—Si te pillan...

—Los documentos serán idénticos. Nunca han pillado al hermano de Anne.

— ¿Y de dónde vas a sacar el dinero para alquilar el piso?

Ella perdió la sonrisa— Esa es la parte más complicada. Se la pediré a Roberto.

— ¡No! ¡Es un traficante!

—Tiene dinero y me lo prestará. A un interés, claro. No es una hermanita de la caridad.

— ¿Y si no compra el piso? ¡Roberto te matará!

Se le hizo un nudo en el estómago— No me matará. Pero puede que me lleve una paliza.

— ¡Te matará! ¡Busca otra manera de encontrar ese dinero!

—Serán unos veinte mil. —su tía abrió los ojos como platos—Exacto. ¿Cómo voy a conseguir veinte mil de otra manera?

—Olvídalo.

—No podrá resistirse. No te preocupes, que antes de pedirle el dinero a Roberto buscaré la casa con detenimiento. Tiene que ser perfecta y tengo que darme prisa si ya está buscando.

— ¿Y si hipoteco la casa?

—Ni hablar. Si me pillan, sólo faltaba que te quedarás en la calle. En la cárcel Roberto no me hará nada.

Su tía la miró angustiada— Por favor. Piénsatelo bien. Ese hombre no se va a quedar de brazos cruzados si te cogen y si no consigues venderle el piso, Roberto...

—No te preocupes. Si no consigo venderle el piso a Hackford, llegaré a un trato con Roberto. No es tonto y querrá recuperar su dinero.

—Esto no me gusta.

—Lo sé, pero si queremos sacar a John es la única oportunidad que tenemos.

Se pasó toda la noche mirando pisos por Internet en la zona alta de Nueva York y encontró uno que era más que perfecto. Con vistas a central Park tenía una terraza que rodeaba la casa. Incluso tenía vistas desde el dormitorio, que tenía vestidor y baño incorporado. Además, tenía tres habitaciones más, dos baños más y un gran salón con puertas acristaladas a la parte más amplia de la terraza.

— Perfecta para hacer fiestas para los ricachones de tus amigos. — siseó mirando la cocina último modelo.

El alquiler era estratosférico. Veinticinco mil dólares. Se mordió el labio inferior y después se dijo— Qué más dará veinte que veinticinco.

Cogió el número de teléfono y miró el reloj haciendo una mueca al ver que eran las cinco de la mañana.

En cuanto dieron las nueve llamó por teléfono para concertar una cita diciéndole que estaba muy interesada. Necesitaba el piso porque tenía que

trabajar en Nueva York durante un mes y lo necesitaba para recibir a sus clientes. La agente lo entendió perfectamente diciéndole que era perfecto.

A las diez estaba ante la puerta de la Quinta Avenida mirando la fachada del edificio sonriendo de oreja a oreja. El estilo francés del edificio le gustaría a cualquiera— ¿Señorita Stewart?

Tuvo que reaccionar al escuchar su nombre falso y se volvió sonriendo. Una mujer de unos cincuenta años vestida impecablemente con un traje de Chanel rosa, la miró de arriba abajo.

—Sí, soy yo. —respondió sabiendo que estaba impecable con su vestido color azul claro y zapatos de tacón en color nude. Que su tía cosiera de maravilla, era una ventaja, porque nunca le faltaba ropa con clase.

La mujer sonrió— Soy la señora Bynnes.

—Encantada. ¿Entramos? Tengo una reunión en una hora.

—Oh, por supuesto. — dijo mirando su bolso de piel regalo de Navidad de su tía—Pase por aquí.

Entraron en un hall impecablemente limpio. El mármol estilo tablero de ajedrez brillaba bajo una lámpara de gotas de cristal. Un portero uniformado se llevó la mano a la gorra— Buenos días.

—Buenos días. — saludó ella sonriendo.

—Vamos a ver el séptimo.

—Perfecto, señora Bynnes.

El tema del portero la preocupó por si Hackford hablaba con él antes de subir a ver el piso. Ya vería cómo lo solucionaba.

Subieron a un precioso ascensor antiguo— ¿Los gastos están incluidos?

—Sí, están incluidos en el precio. —le sonrió abiertamente— ¿A qué se dedica?

—A la moda. —se acarició la cintura—Este vestido es de mi marca.

—De una gran calidad.

—Gracias. Vengo a presentar mi línea a varias tiendas y necesito espacio. En el futuro si todo sigue así, tendré que comprarme uno, pero de momento lo llevo todo desde Boston. — dijo soltando el rollo que tenía preparado.

—Entiendo. —los ojos de la mujer brillaron— Así que puede que en el futuro pueda comprarlo.

— ¿Está a la venta? — preguntó preocupada por si Hackford ya lo había visto.

—No. — se acercó como si le contara un secreto, haciéndole llegar su penetrante perfume— Pero en confianza sé de buena tinta que el dueño está pensando en venderlo.

—Ah. — la miró maliciosa— ¿No me diga?

—Si le interesa en el futuro, avíseme.

—Lo haré. Espero que todo salga bien en esta visita y si es así puede que hagamos negocio. ¿Cuánto costaría?

—Bueno, es aventurado sin tasar, pero yo apostaría que unos cinco.

—Interesante.

Salieron del ascensor y vio que había sólo una puerta— ¿Piso por planta?

—Todo un lujo en Nueva York. He vendido casas que tenían veinte vecinos por planta.

—Horrible con tanto ruido. — dijo con cara de asco.

—Eso mismo pienso yo. — abrió la puerta y la dejó pasar.

—Dios mío. — susurró atónita por lo que estaba viendo— Las fotos no le hacen justicia.

La mujer sonrió— Esta casa es una joya. No hay nada así en Nueva York. — dijo mientras Paula se acercaba al enorme salón. Estaba impecablemente decorado y todo brillaba como si estuvieran limpiando todo el día— ¿El servicio trabajará para mí?

—Dos chicas de limpieza sólo por la mañana.

—Perfecto. — pensó que tendría que librarse de las chicas esa mañana. Paseó por el salón mirándolo todo. La verdad es que si tuviera millones a puñados se la compraría. Salió a la terraza y vio todo Central Park.

— ¿Qué le parece?

—Maravillosa. — por la terraza entró a la habitación principal— Impresionante. —La gran cama parecía un cuadrilátero. ¿De dónde sacarían las sábanas de ese tamaño? Entró en el baño que tenía dos senos y una bañera con jacuzzi con mármol de carrara de arriba abajo— No han escatimado en gastos.

—Por supuesto que no. Su dueño vive en Mónaco.

—Oh, es precioso. No me extraña que se haya mudado allí.

— ¿Lo conoce?

—Estuve el año pasado en junio. El casino es increíble. Lujo en estado puro. —dijo recordando una película.

La mujer suspiró mirándola— Mi marido siempre dice que me llevará, pero nunca tiene tiempo.

La miró maliciosa— Pues tiene que convencerle.

La señora Bynnes se echó a reír —Será mala.

Miró el resto de las habitaciones que eran increíbles. En una de esas metía la casita de su tía. Al atravesar el salón y entrar en la cocina jadeó. Era inmensa, con una isleta central con la cocina incorporada. Una mesa para seis personas tenía un jarrón de cristal lleno de rosas rojas. Hasta en la cocina tenían ese tipo de detalles.

— ¿Qué le parece?

—Me encanta. — dijo volviéndose— ¿Veinticinco mil?

—Por adelantado.

—Tengo que hablar con mi asistente. —la mujer pareció decepcionada — Pero si puedo solucionarlo, esta misma tarde le daré el dinero.

—Ah. Estupendo.

—La llamaré y así va preparando los papeles.

—Si me deja el permiso de....

Ella se volvió sorprendida— No lo he traído. Lo siento, no lo sabía. — disimuló como si le diera vergüenza— ¿Cómo puedo ser tan estúpida? Lo tiene mi asistente y se me olvidó pedirselo, pero esta tarde se lo traeré.

—No se preocupe. —la mujer sacó una libretita— Si me dice su nombre, iré preparando los papeles.

—Oh, Seryl Stewart.

—Perfecto. El resto lo puedo hacer esta tarde si no le importa quedar en mi oficina.

—No me importa en absoluto.

En cuanto llegó a Brooklyn, se pasó por el Chiss. Entró y vio a Roberto al final del bar sentado con sus amigos. Se conocían desde niños y varias veces había intentado meterla en su mundo, pero ella nunca se dejó llevar como otros del barrio. Se acercó a él y Roberto levantó su ceja negra— ¿Pero mira quién está aquí? ¿Le ocurre algo a John?

—No. ¿Puedo hablar contigo un momento?

— ¿Has ido de boda? — divertido la miró de arriba abajo haciéndose el gracioso.

—Por favor.

Roberto perdió la risa —Desaparecer.

Cuando los cuatro amigos se fueron, ella se sentó ante él — ¿Qué pasa, pequeña? No me has dicho nunca por favor. Sapo y cabrito varias veces, pero pedirme algo por favor.... — se echó a reír al ver que sonreía — Tienes problemas.

Se apartó su pelo rubio del hombro y él se la comió con los ojos. Sabía que siempre le había gustado, pero a ella en el fondo siempre le había dado miedo — Algo así.

Roberto se echó a reír — Eso significa que te estás buscando problemas.

— Necesito veinticinco mil.

Roberto perdió la risa tensándose — ¿Qué pasa? Si tienes problemas con alguien sólo tienes que decírmelo y yo te lo soluciono.

— Yo soluciono mis problemas. Necesito veinticinco. ¿Me los prestas?

— En un mes tendrás que darme treinta.

— Hecho.

— ¿No pensarás robar un furgón como tu primo? — dijo molesto—
¡No quiero tener que sacarte de problemas en la cárcel como a él!

Le miró con sus ojos verdes fijamente — ¿Me los prestas?

Roberto apretó los labios — ¿Para cuándo los necesitas?

— Una hora.

— Uno de mis chicos te los llevará a casa.

Ella se levantó y la cogió por la muñeca haciendo que le mirara — Procura devolverlos, cielo. Puede que seas preciosa, pero lo vas a pasar mal como no lo hagas.

— ¿Eso significa que tú lo vas a pasar bien?

Roberto se echó a reír mirándola de arriba abajo recorriendo su precioso cuerpo — Sí, yo lo voy a pasar estupendamente. — la miró a los ojos — ¿Estás segura que todavía los quieres?

— Envíamelos a casa.

Se soltó dándole la espalda mientras se echaba al reír — Treinta días, preciosa.

En cuanto salió, llamó a Anne que le dijo que el permiso de conducir estaba listo. Suspiró de alivio diciendo que lo necesitaba ya.

— Recógelo en el Burger.

Entendía lo que quería decir. Fue a la hamburguesería y se acercó al mostrador donde un chico con una gorra con unas patatas fritas de plástico le sonrió— ¿Qué le pongo?

—Tengo un pedido a nombre de Paula.

El chico frunció el ceño— No sé de qué habla. No hay pedidos.

Un hombre apareció tras él con una bolsa en la mano. Era el hermano de Anne — Aquí tiene.

—Gracias. —sonrió aliviada— ¿Cuánto es?

—Ya está pagado.

—Gracias. —dijo mirándole a los ojos— Adiós.

Esa misma tarde firmaba el contrato de arrendamiento por un mes y ya no había vuelta atrás.

Capítulo 3

Muy nerviosa se volvió a mirar en el espejo. El vestido blanco, que su tía le había copiado de una revista, le quedaba perfecto. Entallado a su cuerpo, se parecía esos que llevaban las ricachonas. Salió de la habitación principal para ir hasta la cocina donde su tía había dejado unos canapés para la visita del agente. Lo había organizado en dos días y esperaba que se tragara que era la dueña del piso. Los papeles estaban preparados y le parecía que tenía todos los detalles bien atados. Había buscado una agencia distinta a la de la mujer y le había dicho al agente por teléfono que no quería que las fotos se colgaran en Internet para evitar curiosos. Era un piso demasiado bueno y tenía miedo que se supiera que estaba a la venta. Incluso no le había dicho nada al portero para que no avisara a los vecinos y pusieran pegatas sobre el nuevo dueño. Al hombre no le pareció raro y dijo que iría a la mañana siguiente, lo que a ella le venía perfecto para no perder trabajo. Esperaba que todo saliera bien porque desde que había firmado el contrato, tenía un nudo en el estómago que no se le iba.

Cuando llamaron al timbre se tensó y tomó aire antes de ir hacia la puerta. Sonrió y la abrió quedándose de piedra porque el mismísimo Dan Hackford estaba en la puerta con otros dos hombres.

— ¿Señorita Stewart?

Ella miró al hombrecillo que estaba ante ella— ¿Si? ¿Es el señor López?

—El agente inmobiliario. Mucho gusto.

Ella le dio la mano y dijo con voz suave— Íbamos a tener una reunión privada. — dijo sonrojándose porque aquello le parecía irreal. ¿Ya la habían pillado? Era imposible que tuviera tanta suerte.

—Es un cliente muy importante y al enterarme de que este piso estaba a la venta, se lo dije. Espero que me disculpe. Es poco ortodoxo, pero a él le corre prisa y es un cliente solvente.

—Bueno, no sé. — le miró primero a él y después al que iba con él, que tenía unos cuarenta años y miraba el salón con curiosidad— Si usted cree que está bien...

—No se preocupe, señorita. ¿Nos permite pasar?

—Oh, sí. Por supuesto. —se apartó dejándoles entrar. El nudo en la garganta se hizo grande como una pelota de golf. Esperaba que no se pusiera a sudar.

El agente sonrió encantado—Bonita casa.

—Gracias. — susurró — Era de mi tía. Ha fallecido hace poco.

—Lo siento mucho. ¿Y se la ha dejado a usted o es de varios herederos?

Cerró la puerta y se volvió para ver que Hackford la miraba fijamente — Es mía.

—Dan Hackford. — dijo él alargando la mano.

—Seryl Stewart. — cuando le dio la mano, sintió que una descarga eléctrica le subía por el brazo hasta llegar a su pecho y sin aliento levantó la vista a sus ojos separando la mano de inmediato.

—Adam Johnson. —dijo el hombre que iba con él —Soy el abogado del señor Hackford.

— ¿Su abogado? — preguntó asustada por los papeles.

El hombre se echó a reír— Y su amigo.

Ella forzó la sonrisa— Bienvenidos a mi casa. — se acercó al agente que miraba a su alrededor satisfecho— Pueden mirar lo que quieran, pero por favor nada de sacar fotos.

—Lo entendemos. —el agente se acercó a ellos maravillado y les susurró algo a Hackford, que la volvió a mirar.

Paula disimulando se volvió y fue hasta la terraza abriendo las puertas dobles para salir a la terraza. Les vio ir de un lado a otro de la casa y ella que ya estaba de los nervios, apretaba la barandilla mirando el parque, pensando que debía de estar loca para hacer algo así.

— ¿Por qué vende esta casa?

La voz de Hackford a su espalda la sobresaltó y se volvió asustada— No puedo mantenerla.

Él miró a su alrededor— Entiendo. Es una pena.

—Sí. — forzó una sonrisa y sin querer le miró a los ojos— Es la casa que cualquiera quiere tener.

Hackford frunció el ceño— ¿Nos conocemos?

Ella parpadeó aterrada. ¡No podía haberla reconocido del juzgado! ¡Habían pasado cinco años! — No. Creo que no.

—Tiene un color de ojos muy peculiar.

—Son verdes.

Él sonrió— Sí, pero de un verde esmeralda. Y me parece que los he visto antes.

Ahora sí que estaba sudando— Pues lo siento, pero no me acuerdo.

—Yo sí que me acordaré.

—Bueno, creo que debemos hablar de negocios. — dijo el agente satisfecho saliendo a la terraza con el abogado.

—Usted dirá. — se cruzó de brazos porque ante esos tres estaba en clara desventaja.

—El señor Hackford le ofrece cinco millones. Es un precio más que justo.

—Cinco millones quinientos mil. —dijo dejándolo con la boca abierta —Ese sí que es un precio justo.

Hackford y López se miraron mientras que el abogado decía— Dan, piénsalo. Ni un dólar más de doscientos.

—Quinientos y no pienso moverme de esa cifra. Los tres saben que este piso no estará a la venta más de dos días.

Hackford asintió metiendo la mano en el bolsillo interior de su traje gris—Le extenderé un cheque de fianza. ¿Le parece?

Ella descruzó los brazos mirando al hombrecillo— ¿Pero no tienen que revisar las escrituras y esas cosas?

— ¿Las tiene por ahí? Me gustaría llevármelas para preparar los papeles de la compraventa. — dijo su abogado.

Confundida los miró— ¿Así sin más?

El agente se echó a reír— En cuanto cobre el cheque, habrá aceptado la compraventa, pero aun así firmaremos ahora un documento que tengo preparado para ese efecto.

—Pues vamos a ello. — dijo pasando ante ellos para entrar en el salón.

¡Aquello era increíble! ¡No podía tener tanta suerte!

— ¿Le parece bien un cheque por quinientos mil?

Se volvió sorprendida— Oh, no hace falta que sea tanto.

El agente frunció el ceño— ¿No pensará echarse atrás?

—No, claro que no. Lo que pasa es que me parece mucho. —respondió sonrojada.

—No se preocupe. — dijo el abogado divertido — Él puede permitírselo.

Dan se apoyó en la mesa del salón y extendió el cheque — Seryl Stewart, ¿verdad?

—Sí. — susurró antes de volverse para coger los papeles que tenía sobre un aparador —Aquí tienen. — le entregó los papeles al señor Johnson que sonrió abriéndolos. Asintió hojeándolos y miró a su amigo que arrancaba el cheque en ese momento.

—Por favor, firme aquí. — dijo el agente.

Ella se acercó a la mesa y vio que en el documento escrito por ordenador ya ponía sus nombres y la cantidad pactada— ¿Es adivino? — preguntó haciendo reír a los hombres.

—Muchos años de trabajo en esta profesión.

—Pues es de lo más eficiente. —firmó como Seryl y le devolvió el bolígrafo — ¿Cuándo firmaremos los papeles?

—En cuanto estén preparados la llamaremos. — dijo el agente encantado.

Dan se colocó a su lado y firmó junto a su firma. A Paula se le cortó el aliento al tenerle tan cerca y cuando él se incorporó sonrió alargando la mano con el cheque— Ha sido un placer conocerla.

—Lo mismo digo. — le tembló la mano al cogerlo y forzó una sonrisa —Gracias.

—Es un placer. — la voz de ese hombre la estremeció y sonrojada se pasó la lengua por su labio inferior nerviosa— ¿Desean beber algo?

—No, gracias. — respondió Dan sin perder detalle de sus labios— Debo volver al trabajo.

—Y yo. — el agente alargó la mano— La llamaré en cuanto todo esté listo.

—Gracias.

Los acompañó a la puerta y Johnson sonrió— Una casa preciosa.

—Ahora es suya, así que dígaselo a él.

Los hombres se echaron a reír y ella iba a cerrar la puerta cuando Dan lo impidió. Se miraron a los ojos antes de que él dijera— Lo recordaré. Tengo buena memoria.

Ella forzó una sonrisa. — ¿Recuerda a todos sus conocidos?

Los ojos de Dan brillaron— No, pero estoy seguro que el día de hoy no se me va a olvidar en la vida.

Paula no pudo estar más de acuerdo y sonrió abiertamente— Lo mismo digo.

Capítulo 4

Cerró la puerta antes de que pudiera decir nada más y se llevó la mano al pecho sintiendo que su corazón iba a mil por hora. No gritó de alegría porque sabrían que había sido ella e impaciente paseó de un lado a otro esperando veinte minutos antes de coger el bolso y largarse a toda leche de allí, dejando las llaves al portero diciendo que tenía que irse de la ciudad y que no volvería. El hombre cogió las llaves como si estuviera acostumbrado a esas cosas y ella fue hasta el metro. Fue hasta Wall Street y entró en la sucursal del banco que venía en el cheque. El cajero se quedó algo impresionado con la cantidad y le dijo que pasara a una de las chicas que estaban en las mesas que le dio la paliza intentando que abriera una cuenta — Oiga. Quiero el dinero. En efectivo. ¿O tengo que llamar al señor Hackford?

—No, claro que no. Enseguida se lo preparamos. — dijo asustada.

Cómo se notaba quien mandaba allí. Hackford por supuesto. Nerviosa vio que la miraban de reojo, pero levantó la barbilla como toda una señora. Sólo le faltaba cagarla ahora.

La mujer se acercó con un sobre en la mano y le hizo firmar el recibo entregándole el permiso de conducir. Cogió el sobre y se levantó— Y espero que la próxima vez no me pongan tantas pegas— dijo altanera antes de irse con viento fresco, dejándola con la boca abierta.

Apagó el móvil desechable y lo metió en una bolsa de papel que tenía preparada tirándola a una alcantarilla de la que pasaba, disimulando como si se recogiera algo del suelo.

En el metro apretaba el bolso sin darse cuenta y un chaval con los pantalones caídos la miró de reojo— ¿Qué miras? — preguntó descarada.

—Nada.

— ¡Pues eso!

El chico chasqueó la lengua, pero se giró para no mirarla. Cuando salió en Brooklyn, casi corrió hasta su casa y en cuanto entró, se echó a llorar del alivio.

Su tía salió del cuarto de costura y la vio— Dios mío. Te han pillado.

— ¡Lo he conseguido!

Se pusieron a chillar como niñas y sacó el sobre de su bolso para que lo viera. Su tía abrió los ojos como platos sentándose en el sofá— ¿Pero ahí cuánto dinero hay?

— ¡Quinientos mil!

—Pero sólo necesitábamos...

—No te preocupes. En cuanto pague los ciento treinta mil, el resto se lo envío por correo. —su tía suspiró aliviada —Es que se empeñó en darme quinientos. Yo no los quería, pero por no despertar sospechas...

—Entiendo.

Ella sacó el dinero que necesitaba y metió en un sobre el resto. Buscó la dirección por Internet y se cambió de ropa con sus vaqueros de siempre y una camiseta. Esa misma tarde, su tía fue a llevar el dinero al abogado y ella llevó a Roberto el resto.

—Vaya, vaya. — dijo Roberto mirando la pasta —Al parecer no eres tan buena como aparentas.

Se echó a reír— ¿En este barrio?

Roberto sonrió con ironía. —Si me necesitas de nuevo....

—Eso no va a pasar.

Se dio la vuelta saliendo del Chiss mientras sus amigos se reían.

Una semana después su primo salió de la cárcel y cuando lo vio entrar por la puerta de la casa, se tiró a sus brazos aliviada de tenerlo al fin con ellas de nuevo— Qué bueno es estar en casa.

—Sí. — se apartó limpiándose las lágrimas y le miró de arriba abajo. Su pelo castaño necesitaba un corte— Estas más delgado que la última vez que te vi.

—Es porque quería las albóndigas de mamá.

Tía Estela se echó a llorar de emoción y ella sonrió— Otra vez la familia está unida.

—Sí. —las abrazó y las besó a cada una en la frente — La familia unida de nuevo.

Estuvieron hablando durante toda la cena de anécdotas de la cárcel. Se rieron de sus chistes y se dieron cuenta inmediatamente que su carácter había cambiado. Intentaba ser el John de siempre, pero era más duro y sus modales eran más toscos. Cuando llegó la hora de acostarse, ella se levantó y le abrazó por detrás dándole un beso en la mejilla— Me alegro muchísimo de que estés aquí.

Él apretó sus brazos con fuerza y volvió la vista para mirarla a los ojos. Paula perdió su sonrisa poco a poco al ver su mirada. Parecía que estaba triste — ¿Estás bien?

—Si a mí me pasara algo, cuidarías de mamá, ¿verdad?

Disimuladamente miró a su tía que feliz lavaba los platos— Sabes que sí. Llevo haciéndolo cinco años.

Él apretó los labios asintiendo— Te quiero, ¿sabes?

—No me digas que tienes más problemas, John.

Él sonrió negando con la cabeza. —A partir de ahora a vivir.

—Así me gusta. — lo besó en la mejilla largamente y él se echó a reír.

—Serás pesada.

—No sabes cuánto. — le guiñó un ojo— Hasta mañana familia.

—Hasta mañana. — dijo su tía mirándola con cariño.

Esa misma noche sobre las tres de la mañana escuchó un ruido en el salón. Se levantó adormilada y salió de su habitación preocupada por su primo. Esa mirada triste no le había gustado, así que supuso que querría hablar. Salió al salón, pero no había nadie y cuando fue hasta su habitación vio que tenía la puerta abierta. Empujó suavemente la puerta para no despertarle y vio un bulto sobre la cama. Sonriendo iba a cerrar cuando se dio cuenta que no había almohada. Asustada entró en la habitación y apartó las mantas para ver la almohada. Encendió la luz de al lado de la cama y miró hacia su armario que estaba abierto y no estaba la ropa que normalmente se guardaba allí. ¡Se había ido!

Sintiendo una tristeza enorme, se sentó en la cama sabiendo que sí que había robado el dinero y las había abandonado.

Dos meses después

—Anne, ¿puedes comprobar si este producto tiene bien el código de barras? — preguntó a su amiga entregándole una bolsa de manzanas— Me sale que vale veintinueve noventa.

Anne se echó a reír cogiendo la bolsa —Evidentemente no está bien.

—Ya me parecía. — se volvió hacia la clienta— Disculpe. Enseguida traen...

— ¡Levantar las manos! — gritó alguien colocándole una escopeta en la cara.

Atónita mientras las mujeres de la cola gritaban apartándose, miró el cañón del arma que tenía ante su nariz, para después levantar las manos lentamente mirando al yonki que evidentemente tenía el mono— No te pongas nervioso.

— ¡Cállate, zorra! Mete el dinero en una de esas bolsas. — señaló las bolsas de papel con la escopeta y ella cogió una a toda prisa. Abrió la caja y empezó a meter dentro los billetes mirando al frente donde Anne se escondía detrás de una estantería hablando por teléfono.

Le entregó la bolsa y el tipo salió corriendo hacia las puertas justo en el momento que los chicos de Hackford salían del furgón. Paula se escondió debajo del mostrador cuando vio a Neil sacar el arma y chilló allí escondida al oír disparos y roturas de cristales. Todo pasó en apenas unos segundos.

— Paula, ¿estás bien?

Sacó la cabeza para ver a Neil con el arma levantada mirando a su alrededor— ¿Hay más?

— ¡No! —gritó Anne.

Paula sacó más la cabeza y vio al atracador tirado en el suelo mientras las sirenas de la policía se acercaban. Suspiró de alivio al ver que Neil y su compañero estaban ilesos. Su compañero hablaba por la radio, seguramente hablando con la policía.

Tuvieron que cerrar la puerta y después de tomarle declaración dejaron que se fuera a casa.

Sentada en el sofá contaba lo que había pasado a su tía que estaba sentada a su lado cuando esta dijo— Seguro que lo echan por televisión.

—Vamos a ver lo que dicen.

Diez minutos después se quedaron mirando la televisión con la boca abierta al ver las imágenes del yonki con el arma en la mano apuntando a Paula a la cara. El miedo la recorrió. ¡Cualquiera de los implicados en su estafa podrían reconocerla!

—Yo me largo. — dijo levantándose de golpe —Vendrán a por mí por lo de Hackford.

— ¿Cómo te van a reconocer? Nadie va a relacionar a la timadora con una cajera de supermercado.

Se miró en la televisión y la verdad era que con el pelo recogido con un lápiz y vestida con la ropa del supermercado no se parecía mucho a la pija

de la Quinta Avenida. Había que ser un fisonomista de primera para pillarla. Cuando llamaron a la puerta sobresaltadas se miraron la una a la otra y Paula susurró alejándose —No estoy en casa.

Capítulo 5

Se alejó lentamente sin hacer ruido y se metió en su cuarto escondiéndose debajo de la cama. Igual tenía que haber salido por las escaleras de incendios, pero ahora ya era tarde.

Un minuto después se abrió la puerta lentamente y se tensó mirando unos zapatos de hombre que tenían pinta de ser carísimos.

— Te aconsejo que salgas antes de que me cabrees más.

Cerró los ojos con fuerza como si con eso fuera a lograr que se fuera. Que Hackford estuviera allí, significaba que estaba todo perdido. Pero si podía huir...

— Paula, no lo repito más. Sal de una vez.

De repente su cama individual salió volando y ella de espaldas al suelo vio que Hackford estaba furioso— Pero mira lo que he encontrado. — dijo entre dientes cogiéndola por el brazo con fuerza para arrastrarla por el suelo.

Paula gritó intentando resistirse, pero él se volvió agachándose y cogiéndola de la barbilla— Te juro por lo más sagrado, que como te resistas vas a pasarlo realmente mal.

— ¡Te devolví el dinero!

— ¡No todo! — la cogió por ambos brazos y la incorporó sin esfuerzo pegándola a él— ¡Pero me lo vas a pagar y lo que me robó tu primo también!

— ¡Eso ya lo pagó yendo a la cárcel!

— ¡Y una mierda! ¡Le has sacado de la cárcel, por eso no lo ha pagado!

— ¡Tiene la condicional!

— ¡Eso sería si no hubiera huido! — le gritó a la cara— ¡Ha huido con mi dinero!

— ¿Cómo me has encontrado?

Él sonrió con ironía— En cuanto mis chicos me enviaron las imágenes del supermercado para el informe, te reconocí de inmediato. Has tenido una mala suerte enorme, preciosa. — tiró de ella hasta el salón donde su abogado estaba reteniendo a su tía que estaba llorando.

— ¡Déjala en paz! —gritó Paula al ver su palidez— ¡Ella no ha hecho nada!

—Eso está por ver. — dijo el abogado muy serio —De momento es cómplice de tus actos, pues tenía conocimiento.

— ¡No sabía nada!

Dan la cogió por el pelo tirando de su cabeza hacia atrás con fuerza— Yo tengo claro lo que ha pasado, así que no intentes justificarte. Lo planeaste todo, ¿verdad? Sabías que buscaba piso y me tendiste una trampa.

Ella entrecerró los ojos mirándolo con todo el odio que tenía contenido — Te lo merecías.

La violencia de la mirada de Dan no la asustó, pero a su abogado sí porque dijo— Dan, cuidado con lo que haces. Llama a la policía y termina con esto.

—Ah, no— dijo sorprendiéndolos a todos —Esta lo va a pagar.

— ¿Qué quiere decir? — preguntó su tía histérica mientras Paula retaba a Dan con la mirada.

Dan sonrió— Podría enviarla a la cárcel por muchos años porque ha cometido varios delitos. Estafa, falsificación de documento y muchas cosas más, que seguro que Adam sabe de sobra. Más de veinte años de prisión.

Asustada miró a Adam que mirándola a los ojos asintió apretando los labios

— Una niñería de ciento treinta mil dólares puede salirte muy cara. — dijo Dan con satisfacción

—Mientes. Cumpliría menos que mi primo por robar un millón.

—Estás equivocada, Paula. — dijo Adam asombrándola— Tú has falsificado un documento público y eso es un delito grave. Además, has usurpado una identidad y una propiedad... en realidad depende de lo benévolo que sea el fiscal, pero nadie te libra de veinte años.

Paula palideció y su tía se echó a llorar.

Dan la cogió por la barbilla para que lo mirara— Ahora vamos a hacer un trato.

— ¿Qué trato? — preguntó temblando.

—Vas a pagar por haberme robado y por la tomadura de pelo. Eres lista y hermosa. — ella intentó mover la barbilla, pero él se lo impidió apretándola con fuerza— Me vas a dar un hijo.

— ¡Dan! — Adam parecía escandalizado— ¿Pero qué dices?

Miró a su amigo con ironía mientras Paula pálida como la cera miraba a su tía que estaba aterrorizada —Si no quieres oírlo, sal de aquí. — dijo su captor sin soltarla aún apretando su barbilla.

Su amigo no se movió del sitio y Dan la cogió por los brazos sentándola en la butaca con fuerza —Ahora escúchame bien. Vas a cumplir con lo que te exijo o llamo a la policía de inmediato.

Paula apretó los labios mirándolo con odio y su tía gimió— Hija, escúchalo. No puedes ir a la cárcel.

Él la cogió por las mejillas con una mano para que mirara sus ojos — Sí. Esta preciosidad se ajaría en la cárcel. Vamos a darle un mejor uso.

—Cerdo. —dijo con rabia y lágrimas en los ojos de la impotencia.

—Este es el trato. Me darás un hijo por el que renunciarás en un documento totalmente legal como si fueras una madre de alquiler. Para asegurarme que es mío y que no me engañas con algún novio por ahí, vendrás a vivir a mi casa y no podrás salir de allí hasta que des a luz.

Se le cortó el aliento al escucharle y muerta de miedo susurró— Maldito chiflado.

—Cuando des a luz, por mí puedes irte al infierno, porque no te quiero ver cerca del niño, ¿me oyes? No recibirás nada por él. Tú ya has cobrado por adelantado.

—Dan, piensa lo que dices. —dijo Adam preocupado— No puedes controlar que no salga de casa.

Dan sonrió diabólicamente sin dejar de mirarla— Tranquilo, tengo mis métodos.

Asustada miró a su tía que lloraba desconsoladamente — ¿Tía?

—Acéptalo— dijo desgarrada— ¡No puedo ir a verte a la cárcel! ¡Otra vez no!

Sus ojos se llenaron de lágrimas por su sufrimiento y sin darse cuenta miró a Dan que seguía sin soltarla— ¿No me delatarás?

Una lágrima cayó por su mejilla mojando su mano y él miró su rastro — No entiendo cómo has podido ser tan estúpida.

— ¡Será porque tú no quieres a nadie!

— ¡No me conoces! — le gritó a la cara furioso.

—Ni quiero.

—Pues te aseguro preciosa, que me vas a conocer cuando acabe contigo— le soltó la mejilla y miró a su amigo —Ve a hacer los documentos de inmediato y los quiero en mi casa en una hora.

—Dan, piensa lo que vas a hacer. Deberíamos hablar de esto.

— ¡Haz lo que te digo!

Adam asintió y salió de la casa dando un portazo.

—Ahora...— Paula miró asustada a Dan que había hablado— ahora vas a hacer las maletas, porque no vas a volver en nueve meses por lo menos.

Su tía lloró con más intensidad y ella intentó ser fuerte, aunque se la notaba asustada — ¿Y mi tía?

Dan miró a la mujer— Puede visitarte una hora los sábados por la mañana.

—Como si estuviera en la cárcel. — le miró con desprecio.

— ¡Exacto! — le gritó a la cara— ¡Estoy harto de que tu familia me tome por tonto! Te juro que esta vez se os van a quitar las ganas. — cogió su brazo y la empujó hacia el pasillo— ¡Haz la puta maleta!

Ella tembló, pero disimuló lo que pudo. En ese barrio había aprendido que si demostrabas miedo estabas perdido y ella hizo lo que pudo para que no se le notara. Entró en su habitación y como no tenía maleta porque nunca había ido a ningún sitio, cogió una bolsa de deporte. Abrió el armario y él vio el vestido blanco que llevaba ese día.

—Este te lo llevas. — dijo entre dientes tirando de la percha y rompiendo la barra del armario.

Como él se impacientó, cogió toda su ropa que no era mucha y la metió echa un ovillo en la bolsa que no se podía cerrar. La cogió por la muñeca sin molestarse en coger los zapatos y tiró de ella hacia fuera donde su tía muerta de miedo seguía sentada en el mismo sitio sin moverse.

— Despídete de tu tía. — dijo él con ironía sin soltar su muñeca.

— ¿Te veo el sábado? — preguntó con miedo a que dijera que no.

—No sé dónde tengo que ir. —dijo asustada mirando a Dan.

—Le enviaré la dirección. — abrió la puerta de casa y tiró de ella fuera de allí cerrando de un portazo.

Capítulo 6

La llevó hasta las escaleras y bajaron a toda prisa. Ella se tuvo que agarrar con la otra mano a la pared para no salir despedida. Al llegar abajo una vecina la saludó, pero al verle la cara se la quedó mirando mientras Dan la sacaba de allí como si hubiera fuego. Un coche negro esperaba en la calle y el chofer abrió la puerta de atrás. Dan la empujó al interior sentándose a su lado y colocando su bolsa sobre el regazo de Paula de mala manera.

—Así me gusta, que estés calladita. Si puedes estar así nueve meses, será perfecto. ¡A casa! — le ordenó al chofer.

Ella se apretó las manos y le miró de reojo. Estaba muy tenso. Bueno, eso era decir poco. Estaba furioso. Parecía a punto de explotar y ella no quería verlo, así que se mantuvo en silencio todo el trayecto sin dejar de apretarse las manos.

—Si no hubiera reconocido tu cara, hubiera reconocido esa cicatriz. — dijo tensándola.

Ella se miró el pulgar que tenía un corte transversal entre el nudillo y el pulgar. Se lo había hecho el primer año que empezó a trabajar, con un envase de cristal roto al cogerlo de la caja para colocarlo en la estantería. Metió el pulgar en el puño y le miró de reojo.

—En cuanto vi tu cara en ese video, supe dónde te había visto antes y ate cabos muy rápido.

—Te devolví el dinero. — susurró.

—No todo. Dime una cosa. ¿Si yo no hubiera comprado el piso, habrías timado a otro?

Ella se tensó girando la cabeza para mirarle a los ojos antes de responder fríamente— No.

Él apretó los labios y la cogió por la nuca— Por eso precisamente estás aquí. Porque es personal. — la besó con fuerza sorprendiéndola y ella le pegó con los puños en los hombros, pero no se apartó hasta que él no quiso. La miró divertido— Te lo vas a pasar muy bien en estos meses.

—Cabrón. —apretó el pelo de su nuca y ella se quejó.

— Te aconsejo que midas tus palabras conmigo.

Se apartó de golpe y ella se alejó en el asiento todo lo que pudo haciéndole reír.

Cuando se detuvieron ante el portal del piso que ella había alquilado le miró asombrada y él se acercó alargando el brazo por encima de su regazo y abriendo su puerta — Siempre consigo lo que quiero, nena. Que se te vaya metiendo en la cabeza.

Sería gilipollas, pensó saliendo del coche. Cuando él se puso a su lado la cogió por el brazo y ella se soltó diciendo— ¡Sé caminar sola!

La volvió a agarrar y siseó— Contrólate. Ahora no estás en los barrios bajos.

—Púdrete.

Tiró de ella hasta el portal donde el portero la miró sorprendido— Señorita Stewart, ha vuelto.

—Va a pasar una temporada en el piso. — dijo Dan dejándole de piedra. Seguramente porque no entendía nada. Ella era la antigua inquilina y él el nuevo propietario.

Ignorando al portero fueron hacia el ascensor — Cielo, pulsa el siete. — dijo Dan simulando que era cariñoso con ella.

Furiosa pulsó todos los botones incluido el siete y levantó una ceja retándole. Dan chasqueó la lengua y no dijo ni pío hasta que llegaron al séptimo piso. En cuanto salieron del ascensor, la metió en casa y vio que no había cambiado la decoración. Le arrebató la bolsa de la mano tirándola sobre el sofá y la cogió por la cintura— Me parece que no entiendes de lo que va esto. Yo mando y tú obedeces hasta que des a luz a mi hijo. —la besó sobresaltándola y ella intentó apartarse, pero la cogió por las muñecas poniéndoselas a la espalda y sujetándolas con una sola mano mientras con la otra sujetaba su nuca. Cuando entró en su boca, la besó como si quisiera absorberla y Paula sintió que su corazón se salía del pecho y que un fuego la recorría de arriba abajo. Después de unos segundos en que la devoró, gimió sin darse cuenta y él la apartó de golpe tirándola sobre la alfombra de culo. Con la respiración agitada se miraron y él dijo— Me parece que tienes más atributos de los que pensaba. Parece que no te resistes demasiado.

Paula horrorizada por su comportamiento, se sonrojó humillada por su sonrisa de satisfacción y gritó— ¡Púdrete!

— ¡Lleva la ropa al vestidor y cuélgala!

— ¡Qué te den!

Él dio un paso hacia ella y Paula se levantó a toda prisa yendo hacia el sofá para recoger su bolsa y dos vestidos que se habían salido.

Cuando la vio entrar en otra de las habitaciones, la cogió del brazo y la llevó a la habitación principal — ¡Ahí!

— ¿No puedo tener mi propia habitación?

— ¿Y que te escapes por la noche? ¿Crees que soy idiota?

— No me hagas contestar esa pregunta.

— Te juro que te vas a tragar esas palabras.

— ¡Juras demasiado! — le miró furiosa por su trato— ¡Yo tendré a tu hijo y cumpliré con esta penitencia de mierda que me has impuesto, pero no tengo por qué soportarte!

— ¡Te equivocas! Todo está incluido en el trato. ¡Así que haz lo que te digo y deja de hacerte la chula conmigo, porque sino todo será peor! — le gritó a la cara antes de salir del vestidor.

Apretó los labios viendo la cama y tembló porque el beso que le había dado indicaba que no iba a ser una inseminación artificial.

Tardó una hora en colgar su ropa al lado de sus impecables trajes porque no se dio ninguna prisa. No quería reconocérselo a sí misma, pero estaba muerta de miedo. No porque él fuera a hacerle daño, pero el hecho de cómo reaccionaba a ese hombre le ponía los pelos de punta.

Se quedó allí un buen rato mirando sus cosas. Era increíble la ropa que tenía ese hombre y acarició sin darse cuenta varias de las mangas de sus chaquetas, pues las telas eran espectaculares.

— ¡Paula! ¡Ven al salón!

Suspiró soltando la manga porque el descanso al parecer había acabado y salió del vestidor arrastrando los pies. Al llegar al salón, se detuvo al ver a Adam sentado en el sofá tomando lo que parecía un whisky.

— ¿Ya estás aquí? — susurró sin acercarse.

— Eso es obvio, ¿no crees? — respondió Dan por él mostrándole un bolígrafo— Firma aquí.

— Como no tienes representante legal, creo que me veo en la situación de decirte que perderás la custodia para siempre del posible bebé que engendres con Dan. No caben recursos y si Dan fallece tampoco será tu hijo. —la miró a los ojos— ¿Lo entiendes?

Paula pálida como la cera asintió.

— Firma. — dijo Dan tendiéndole el bolígrafo que ella cogió.

— ¿Y si a ti te pasa algo quién...?

—Eso no es asunto tuyo. — dijo fríamente.

Paula miró el documento sobre la mesa de centro y se arrodilló sobre la alfombra ante él para leerlo. Al parecer todo lo que le había dicho Adam era totalmente cierto. Ella renunciaba a la custodia desde ahora, que ni siquiera estaba embarazada y para siempre. Cuando terminó de leer, acercó la punta del bolígrafo a la hoja y su mano tembló por lo que iba a hacer. Nunca en la vida se había imaginado que vendería a su hijo por no ir a la cárcel, pero veinte años... No sabía si podría soportarlo. En el momento que firmó ese documento la angustia la embargó. Se había colocado una soga al cuello y sabía que no se desprendería de ella nunca, porque después de nueve meses su culpa la acosaría toda la vida. Se quedó allí arrodillada mirando su firma mientras ambos la observaban. Dan le arrebató la hoja de delante y se la dio a Adam, que se levantó de inmediato— Muy bien. Ya está.

Dan asintió sin dejar de observar a Paula, que se había quedado mirando la mesa sin saber qué hacer. Sólo podía pensar en que su hijo nunca la conocería y que ella no podría asegurarse de que estaba bien.

Ni escuchó como Adam abandonaba la casa con el documento después de decirle algo a Dan, ni en como él se sentó en el sofá mirándola fijamente.

—Ve a ponerte el vestido blanco.

Se sobresaltó al escucharle y le miró— ¿Qué?

—Ve a ponerte el vestido blanco.

Palideció levantándose lentamente y se volvió yendo hacia la habitación. Entró en el vestidor. Las piernas casi no la sostenían y temblorosa cogió la percha con su vestido dejándola sobre la otomana de cuero que había en el centro del vestidor. Se quitó la camiseta y los vaqueros y cogió el vestido. Cuando subió la cremallera cerró los ojos. No podía hacer eso. Era como prostituirse. Dios mío. ¿En qué estaba pensando?

—Suéltate el pelo.

La voz de Dan la sobresaltó y al verle en la puerta del vestidor dio un paso atrás. Él la miraba fijamente con sus ojos grises— Suéltate el pelo.

Ella negó con la cabeza— No puedo hacer esto. — susurró sintiendo que su corazón se le salía por la boca —Llama a la policía. Me voy a entregar.

Él se echó a reír negando con la cabeza— Eso ya no va a pasar.

— ¿Por qué no?

Dan se acercó mirándola fríamente— Porque como ahora te echas atrás compartirás celda con tu tía.

— ¡Ella no ha hecho nada!

Él cogió un mechón de su pelo y lo acarició entre sus dedos antes de envolver su pelo en él una y otra vez tirando de su mechón hasta acercarla. Paula intentó resistirse, pero no tuvo más remedio que acercarse a su cara— No será tan duro como la cárcel. — dijo mirando sus gruesos labios— Incluso puede que te corras un par de veces. — dijo antes de besarla. Paula empujó sus hombros, pero él la cogió por la cintura levantándola. Paula pataleó golpeándole en la rodilla y él gruñó en su boca apartándose para mirarla a los ojos— ¿Te gusta pelear?

Ella gritó cuando la cogió en brazos sacándola del vestidor en dos zancadas y la tiró sobre la cama dejándola sin aliento. Al ver como se desabrochaba los pantalones gritó intentando salir de la cama, pero la cogió por los tobillos. Le intentó golpear con los pies y Dan la arrastró por la cama dejando sus muslos al descubierto— No lo hagas— susurró ella al ver que se arrodillaba entre sus piernas. Dan la miró a los ojos— Por favor, no lo hagas.

Él entrecerró los ojos al verla asustada— ¿Llamo a la policía? —los ojos de Paula se llenaron de lágrimas— ¿Quieres ir a la cárcel y que tu tía te acompañe? — al ver que no contestaba, se puso sobre ella colocando sus manos a ambos lados de sus hombros— Contéstame Paula.

— ¿Por qué me haces esto?

—Te estoy dando una salida a todas las putadas que me habéis hecho. — la cogió por la nuca— ¿Sabes lo que habéis provocado? El cabrón de tu primo hizo que perdiera muchos clientes. Tuve que pedir un crédito hasta que la confianza volvió y muchos empleados pudieron perder su trabajo. — ella abrió los ojos como platos— Me ha costado tres años remontar la empresa y cuando ya me había olvidado de vosotros, apareces tú. — la miraba como si la odiara— ¿Quieres ir a la cárcel? — le gritó a la cara.

Negó con la cabeza sin poder articular palabra y él bajó la mano hasta la unión de sus muslos acariciándola por encima de las braguitas— ¿Vas a darme un hijo? ¿Vas a darme lo único que quiero en la vida?

A Paula se le cortó el aliento sintiendo sus caricias y susurró— ¿Por qué yo?

—Porque eres preciosa e inteligente. Podría tener a cualquiera, pero no quiero cargar con una zorra avariciosa como tú. —arrancó sus bragas haciéndola gritar del susto y él se hizo espacio entre sus piernas. Paula abrió los ojos como platos al sentir como la acariciaba con su miembro. Dan

sonrió— Al parecer no me odias tanto como aparentas. Estás húmeda, preciosa. —entró en Paula lentamente y ella se agarró en sus hombros sintiendo que le faltaba el aire por la presión que sentía. Él cerró los ojos como si sufriera y ella se estremeció intentando no demostrar lo que sentía. Dan abrió los ojos como si estuviera sorprendido y Paula apretó sus dedos sobre sus hombros— ¡Joder! — Dan entró en ella con fuerza y Paula grito al sentir como la desgarraba. Intentó soportar el dolor arqueando su cuello hacia atrás y Dan la besó en el casi con desesperación— Enseguida se te pasa. — susurró contra el lóbulo de su oreja antes de mordérselo ligeramente— Joder nena, qué bien te sientes.

—Me duele. —abrió los ojos y él se apartó ligeramente para verle la cara.

—Deberías haberme dicho que eras virgen. — susurró moviendo sus caderas ligeramente. Ella abrió los ojos como platos por lo que sintió y Dan la besó suavemente en su labio inferior antes de susurrar— ¿Mejor?

Paula no contestó intentando acostumbrarse a la sensación y maravillada volvió a sentirla cuando él se movió de nuevo. Dan la miró a los ojos saliendo de ella lentamente y Paula suspiró antes de gritar por sentirlo nuevamente dentro de ella. Sus ojos verdes brillaron y Dan gruñó antes de apoderarse de su boca, besándola mientras salía y entraba en ella, provocando que todo su cuerpo temblara de placer. Él se apartó aumentando sus movimientos y Paula desesperada, sintiendo como se tensaba su vientre, se aferró a su cuello metiendo sus dedos entre su pelo sin poder evitar arquear la espalda. Un fuerte movimiento de cadera le robó el aliento estremeciéndola mientras su mente volaba.

Dan la besó en el cuello. Paula agotada intentaba volver en sí y cuando fue consciente de todo lo que había disfrutado se sonrojó intensamente muy avergonzada— ¿Ya está?

Él levantó una ceja — ¿Tú qué crees? Acabará cuando yo lo diga.

—Ah.

Se apartó de ella enfadado y al ver la sangre sobre el edredón gris gruñó— Voy a ducharme. Tengo una cena.

Avergonzada se sentó bajando el vestido y dejó que su pelo cubriera su cara. Él la cogió por la barbilla —Pero antes tengo un regalito para ti.

—No quiero nada. — dijo moviendo su barbilla mientras él se reía. Vio como Dan iba hasta el tocador y cogía lo que parecía un reloj de plástico

negro. Se volvió acercándose a ella y le cogió el tobillo levantándoselo— Esto es para que no se te ocurra ser mala.

Asombrada vio que se lo ponía en el tobillo— El cierre es muy sensible y si te lo intentas quitar, lo sabré. Si sales de la casa a diez metros, lo sabré. — él se volvió a arrodillar entre sus piernas y la besó en los labios. Le miró con odio apartando su boca y él se echó a reír— Eso significará que el trato se ha roto e irás a la cárcel. Sin negociaciones, porque no sabré si te quedas embarazada de mí. Nadie que no sea tu tía puede visitarte.

— ¿Soy tu presa? — preguntó furiosa.

—Exacto. Hasta que des a luz a mi hijo, eres mi presa. Que no se te olvide. — se apartó de ella yendo hacia el baño—Tienes que reconocer que esta cárcel es mucho mejor que a la que irías si me voy de la lengua. — entró en el baño y ella suspiró —Por cierto...— dijo tensándola al verle salir— hay una chica que viene a limpiar por las mañanas. Como le digas algo de nuestro acuerdo... como se te ocurra contárselo a alguien, lo vas a pagar. ¿Me has entendido?

Ella tembló al ver sus fríos ojos grises y sin poder hablar asintió. Se arrastró hacia atrás y se tumbó abrazándose a las almohadas. Al escuchar la ducha ya no pudo evitar las lágrimas. ¿Cómo podía haber llegado a aquello? ¿Y cómo había podido disfrutar de lo que él le había hecho? No se podía caer más bajo.

La angustia comenzó a invadirla sabiendo que no sólo había disfrutado, sino que Dan podía hacer con ella lo que le diera la gana, porque no podía resistirse a él. ¿Cómo podía gustarle? ¡Le había destrozado la vida! Se hizo una pelota en la cama apretándose el vientre. La posibilidad de darle a su hijo no podría soportarla. Entonces una idea se le pasó por la cabeza. Todavía le quedaban unos meses. Podía buscar una manera de huir o de salir de todo aquello indemne. Puede que no se quedara embarazada enseguida y si podía huir...

— ¿Ya estás maquinando lo que vas a hacer?

Se sobresaltó al escucharle tras ella y se volvió viendo como se abrochaba una camisa blanca. Parecía enfadado —Te recuerdo que hemos llegado a un trato y que como intentes huir con un hijo mío en tu vientre, lo vas a pasar muy mal. Si lo consiguieras, puedes estar segura de que te encontraré.

Ella se enfureció y salió de la cama entrando en el baño para cerrar de un portazo. La risa de Dan le llegó desde el otro lado— Espero que no me

molestes durante la cena con un intento de fuga. Esta noche tengo que atender unos clientes muy importantes. Si hubiera sabido que íbamos a llegar a este trato lo habría cancelado, pero no había tiempo. Te veré sobre las doce. Espero que ya estés dormida porque si no sabes lo que ocurrirá...

Paula jadeó indignada y más al oírle reír— Será imbécil. — siseó ocurriéndosele una idea.

Capítulo 7

Miró a su alrededor y sonrió satisfecha viendo todos los trajes de Dan cortados a trocitos a su alrededor sentada en el suelo del vestidor. Pegó un último tijeretazo a la manga y se levantó tirando las tijeras al suelo y apagando la luz. Fue hasta la cocina y miró en el interior de la nevera. Había pollo frito y cogió el bol metiéndolo en el microondas. Abrió cajones mientras el pollo daba vueltas en el microondas y vio en uno de ellos varias cosas muy útiles como cerillas. Las miró maliciosa, pero luego pensó que entonces sí que terminaría en la cárcel. En cuanto sonó el ring del microondas, lo sacó y se sentó en el sofá con él sobre las piernas encendiendo la tele. Estaba viendo una película de Michael Douglas cuando la puerta de casa se abrió tensándola.

Él miró la hora de su carísimo reloj cerrando la puerta— ¿Todavía estás despierta? Es la una.

Sin contestar se metió un muslo de pollo en la boca mordiendo con saña. Él la observó mientras se quitaba la chaqueta del traje dejándola sobre el respaldo del sillón— Así que querías esperarme. — dijo divertido — Pensaba que estarías durmiendo.

Sería gilipollas, pensó mirando la pantalla de la televisión mientras masticaba con fruición.

Se sentó a su lado y ella le fulminó con la mirada, apartándose antes de coger otro trozo de pollo y metérselo en la boca ignorándolo — ¿Y cómo es que cenas ahora? — le cogió un mechón de pelo acariciándoselo entre los dedos— ¿Has estado viendo la televisión toda la noche?

Como no contestaba, él entrecerró los ojos— Paula mírame.

Siguió ignorándolo y él se tensó — ¿Qué has estado haciendo?

Ella sonrió maliciosa mientras masticaba sin dejar de mirar la televisión. Él juró por lo bajo levantándose del sofá—Te lo advierto. Como encuentre algo de la casa fuera de su sitio, lo vas a pagar.

Paula chasqueó la lengua antes de morder otra vez y él fue hasta la cocina empujando la puerta furioso. Cuando pasó ante ella de nuevo, Paula no pudo evitar sonreír lo que lo puso de peor humor. Dan entró en el pasillo que llevaba a las habitaciones y ella susurró— Uno, dos....

— ¡Paula! ¡Joder! ¿Sabes lo caros que son estos trajes?

Estaba realmente furioso y ella dejó el envase del pollo sobre la mesa de centro esperando que volviera. No tardó en llegar y la miraba como si quisiera pegarle una paliza. Paula se levantó poniendo las manos en jarras — Me aburría. — dijo con descaro.

—Te aburrías, ¿eh? Espera que ahora no te vas a aburrir— tiró de la corbata y ella abrió los ojos como platos al ver sus intenciones—Cuando termine contigo, no te vas a poder sentar en una semana.

Ella sonrió— No me puedes pegar.

— ¿Ah, no?

—No. ¿Y si estoy embarazada? — él entrecerró los ojos— No querrás hacerle daño a tu precioso niño, ¿verdad?

—Me arriesgaré.

Paula chilló al ver que se acercaba a ella y corrió hasta la cocina saliendo por la otra puerta hasta entrar en el pasillo de servicio. Cuando él casi la agarra de la espalda del vestido, entró en el cuarto de la lavadora cerrando tras ella, pero aquella puerta no tenía pestillo— ¡Apártate de la puerta! — gritó furioso.

— ¡Muérete!

— ¡Te lo advierto! ¡Apártate!

Paula miró a su alrededor buscando un arma y vio la plancha. Se apartó de la puerta cogiendo la plancha levantándola sobre su cabeza. Dan abrió la puerta lentamente y al verla con la respiración agitada y la plancha sobre su cabeza dijo suavemente— Deja eso antes de que te hagas daño.

— ¿Daño? ¿A ti no te importa que me haga daño?

—En eso tienes razón. —saltó sobre ella y Paula gimió al sentir que su cadera se golpeaba contra la secadora. Le arrebató la plancha y la tiró tras él sujetándola de las muñecas —Así que quieres jugar, ¿eh?

Paula gritó cuando la subió a la lavadora sentándola sobre ella y le abrió las piernas —Ponte como quieras, pero vas a cumplir con tu parte del trato. — entró en ella haciéndola gritar —Serás hipócrita. Esto te gusta tanto como a mí.

— ¡Mentira! — le gritó en la cara antes de morder su labio inferior con saña. Dan se apartó moviendo sus caderas y Paula gimió colocando las manos sobre la lavadora. Él sin dejar de mirarla, la cogió por los glúteos acercándola al borde y entró con firmeza en ella una y otra vez. Ella rodeó sus caderas con las piernas para que no la dejara y Dan la sujetó con

firmeza de las caderas mientras entraba en ella con fuerza una y otra vez hasta hacerla gritar de placer.

Dan se apartó de ella desnudándose sin quitarle la vista de encima y cuando Paula abrió los ojos vio su pecho desnudo. Sin bajarla le bajó la cremallera del vestido y se lo sacó como si fuera una niña. Le quitó el sujetador y a Paula se le cortó el aliento al ver su mirada de deseo. Dan llevó una mano a su pecho derecho y se lo acarició elevándose y metiéndose el pezón en la boca. A Paula se le cortó el aliento y más cuando la cogió por la cintura pegándola a él para sacarla del cuarto de la lavadora. Sentir su piel pegada a la suya fue increíble y abrazó su cuello sin darse cuenta — Joder, nena. Eres puro sexo.

Ella le miró a los ojos —No es cierto. Nunca lo había hecho.

—Pues has nacido para follar. — dijo antes de buscar su boca.

Muerta de deseo respondió a su beso y cuando sintió la cama a su espalda rodeó sus caderas con las piernas. Dan cogió sus muñecas elevándolas sobre su cabeza, pero cuando intentó tocarle, no podía y apartó su boca mirando hacia arriba. Dan había usado su corbata para atar sus muñecas al cabecero de la cama. Asombrada le miró — ¿Qué haces?

—No has recibido tu lección, nena. Te has portado mal.

— ¿Qué? — sin aliento vio como acariciaba sus pechos y gimió cuando empezó a besar su vientre. Paula se retorció cuando besó su ombligo, pero al ver hacia donde iba, levantó la cabeza y chilló intentando cerrar las piernas. Dan se echó a reír y cogiéndola por las rodillas se las abrió lentamente— ¡No, Dan!

—Te va a encantar. — dijo malicioso— Tanto que te vas a pensar hacer otra travesura de nuevo.

Paula chilló al sentir como acariciaba su sexo con la lengua. El placer que la recorrió era tan abrumador que pidió que la ayudara sin saber ni lo que decía y en ese momento él se apartó. Decepcionada y frustrada protestó.

—¿Quieres más, eh? Pues no te preocupes, yo estoy aquí. — la acarició con la mano torturándola y así estuvo un rato hasta que ella volvió a pedir más. Paula ni supo cuántas veces suplicó en toda la noche pues no le dio tregua. De una u otra manera la llevaba al límite para después interrumpir su tortura para alargarla. Cuando Paula se echó a llorar retorciéndose, Dan se puso sobre ella cogiéndole por la barbilla— Nena, mírame.

Paula con los ojos brillantes, febriles de excitación, le miró a los ojos. Dan la besó en los labios— Esto ha sido sólo un aviso. — dijo entrando en ella de una sola estocada que a ella la hizo estallar en mil pedazos por el placer que la traspasó.

Se quedó dormida entre sus brazos totalmente agotada. Ni se dio cuenta que la desataba y la metía entre las sábanas abrazándola a él.

Al día siguiente se despertó al medio día. Desorientada miró a su alrededor sentándose en la cama y recordando la noche anterior se acarició las muñecas que estaban algo irritadas. —Dios mío. — susurró tapándose la cara con las manos— Soy una auténtica zorra.

Alguien carraspeó y sorprendida apartó las manos para ver a Dan mirándola desde el baño.

— Te aconsejo que te duches y comas algo. Va a venir tu tía para comprobar que estás bien.

— ¿Mi tía?

—Se ha puesto un poco nerviosa y ha amenazado con llamar a la policía si no la veías. —se acercó a ella sentándose a su lado— Convéncela porque ninguno queremos que la policía meta las narices en esto, ¿verdad?

—Tú seguro que no. El chantaje y el secuestro te harían perder a tus clientes, ¿verdad?

— ¿Te recuerdo el documento que firmaste? — Paula palideció y él sonrió— Qué pronto olvidas lo que tú has hecho. Deja de montarte películas. Tú sólo vas a cumplir una función aquí. En cuanto me des lo que quiero, puedes volver a esa vida tan interesante que tenías.

Paula apretó los labios mordiéndose la lengua por su burla. Sabía que su vida era una mierda, pero que él se lo recordara la sacaba de sus casillas —Te odio. — siseó sin poder evitarlo.

—Sí, ayer cuando me suplicabas correrte, me quedó muy claro. — dijo levantándose.

Le observó ir hacia la puerta y no la sorprendió que fuera en vaqueros y camiseta. Al parecer se había tomado el día libre. Para controlarla seguramente.

Paula se levantó y gimió dolorida entre las piernas al ir al baño. Se asustó un poco cuando la molestó al orinar y después de ducharse, pensó que igual debería ir al médico. ¿Y si le había hecho daño por lo de la noche anterior? Aunque en ese momento ella no había sentido dolor, estaba claro

que algo no iba bien. Como estaban en abril y ya hacía calor, se puso unos vaqueros cortos y una camiseta blanca. Salió descalza de la habitación y vio a una chica limpiando el salón. La miró de reojo sin dejar de limpiar y al entrar en la cocina vio a Dan tomándose un café sentado en la mesa mientras leía el periódico. Se sentó frente a él y al darse cuenta que no bajaba el periódico susurró— Dan.

— ¿Qué?

—Creo que tengo que ir al médico.

Él bajó el periódico mirándola con el ceño fruncido— ¿Qué?

—Me duele.

— ¿Qué te duele?

Ella se puso como un tomate y él levantó una ceja— ¿Te duele?

—Sí. — respondió entre dientes.

—Es que estaba sin usar. —dijo divertido.

— ¡No tiene gracia! — se levantó y él la cogió por la muñeca deteniéndola.

—Nena, no es nada.

Ella no se creía una palabra. Seguro que se había pasado y no quería reconocerlo. Soltó su muñeca y fue hasta la nevera abriéndola sin ganas. Suspiró cogiendo una manzana.

—Tienes comida que sólo tienes que calentar.

—No tengo hambre. —respondió sin mirarle lavando la manzana. La secó con un papel de cocina y salió de la cocina sabiéndose observada. Como no quería que la chica la mirara y como sabía que tenía que hacer la habitación, fue a la terraza sentándose en la tumbona. Estaba dándole el primer mordisco a la manzana cuando se presentó Dan allí. Gimió porque no la dejaba en paz.

—Me preguntaba qué piensas hacer durante todo el día. Si quieres, tienes un gimnasio en la habitación del fondo. Tampoco quiero que estar todo el día en casa te afecte físicamente.

Ella que no había hecho ejercicio en la vida, masticó la manzana pensando que ni de coña usaría el gimnasio.

— ¿Quieres alguna cosa en especial? ¿Algo que puedas necesitar?

Negó con la cabeza mirando las vistas. Ella no tenía hobbies. Siempre que se sentía inquieta salía con sus amigos. Después de trabajar y de ayudar a su tía estaba agotada. Pero allí se aburriría como una ostra.

— Si quieres algún libro o...

—No quiero nada de ti. — dijo mirándolo fríamente —Sólo quiero largarme.

Dan apretó los labios antes de darse la vuelta dejándola sola al fin.

Cuando escuchó el timbre de la puerta, se levantó a toda prisa corriendo hacia la puerta. Dan salió del despacho viéndola abrir la puerta y cuando Paula vio a su tía se abrazaron con fuerza. A Paula se le llenaron los ojos de lágrimas mientras que su tía no se reprimía.

—¿Cómo estás? — le preguntó a su tía apartándose para verla bien. Estaba cansada. Se notaba que no había dormido mucho.

—Estoy bien, ¿y tú?

—Paula deja que tu tía entre y cierra la puerta.

Ambas miraron a Dan y Paula cogió la mano a su tía metiéndola en la casa. Dan les indicó el sofá y ella iba a protestar cuando él dijo— Son visitas supervisadas.

Paula apretó los labios y forzó una sonrisa para su tía —Ven, tía. Sentémonos ahí.

— ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —se sentaron cogiéndose las manos— No te preocupes por mí. Mira a tu alrededor. Estoy bien.

—Este es el piso que...

Dan carraspeó y su tía se calló de inmediato mirándola con pena— He pensado que podemos hablar con Roberto. Él puede solucionar esto.

Paula miró de reojo a Dan que se sentó ante ellas con todo su morro, dispuesto a oír la conversación — Tía...

—Déjala continuar, Paula. —dijo él divertido— Me interesa eso de que ese tal Roberto puede solucionar tu situación.

—Pues sí. — dijo su tía levantando la barbilla— Roberto siempre ha estado interesado en ella y si necesita el dinero, se lo dará.

— ¿El dinero? — aparentemente Dan estaba muy relajado, pero su mirada decía que no le gustaba nada el asunto— ¿Qué dinero?

Confundida miró a Paula— Pues los ciento veint...

—Mire, señora. Puede que Paula ya lleve a mi hijo en su vientre. — Paula se puso como un tomate mientras su tía jadeaba tapándose la boca— Así que si cree que ese Roberto o cualquier otro la van a apartar de mí antes de dar a luz, está más que equivocada. Y como siga metiéndole esas ideas en la cabeza, tendré que suspender estas visitas. ¿Me ha entendido?

Su tía asintió apretando la mano de Paula y asustada la miró—Lo siento. — dijo su tía sorprendiéndola.

— ¿Por qué?

—Porque todo esto es culpa mía. —se echó a llorar y Paula la abrazó mirando furiosa a Dan —Si no hubiera sido por mí, nunca lo hubieras hecho.

—Eso no es cierto— susurró acariciándole la espalda. — Lo hice por John.

—No es cierto. Lo hiciste por mí y yo lo dejé en tus manos como si tuvieras la responsabilidad de ayudarlo, cuando nos has ayudado toda la vida. — lloró más fuerte— Me siento tan culpable por haberte destrozado la vida.

Paula negó con la cabeza y la apartó para limpiarle las lágrimas de las mejillas— No tienes razón. Y has sido tú quien me ha ayudado toda la vida — dijo con un nudo en la garganta intentando no llorar. — Me acogiste.

—Si no hubiera sido por la pensión de tu padre, John y yo no hubiéramos sobrevivido. — a Paula se le cortó el aliento palideciendo.

— ¿Qué? —su tía se echó a llorar y Dan se tensó—Tía, ¿pero qué dices?

—Paula...— Dan se levantó y ella miró a su tía como si no la conociera empezando a sentir pavor.

—Mi hermano no se llevaba bien conmigo y quería que te adoptara la hermana de tu madre que tenía dos niñas y vivían en Staten Island, pero yo me negué y dije que iría a juicio si no me daban tu custodia. —la miró angustiada— Necesitábamos el dinero. La indemnización y después la pensión de orfandad, nos mantuvieron a flote.

— ¿Y los abuelos? — susurró sintiendo que el mundo temblaba bajo sus pies.

La tía se echó a llorar y se dio cuenta que ellos también la querían. La habían apartado de toda su familia para conseguir el dinero y atónita se levantó sintiendo que necesitaba aire — Me engañaste. Mis abuelos sí que me querían.

—Eras tan bonita. Nadie que te conociera no se habría enamorado de ti. Todos querían tu custodia, pero nadie se atrevió a hacerlo. — su tía le limpió las lágrimas— Pero te he querido como una hija. Has sido mi niña todos estos años. La niña que nunca tuve.

Eso era cierto, pero no tenía al resto de la familia porque la habían engañado. Y todo por el maldito dinero— Sólo contéstame a una pregunta — dijo desgarrada.— Sino hubiera habido pensión y no hubiera tenido familia que me acogiera, ¿lo hubieras hecho tú?

La mirada atormentada de su tía le indicó que no— ¡No podía ni mantener a John!

Ella gritó desgarrada doblándose de dolor mientras Dan la cogía por los brazos para evitar que cayera— ¡Lárguese de mi casa! — le gritó Dan a su tía.

— ¡Es mi niña! — suplicó su tía levantándose— Nunca he querido hacerle daño.

— ¡Largo de mi casa!

—Paula, por favor. — su tía intentó cogerla de las manos, pero Dan la apartó— Te juro que si hubiera podido. ¡Si hubiera tenido un buen empleo, te hubiera acogido también, pero no podía! Sé que te duele, pero yo hice lo mejor para todos. ¿Fuiste feliz, verdad? Yo siempre procuré que fueras feliz.

— ¡No me querías! ¡Sólo querías el maldito dinero! —gritó llorando— ¡Yo no te importaba!

Su tía se echó a llorar— Lo siento.

—Váyase de mi casa— Dan dejó a Paula sobre el sofá y cogió el brazo de su tía llevándola hasta la puerta— Y no vuelva por aquí.

— ¡Es mi niña! ¡No puede separarme de ella! ¡Llamaré a la policía!

Dan la volvió para que lo mirara— Escúcheme bien. Como vea a la policía por aquí, usted también terminará en la cárcel por lo que hicieron. —Su tía palideció— Porque recuerda porque Paula está aquí, ¿verdad?

Su tía asintió mientras Paula lloraba abrazándose el vientre —Vete, tía.

— ¡Lo arreglaré! ¡Hablaré con Roberto!

— ¡Tía! — ella miró a su tía a los ojos— Deja las cosas como están.

Dan abrió la puerta advirtiéndola con la mirada y su tía dijo— ¿Y ahora qué voy a hacer sola? No tengo a nadie.

Paula se quedó de piedra viéndola tan desamparada mientras Dan cerraba la puerta. Ella se quedó mirando la puerta durante varios segundos. Dan se acercó a ella sentándose a su lado.

—No pasa nada. Aquí estás bien. —la cogió por los hombros pegándola a él y Paula se apartó incrédula, levantándose a toda prisa.

— ¿Aquí estoy bien? — sin darse cuenta de cómo las lágrimas caían por sus mejillas, dijo rota de dolor— ¡Lo dices como si a ti te importara y

yo te importo una mierda! ¡Así que no me vengas con palabras amables que no necesito y menos de ti!

Corrió hasta la habitación y se encerró con llave en el baño. Llorando se sentó en el suelo cogiendo una toalla para ahogar sus gemidos, pensando en las palabras de su tía, que había sentido como si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón.

Entendía lo que su tía debía haber pasado con un niño pequeño y sin llegar a fin de mes. Entonces llegó ella y vio una solución a sus problemas. A Paula nunca la había molestado que se sostuvieran con su pensión. Lo había entendido perfectamente. Además, su tía siempre había trabajado de sol a sol para procurarles una vida mejor. Pero eso no significaba que le doliera que no la hubiera querido por ella misma.

No supo cuánto tiempo estuvo en el baño. Con la mirada perdida pensó en millones de cosas, sobre todo en sus abuelos que ya habían fallecido. En cómo hubiera sido su vida si hubiera vivido con ellos o con su tía.

—Deja de pensar tonterías que ya no tienen remedio. — susurró levantándose y haciendo una mueca cuando sintió dolor. Se lavó la cara y reprimió las lágrimas pensando en el espectáculo que Dan había visto. Era realmente penosa.

Salió del baño y él estaba allí sentado en la cama. Tenía los codos sobre las rodillas mirando el suelo y Paula pasó frente a él para salir de allí.

— ¿Estás bien?

Ella no contestó y salió corriendo sin saber por qué. Corrió hacia la puerta y después salió al hall. Como no le daría tiempo a que subiera el ascensor fue hasta la escalera, pero Dan la cogió por la cintura abrazándola a él— Tranquila, nena.

— ¡Quiero irme!

—Lo sé. Pero eso no va a pasar. — la metió en casa sin que se resistiera cerrando la puerta— Ahora vas a comer algo.

La llevó hasta el sofá sentándola en él. Dan se acuclilló ante ella mirándola atentamente— ¿Quieres ver la televisión? — encendió la tele sin dejar de mirarla. Increíble vio como dejaba el mando de la tele a su lado y Dan sonrió antes de besarla.

En ese momento no supo lo que se le pasó por la cabeza, porque abrazó su cuello respondiendo a su beso necesitando sentirle. Dan la cogió en

brazos sin dejar de besarla, llevándola a la habitación y haciéndola olvidar durante toda la tarde todos sus problemas.

Capítulo 8

Una semana después ella se subía por las paredes y sólo deseaba que Dan llegara a casa para tener algo que hacer, que era hacer el amor todo lo que podía. Le exprimía al máximo, porque el resto del tiempo sólo pensaba en que estaba realmente loca por lo que le deparaba el futuro. Sin trabajo, sin dinero, la relación con su tía se había resquebrajado con fuerza y dentro de nueve meses no sabía cómo estaría después de su experiencia... Pero lo que más la atormentaba era desprenderse de su hijo. Así que para no tener que pensar y como Dan lo conseguía cada vez que la tocaba, se tiraba sobre él en cuanto entraba por la puerta.

Estaba tirada en el sofá mirando la pared del salón viendo como un mosquito se posaba sobre ella, cuando se le pasó por la mente que él lo tenía muy fácil. ¿Y qué si le había quitado esos cien mil pavos? Él tenía de sobra. Exigirle un hijo por esa tontería era algo totalmente injusto. Paula miró la pulsera que tenía en el tobillo y fue hasta la cocina. Buscó algo para cortarla y en el cuarto de la lavadora había una caja de herramientas. Sonrió al encontrar unas tijeras que parecían consistentes. ¿O serían unas tenazas? Bueno, aquello le valdría. Levantó una pierna colocándola sobre la lavadora y metió una hoja de la tijera entre la carne y el plástico. Apretó con fuerza porque estaba más duro de lo que parecía.

— ¡Joder, corta de una vez! — siseó doblando el plástico que empezaba a cortarse por arriba. Apretó varias veces y sorprendida vio que debajo del plástico había una lámina dorada. Miró la pantallita y vio que todavía tenía señal, así que siguió intentándolo. Cuando sonó el teléfono de la casa, se quedó sin aliento con la tijera en la mano esperando. Sonó tres veces y dejó de sonar. A toda prisa metió la tijera de nuevo y siguió cortando hasta que sólo quedaba un hilo que lo unía. Tiró las tijeras y estiró de ambos extremos rompiéndolo. Salió corriendo y fue hasta la habitación para ponerse las zapatillas de deporte y cuando iba hacia el ascensor, se detuvo en cuanto abrió la puerta pensando en algo. Iría al piso y cuando viera que no estaba, saldría a buscarla. ¿Pero y si se quedaba allí hasta que se fuera? Entonces ya no habría peligro en encontrarse de camino. Volvió al piso y se metió debajo de la cama. La última vez la había pillado allí, pero

seguro que no la pillaba dos veces. ¿Oh, sí? Estaba a punto de buscar otro sitio cuando escuchó un portazo.

— ¡Paula! —estaba furioso — ¡Paula! ¡He tenido que salir de una reunión y no tiene gracia! — la voz se alejaba, así que había ido hacia la cocina — ¿Paula?

Él empezó a correr por la casa de un lado a otro y entró en la habitación yendo hacia el vestidor y hasta el baño — ¡Joder! — le oyó susurrar. Paula tragó saliva viendo sus zapatos— Joder, nena. — parecía nervioso y a Paula le dio un vuelco el corazón al verle salir a toda prisa.

Cuando escuchó que la puerta se cerraba, se quedó allí unos minutos. Mira que era idiota al pensar en que a él podía llegar a importarle. Salió arrastrándose y se arrodilló escuchando al exterior. Fue hasta el salón y miró hacia la puerta acercándose lentamente. Abrió la puerta de la casa y salió yendo hacia la escalera. En el primer piso miró hacia abajo y al llegar al hall, su mirada fue hasta el mostrador del portero que estaba vacío. Pasó a toda prisa y salió a la calle. Echó a correr hacia el parque y cruzó por el semáforo que en ese momento estaba en verde. Paula consiguió cubrirse entre la multitud. Aliviada fue hasta el metro y se coló esperando que no la pillaran. Cuando llegó a Brooklyn fue hasta el supermercado y fue directamente a ver a Anne. Su amiga abrió los ojos como platos en cuanto la vio.

— ¿Qué coño ha pasado? ¿Unos tíos vinieron a verme preguntándome si sabía algo de un documento falsificado?

Así que Dan había buscado más pruebas contra ella —Lo siento. Pero no tienes que preocuparte. Eso está arreglado.

— ¡Sí, tan arreglado que me están siguiendo!

— ¿Siguiendo? — miró a su alrededor y vio que un tío la miraba de reojo hablando por teléfono. Paula salió corriendo a través de la sección de harinas y torció a la izquierda con intención de meterse en el almacén, pero otro hombre estaba en la puerta y en cuanto la vio se puso alerta.

Paula corrió hacia la puerta principal y esos dos tipos la siguieron mientras Anne gritaba— ¡Corre, Paula! ¡Chiss!

Cuando llegó a la calle los perdió metiéndose en las callejuelas que conocía desde niña. Al pasar al lado de un grupo de chavales que la conocían, a uno le quitó la gorra poniéndosela y metiéndose el cabello dentro. El chico asintió mirando a su alrededor sin protestar —Vete, no te siguen. — se quitó la chaqueta y se la tendió.

—Te la dejo en el Chiss.

—Déjalo, ni me acerco a ese sitio.

Ella se largó poniéndose la chaqueta que le tapaba los vaqueros cortados y cuando llegó a la calle del Chiss caminó a toda prisa. Entró en el local y en cuanto Roberto la vio despidió a sus amigos que se levantaron a toda prisa. Paula se acercó a la mesa y se sentó mientras él la miraba— Joder, en qué lío estás metida.

—Necesito salir del país. ¿Lo sabes todo?

—Tu tía vino a verme para contarme lo del timo. Pareces tonta. Con Hackford te has ido a meter. Parece que no aprendes de tu primo.

—No me des sermones. Necesito salir del país.

—Necesito unas horas para arreglarlo. —Roberto le hizo una seña al camarero que cogió una llave de un gancho. Se la acercó para dársela a Roberto —Encima del bar hay un apartamento. Espera allí a que te llame.

Ella se levantó y en ese momento entraron cuatro tíos en el bar. Por como iban vestidos, supo que trabajaban para Hackford y dio un paso atrás. Roberto la cogió por la cintura y le dijo —Sal por la puerta de atrás.

En ese momento se abrió la puerta y Dan entró en el local. Estaba furioso y la miró fijamente — Vamos Paula.

Los tíos de Roberto se llevaron las manos a la pistolas y Paula palideció al oír a Roberto decir— Ella no se va a ningún sitio.

Dan miró a Roberto —Se viene conmigo. Y te aconsejo que no te metas porque sino vas a complicar mucho tu vida. Eso te lo juro. ¿Quieres vivir tranquilo? O quieres tener que mirar sobre tu hombro continuamente.

Roberto se echó a reír— Ya vivo así. Así que lo que tú digas me importa una mierda. — sacó la pistola y se la puso a ella en la sien— ¿La quieres? ¿Estás seguro?

Dan apretó los puños y gritó — ¿Qué coño haces?

—Ver hasta qué punto te importa. A mí no me importa nada, pero es una cuestión de poder. No puedes entrar en mi casa y mearte en mi cara como si fueras el dueño del mundo. — Paula palideció porque Roberto era capaz de matarla si su reputación estaba en juego— Así que te aconsejo que salgas de aquí cagando leches antes de que me cabrees, puto pijo de mierda.

Dan la miró a los ojos e hizo una seña a sus hombres, que salieron de inmediato de allí. Roberto se echó a reír al ver que Dan se resistía, pero terminó saliendo. Ella suspiró de alivio al ver que se había rendido y Roberto bajó el arma partiéndose de la risa.

Paula se volvió y le dio un puñetazo en toda la nariz— ¡Serás gilipollas! — le gritó dejándolo atónito cuando le tiró las llaves a la cara— ¡Por esas idioteces nunca tuvimos nada!

— ¡Claro, porque prefieres a ese pijo! ¿Crees que no me he dado cuenta?

— ¡Él nunca me pondría en peligro!

Se miraron a los ojos y la cogió por la nuca besándola. Paula se dejó besar porque siempre había tenido curiosidad y no sintió absolutamente nada. Cuando Roberto se apartó levantó una ceja y se echó a reír— Joder preciosa, tendría que haberte pillado antes.

Paula no pudo evitar sonreír, pero perdió la sonrisa cuando se volvió y vio a Dan apuntando a Roberto a la cabeza con una escopeta mientras sus hombres apuntaban a los demás.

—Nena, ven aquí. — su voz indicaba que no estaba para bromas, pero no se movió del sitio— ¡Ven aquí!

Sobresaltada por su grito, dio un paso hacia él mientras notaba que Roberto se tensaba. Ahora la cosa se estaba poniendo fea porque Roberto era capaz de pegar tiros a lo loco con tal de llevar la razón. Se puso ante Dan y le dijo— Discúlpate, Dan.

La miró como si estuviera loca y la cogió por el brazo poniéndola tras él. Sorprendiéndola le dijo a Roberto— No te vuelvas a acercar a ella.

—Es ella quien viene a mí. Pregúntate por qué. — dijo Roberto viendo el lado divertido del asunto—Preferirá estar en mi cama que en la tuya.

Dan sonrió mientras ella se sonrojaba— Lo dudo. —empezó a caminar hacia atrás y al salir vio un auténtico ejercito rodeando el local mientras los vecinos observaban. Incluso había dos coches de policía. Dan la cogió por el brazo y la metió en un cuatro por cuatro negro— Perfecto Paula, es perfecto. ¿Ahora te juntas con traficantes?

Ella se mordió la lengua y no dijo nada mirando a su alrededor. Dan la cogió por la barbilla para que lo mirara— ¿Te besas con traficantes?

— ¿Eso es lo que te jode? ¿Qué me haya besado?

La miró con rabia y pasó su mano sobre sus labios con fuerza como si quisiera borrar el beso de Roberto. A ella se le cortó el aliento y miró sus ojos — ¿Dan?

Sus ojos se encontraron —Esto lo vas a pagar. — le arrancó la gorra, la besó con fuerza y la cogió por la cintura pegándola a él como si quisiera fundirse con ella. A Paula le dio un vuelco el estómago y se abrazó a su

cuello respondiendo a su beso con ansias. Él la apartó de golpe sorprendiéndola porque la miraba como si la odiara. ¡Encima!

Se cruzó de brazos mirando la calle.

Cuando llegaron a la Quinta, él se bajó manteniendo la puerta abierta. Ella lo hizo tras él y la cogió de la mano para meterla en casa— Muy lista quedarte en casa mientras yo revisaba las cintas de video. Tranquila, que eso no volverá a pasar. Aprendo de mis errores al contrario que tú.

Al entrar en casa vio que estaban colocando una cámara que enfocaba la puerta de salida —Por cierto, para que te entretengas y no hagas más tonterías, no tenemos servicio a partir de hoy porque sólo yo tengo la llave de la puerta.

— ¿Me vas a encerrar?

Él la metió en la habitación y cerró de un portazo — ¡Puesto que casi nos metes en un lío con tiroteo incluido, te aconsejo que no abras la boca!

—Quiero una prueba de embarazo.

— ¡Sólo llevas aquí una semana! — se puso como un tomate porque tenía razón.

— ¿No conseguías siempre lo que querías?

Se tiraron el uno sobre el otro. Se devoraron mutuamente cayendo en la cama y prácticamente arrancándose la ropa.

Una hora después ella miraba el techo de la habitación mientras que Dan se duchaba. No pudo evitar sonreír estirándose en la cama. Madre mía, había sido apasionado, tierno y exigente. Nunca se había acostado con otro, pero si siempre lo hacía así, ella firmaba ahora mismo. Entonces perdió la sonrisa porque recordó su acuerdo.

Dan salió del baño con una toalla rodeando sus caderas. La vio desnuda en la cama apenas cubierta con la sábana— Nena, ¿pedimos la cena?

Ella se giró abrazando la almohada y mostrando su trasero— Mmm. Vale.

Dan se sentó a su lado y le acarició el trasero hasta llegar a su espalda — Dentro de una semana tengo un viaje de negocios a Washington.

Lo miró sorprendida — ¿Y yo?

— ¿Vas a portarte bien? Paula, es muy importante que tenga todos los sentidos en esas reuniones. No podré irme.

Le miró maliciosa— ¿No me digas?

—Hablo en serio, Paula. ¿Cumplirás con tu parte del trato?

—Y si no puedo salir de casa, ¿qué voy a hacer? ¿Estaré encerrada bajo llave una semana?

—Sí.

Se quedó sin aliento al escucharle. — No hablas en serio. ¿Y si ocurre algo?

—Eso también lo tengo cubierto. Tendrás comida de sobra, pero no saldrás de aquí.

Se miraron a los ojos y Paula entendió que no se fiara de ella. Al fin y al cabo la acababa de sacar de Brooklyn, le había cortado los trajes y le había timado una pasta.

— ¿No te parece que cien mil dólares es un precio un poco bajo por un hijo?

Él se tensó levantándose— ¿Acaso quieres más?

Ella le miró a los ojos— No hay dinero que pague eso, Dan. No tiene precio.

—Tú se lo pusiste en cuanto firmaste ese documento.

— ¡Tú me obligaste!

— ¡Siempre tuviste opción!

Paula apretó los labios desviando la mirada porque era cierto. Ella había tenido opción, pero había sido una cobarde. Ahora pagaría las consecuencias.

— No te preocupes. Procuraré contenerme esa semana que tienes que irte. — se levantó de la cama y fue hasta el baño sin preocuparle su desnudez.

El resto de la noche y los días siguientes, ella estuvo muy callada resignada a lo que sucedería tarde o temprano. Dan esperaba que hiciera algo en cualquier momento y el día del viaje se acercó a la cama vestido de traje y le apartó un mechón rubio de la frente mirándola a los ojos— Volveré en cinco días.

—Estaré aquí. No te preocupes por mí.

Dan asintió sin creerse una palabra y se acercó a besarla en los labios — Pórtate bien.

Ella sonrió— Como siempre.

Dan reprimió una sonrisa y se levantó cogiendo su maleta —Te llamo esta noche.

—Vale.

Le observó salir y se sintió muy sola. La llamaba por las noches, pero ella sólo contestaba con monosílabos. No sabía lo que le pasaba, quería gritarle que no podía quitarle a su hijo y que no podía dejarla encerrada en la casa, pero simplemente contestaba indiferente. La noche del miércoles sonó el teléfono y durante un segundo pensó en no contestar, pero no quiso que se preocupara.

— ¿Diga?

— ¿Cómo te va, nena?

— Bien. —miró a su alrededor queriendo chillar que estaba harta de ese maldito piso y que quería salir.

— Pasado mañana estoy ahí. Podemos salir a cenar. Llegaré sobre las cinco.

Miró sorprendida el teléfono— ¿A cenar?

— Sí, he pensado que necesitarás salir a dar una vuelta.

— ¿Cómo si fuera un perro que se ha pasado muchas horas en casa? — le colgó el teléfono. El teléfono volvió a sonar, pero ella no contestó. A la quinta llamada descolgó el teléfono. La furia la recorrió y fue a hacer la cena. Entrecerró los ojos al ver el cuchillo y lo cogió por el mango saliendo de la cocina. Atacó el sofá con furia y rajó la tela de la tapicería por todo el almohadón. Pensando en la cara que pondría Dan se sintió mucho mejor e hizo lo mismo con el otro almohadón y con el reposabrazos. Cuando terminó con él, continuó con el otro sofá y con los dos sillones.

Al terminar estaba agotada, pero se sentía mucho mejor. Pisando el relleno de los sofás pasó hacia la cocina y se hizo macarrones con queso.

La noche siguiente la volvió a llamar. Ella estaba sentada en el sofá mirando la televisión y descolgó sin decir nada.

— ¿Paula?

— ¿Si?

— ¡Joder! ¡No quería decir eso! ¡Y lo sabes de sobra! Encima que intento que...

Le colgó el teléfono y se levantó furiosa cogió un jarrón de cristal que había sobre un aparador y lo tiró sobre la pared. Entonces al ver la pared entrecerró los ojos y fue hacia la cocina. Entró en el pasillo, lo recorrió hasta el cuarto de la lavadora cogiendo la caja de herramientas y apartándola para coger los dos botes de spray que había allí— Esto te va a encantar.

La llave en la cerradura no la movió del sitio. Mirando la televisión siguió comiendo el helado de chocolate. Dan entró en casa mirando a su alrededor.

Paula le echó un vistazo mientras Dan dejaba caer la maleta al suelo y cerraba la puerta. Las paredes del salón estaban llenas de grafitis de color azul intenso.

—Veo que me has echado de menos.

Ella le fulminó con la mirada y Dan se quitó la chaqueta lentamente mirando el grafiti de un puño con el dedo del medio levantado— Muy explícito.

—Gracias.

Dan se quitó la corbata— Sabes que esto te va a pasar factura, ¿verdad?

— ¿Y qué vas a hacer? ¿Encerrarme? — cambió de canal como si su conversación le aburriera.

Se sentó a su lado cogiendo el envase de helado y dejándolo sobre la mesa— ¿Todavía tenemos cama?

— ¿Crees que soy idiota?

Él levantó una ceja— ¿Tengo que contestar esa pregunta?

—Muy gracioso

Intentó levantarse, pero la cogió por la cintura sentándola de nuevo— ¿No vas a darme un beso?

—Eso no está en el trato.

—Sí que está. Bésame.

Paula lo estaba deseando, pero algo en su interior se resistía. Tenía miedo porque si se plegaba a él terminaría de enamorarse. Y no podía permitírselo.

Dan no le dio opción y la besó con ansias haciendo que como siempre se olvidara de todo.

Pintaron las paredes juntos ese fin de semana y fueron al cine antes de ir a comer una hamburguesa.

La semana siguiente le regaló un puzle y le compró dos libros. Y las semanas pasaron. En todas ellas tenía un detalle con Paula. Un vestido, otra vez unos zapatos, un perfume...Hasta que llegó el día en que todo cambió para ella.

Se levantó una mañana mientras que Dan todavía dormía y se iba a sentar en el inodoro cuando lo vio. La prueba de embarazo se veía en uno de los cajones abiertos de Dan. Se levantó del wáter. Alargó la mano abriendo más el cajón y cogió la prueba.

Apretó los labios al ver que había varias. Sacó el palito de plástico y uso el wáter.

Mientras pasaban los minutos se miró al espejo. Apartó su pelo de la cara y abrió el grifo sintiendo un calor espantoso sabiendo lo que diría la prueba. Se lavó la cara con agua fría y se estaba secando con fuerza cuando la puerta del baño se abrió.

— Nena, son las cinco. — Dan vio la prueba de embarazo sobre la encimera al lado del lavabo.

Ella salió del baño— Ahí la tienes. ¿No te atrevías a pedírmela? ¿Creías que iba a quemar la casa? — pasó a su lado y se puso la bata de seda verde regalo de él.

Salió de la habitación furiosa y fue hacia la cocina. Le dio ganas de rajar los sofás nuevos de piel granate que él había comprado. Eran horribles. Abrió la nevera cogiendo el zumo apretando las mandíbulas. Bueno, ese día tenía que llegar tarde o temprano. Ahora a esperar. Estaba asustadísima por lo que iba a sentir a partir de ahora.

Estaba bebiendo el zumo cuando se abrió la puerta y Dan entró en la cocina. La miraba muy serio disimulando lo contento que estaba.

— ¿Pero qué te pasa? — preguntó ella molesta—Deberías estar dando saltos de alegría.

—Te pediré cita en el médico hoy mismo.

—Muy bien. —se volvió porque no quería ni verle —Cuanto antes mejor.

—Nena...

— ¡No me llames nena! — gritó de los nervios. Respiró hondo intentando controlarse—Creo que lo mejor es que me mude de habitación.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Ya estoy embarazada. No tenemos que compartir la cama. — dijo fríamente— Ese era el trato. — Dan se acercó a su espalda y Paula se alejó esquivándolo— Me voy a duchar.

—Paula...—se detuvo en la puerta de la cocina sin volverse— No tiene por qué cambiar nada.

Claro y se seguiría acostando con ella hasta que le diera la patada. No, gracias.

— Estoy embarazada. Se ha acabado. — abrió la puerta de la cocina saliendo de allí antes de que la convenciera.

Capítulo 9

Se metió en la ducha sin esperar que calentara el agua. Apoyó las manos en el mármol inclinando la cabeza hacia delante para que el agua cayera sobre su nuca mientras las lágrimas salían incontrolables, sintiéndose impotente porque a partir de ahora estaría sola en aquella casa. Se enderezó levantando la cara dejando que el agua lavara sus lágrimas. Era fuerte. Siempre lo había sido y esa situación no la iba a vencer. Saldría adelante. Puede que saliera adelante sintiendo ese dolor en el corazón toda la vida, pero saldría adelante y quizás en un futuro conseguiría llevar una vida normal. Los ojos grises de Dan aparecieron en su mente. Eran sus ojos al hacerle el amor. Mirándola con deseo, como si la necesitara. Dan no la necesitaba. Toda aquella situación se había desvirtuado en su mente en las últimas semanas y Paula por un momento se sintió su pareja, su compañera. Tenía que meterse en la cabeza que aquello no era así. Que para él todo era un trato para conseguir lo que quería.

Cerró el grifo y se enrolló el cabello dejando que el agua cayera sobre el plato de la ducha. Salió y se envolvió en la toalla cogiendo otra para el cabello. Al salir a la habitación escuchó a Dan en el gimnasio en la cinta de correr. Fue hasta el vestidor y empezó a vestirse con unos leggings y una camiseta.

Se estaba cepillando el cabello ante el espejo del baño, cuando Dan apareció en el baño solamente con los pantalones de deporte. Estaba enfadado. Asombrada vio que se quitaba el pantalón entrando en la ducha sin dirigirle la palabra, así que empezó a recoger sus enseres de aseo para trasladarlos de cuarto de baño. Cuando salía se le cayó el desodorante, pero no volvió a buscarlo. Furiosa porque encima se enfadara, dejó sus cosas en el cuarto de baño del pasillo dentro del lavabo. Las colocó sin darse ninguna prisa y cuando volvió a la habitación para entrar en el vestidor él estaba desnudo secándose mientras miraba sus trajes nuevos. Paula fue hasta su ropa y cogió sus vestidos de una vez levantándolos para sacar las perchas. Él juró por lo bajo y la cogió del brazo haciendo que cayera su ropa al suelo.

— ¿Qué haces? — preguntó asombrada.

— ¿Qué haces tú?

— ¡Trasladarme de habitación!

— ¡Mira, me voy a trabajar y cuando vuelva espero que se te haya quitado eso de la cabeza! — le gritó a la cara— ¡Cuando llegaste a esta casa te dije que dormirías conmigo y eso vas a hacer hasta que des a luz!

— ¿Por qué?

— ¡Porque lo digo yo!

— Ya estoy embarazada y no puedo salir de la casa.

— ¿No sé lo que harás mientras duermo, así que te quedas en la cama! ¿Me has entendido?

La rabia hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas— ¡No! No pienso hacerlo. ¡Si quieres una amante, búscate otra!

Dan apretó las mandíbulas— ¡No tengo que buscar nada, porque para eso te tengo a ti!

Paula palideció al escucharle y temiendo ponerse a llorar ante él, salió corriendo del vestidor, pero como no tenía a donde ir salió a la terraza yendo hacia la esquina. Era lo más alejada que podía huir de él. Se apoyó en la barandilla de forja y miró hacia el parque mientras las lágrimas caían por sus mejillas. No podría soportar aquello. Ya no lo soportaba ahora y dentro de unos meses sería horrible.

Sintió a Dan tras ella—Estás dramatizando. No sé por qué te pones así porque estés embarazada. — Paula apretó la barandilla en sus manos— ¿Qué es lo que quieres, Paula?

—Quiero irme. —respondió angustiada.

—Eso no va a pasar y menos ahora. —dijo fríamente —Me parece que has olvidado para qué estás aquí. No eres mi esposa, ni mi novia. Eres una mujer que me estafó y que está pagando su penitencia. — Paula cerró los ojos intentando no gritar de dolor— En unos meses esto se habrá acabado y podrás irte como estás deseando.

—No lo he olvidado. — susurró. ¿Cómo olvidarlo cuando estaba encerrada las veinticuatro horas?

—Espero que cuando vuelva, tu actitud haya cambiado.

Eso la enfureció y Paula se volvió tirándose sobre él para golpearle fuera de sí. Dan sorprendido la empujó hacia atrás y ella gritó cuando su trasero chocó con la barandilla de forja cediendo por su peso.

— ¡Paula! — gritó él intentando sujetarla, pero ella cayó hacia atrás. Todo sucedió en décimas de segundos y Paula cayó un piso intentando

agarrarse a algo. Sin saber cómo, sus manos se aferraron a un águila de cemento que decoraba la fachada. Con la respiración agitada miró el pico el águila intentando no caerse. Dan gritaba su nombre, pero ella sólo estaba atenta al sonido de su corazón que estaba descontrolado. Él gritaba desde arriba y miró hacia allí sin llegar a entender lo que decía. Del miedo que sentía no podía ni pensar. Cerró los ojos y pensó que iba a morir. Iba a morir ese día y su bebé con ella. Algo en su interior le dijo que no podía consentir que a su bebé le pasara nada. Miró hacia Dan que totalmente pálido alargaba la mano intentando cogerla tumbado en la terraza. Ella negó con la cabeza porque no llegaría y miró hacia abajo con cuidado. Al ver la altura que había, casi se desmaya. Al mirar hacia el otro lado vio que la terraza del sexto piso estaba a un metro hacia la derecha más o menos. Miró a Dan a los ojos.

—¡Nena, dame la mano! — gritó desesperado arrastrándose en el suelo y sacando medio cuerpo fuera de la terraza. —Dame la mano, por favor. — ella lloraba negando con la cabeza— ¡Dame la mano! —gritó asustado.

—No llegaré. Me voy a caer.

La miró angustiado —No me digas eso.

El peso de su cuerpo hacía que sus brazos sufrieran de dolor y sus manos se resbalaron — ¡Dan! — gritó asustada al ver que no se sostenía.

Él salió de la terraza y Paula aterrorizada gritó — ¡Dan, no me dejes!

Desesperada miró hacia la terraza del sexto piso y cerró los ojos por lo que iba a hacer. Balanceó las piernas de un lado a otro todo lo que pudo y se dejó caer alargando las manos para sujetar la barandilla, pero se había quedado demasiado lejos. Horrorizada gritó y unas manos la sujetaron por las muñecas. Al mirar hacia arriba lloriqueó cuando vio a Dan.

— Ya está, preciosa. —tiró de ella con fuerza y Paula pudo apoyar los pies en el bajo de la barandilla. Dan soltó uno de sus brazos para rodear su cintura y la pasó al otro lado abrazándola con fuerza —Estás a salvo— la besó en la coronilla mientras ella sentía que las piernas no la sostenían.

— ¿Se encuentra bien? — preguntó una mujer horrorizada—Dios mío, esto no había pasado nunca.

Dan sin hacerle caso a la mujer que les observaba en pijama, la cogió en brazos susurrándole— Estás bien.

Ella abrazó su cuello con fuerza muerta de miedo. Sin darse cuenta empezó a temblar con fuerza y Dan la apretó a él intentando calmarla. Se sentó en el sofá de su vecina y la miró bien mientras decía a la pobre mujer

que avisara a una ambulancia. La mujer corrió hacia el teléfono y él le acarició la espalda —Estás a salvo. — ella lloraba contra su cuello temblando incontrolablemente — Todo está bien. Estás conmigo. No te pasará nada malo, te lo juro.

Intentó calmarse, pero no podía. Cuando llegó la policía con los sanitarios, él explicó lo que había pasado. Una chica intentó separarla de Dan, pero tenía los brazos agarrotados y no entendía lo que le decían. Sintió un pinchazo en el brazo y miró a Dan a los ojos que aún la tenía en el regazo— Me he librado. — susurró haciéndole sonreír.

—Sí. —la besó suavemente en los labios—Todo irá bien. —la abrazó a él levantándose y sacándola de la casa. Poco a poco empezó a sentirse muy pesada y ya no pudo abrazarle. Sin darse cuenta que sus ojos se iban cerrando.

Se despertó en su cama o más bien la cama de Dan. Sino hubiera sido por las heridas que tenía en las manos y que le dolían los brazos, hubiera pensado que todo había sido una pesadilla.

—Estás despierta. — miró sobre su hombro y vio a Dan tumbado a su lado.

— ¿Qué ha pasado?

—Te revisaron en el hospital y te dieron el alta. No tenías nada y necesitan las camas. — se incorporó apoyándose en el antebrazo para verla bien— ¿Estás bien? ¿Te duele algo?

—Los brazos. —sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Shusss. — le acarició la mejilla mirándola preocupado— No llores.

—Lo siento.

—Ha sido culpa mía. Debía haber revisado la barandilla cuando compré el piso. No tienes ninguna culpa.

—El bebé...

—Es un garbancito que no se ha enterado de nada. — sonrió con tristeza— Lo único que importa es que tú estés bien.

Ella asintió mirándole a los ojos— Quiero ver a mi tía.

—Está en el salón.

— ¿En el salón?

—La he llamado en cuanto llegaste al hospital. Se vino a casa con nosotros. Quiere asegurarse de que estás bien. — la besó en la mejilla

ligeramente antes de besar su nariz para llegar a sus labios— Tienes prohibido salir a la terraza.

Soltó una risita sin poder evitarlo —Me lo imaginaba.

Dan sonrió alejándose para verla bien— Puedes abrir las puertas, pero no salir a la terraza hasta que todo esté bien asegurado.

—No pensaba acercarme.

Parecía que Dan no quería separarse de su lado —Joder, nena. Menudo susto. — dijo con voz grave —Todavía tengo el miedo en el cuerpo.

Lo entendía perfectamente. Ver como alguien había estado a punto de morir estrellada en el suelo, debía ser un susto para cualquiera. Sonrió para intentar tranquilizarle— Estoy bien. Gracias a ti. Me salvaste.

Dan apretó los labios antes de sonreír— Pues la vecina de abajo no debe estar muy contenta con nosotros. Le he roto la puerta para entrar en su casa. Y ha dejado caer que somos un poco ruidosos.

Ella sonrió— ¿De veras? Pues todavía le quedan unos meses de sufrimiento.

Dan perdió la sonrisa y desvió la mirada —Voy a avisar a tu tía.

Minutos después Estela entraba en la habitación y sonrió aliviada al verla despierta— ¿Cómo estás, mi niña? — se sentó en la cama y Paula se sentó impaciente para abrazarla echándose a llorar— Shusss. Mi rayito de sol no llora, ¿recuerdas? Mi rayito de sol sonríe e ilumina una habitación haciendo sonreír a todos. — la besó en la frente como cuando era niña. Estás bien. Lo han dicho los médicos.

— ¿Y tú cómo estás? ¿Se sabe algo de John?

Dan mirándolas desde el pie de la cama se tensó y su tía le miró de reojo antes de decir— Está en México.

Paula jadeó apartándose— ¿En México?

—Ha llamado por teléfono preguntando si todo iba bien.

— ¿No le habrás dicho nada? — preguntó asustada.

—No. — por su mirada supo que sí y se preocupó por su primo. Era capaz de volver a Nueva York para enfrentarse a Dan. Sin darse cuenta miró a Dan asustada y este entrecerró los ojos — Pero no hablemos de mi hijo. —su tía acarició su cabello rubio echandoselo hacia atrás— ¿Sabes? Te he hecho un vestido precioso que he visto en una revista. Ya lo verás. Es rojo y te quedará perfecto con un cinturón negro.

—Tía, no tienes que hacerme nada.

—Va, así me entretengo. Pensaba hacerle ropita al bebé, pero prefiero esperar para saber si es niño o niña.

A Paula se le cortó el aliento y miró a Dan, que sí antes estaba tenso, ahora lo estaba aún más— Tía. —la cogió de las manos— El bebé es de Dan. — la miró a los ojos— ¿Entiendes? Nosotras no tendremos nada que ver con él. —tragó saliva antes de añadir— No lo veremos nunca.

Dan salió de la habitación dando un portazo y su tía se sobresaltó— No puede quitarte al niño. Sería antinatural. Eres su madre. Nadie puede privarle un hijo a su madre.

Mejor sería dejar ese tema para otro día porque no tenía fuerzas de enfrentarse a eso ahora. Tomó aire antes de preguntar por la gente del barrio. Estuvieron hablando dos horas y cuando Dan entró en la habitación, su tía se levantó de la cama.

— Bueno, yo me voy.

— ¿Pero volverás, verdad? — la preocupación de su voz fue patente.

Su tía miró a Dan que asintió brevemente y su tía sonrió— Claro que sí, cielo. — la besó en la frente— Ahora descansa.

—Sí, estoy bien.

—Vendré el sábado por la mañana.

—El sábado. Te estaré esperando. — más tranquila se tumbó en la cama mientras su tía salía de la habitación acompañada de Dan.

Él volvió minutos después con una bandeja y sorprendida vio que era su desayuno— ¿Me lo traes a la cama?

Dan se echó a reír— Sólo porque estás recuperándote.

Se miraron a los ojos— No tienes que hacer esto, ¿sabes?

— ¿El qué?

—Preocuparte por mí cuando tienes tanto trabajo. Puedes irte. Estoy bien.

Él apretó los labios sin decir nada y ella miró su desayuno que era digno de un rey pues había desde fruta hasta huevos con beicon. Levantó una ceja al ver un delicioso croissant. —Esto no lo has hecho tú.

—Estamos en Nueva York. Los desayunos a domicilio existen desde hace años.

—Uhhh, pues es perfecto. Gracias.

—No tienes que darme las gracias por todo. — sorprendida vio como salía de la habitación furioso. ¿Qué había hecho ahora? No entendía por qué se molestaba por darle las gracias.

Se puso a desayunar y antes de darse cuenta se lo había comido todo. Apartó la bandeja y se levantó cogiéndola de nuevo para llevarla hasta la cocina. Dan estaba sentado en el sofá mirando unos papeles. No levantó la vista cuando pasó ante él. Después de dejar la bandeja en la cocina volvió al salón y se sentó a su lado— ¿Te ayudo?

Él sonrió y la miró— ¿Quieres ayudarme?

—Claro. ¿Qué haces?

—Decidir qué tipo de armas les compro a los chicos.

—La más grande.

Dan se echó a reír— ¿De veras?

—Claro. Cuando más grande mejor. No sé por qué no van con metralletas.

—Algunos sí llevan metralletas.

— ¿Tú tienes pistola?

—Sí, tengo pistola. Varias pistolas.

—En casa no las he visto.

—Lo que me faltaba. Dejarte un arma a mano. Me hubieras pegado un tiro el primer día.

Ella hizo una mueca porque seguramente tenía razón. La verdad es que si miraba hacia atrás, parecía que estaba un poco loca. Miró los papeles sintiéndose inquieta. Le necesitaba. Necesitaba que la tocara, que la abrazara y que le hiciera el amor. Le miró de reojo porque no sabía cómo pedirselo.

—Dan...

—Nena, tengo que terminar esto hoy. —dijo mirando unas fotos.

—Estoy inquieta.

—No me extraña nada. ¿Quieres una pastilla que te ha recetado el médico?

Se quedó en silencio mordiéndose el labio inferior y Dan la miró interrogante. Se miraron a los ojos y Dan tiró las fotos sobre la mesa carraspeando — ¿Quieres sexo?

Paula se puso como un tomate— ¡No!

Él se echó a reír cogiéndola por la cintura para pegarla a él— Si quieres sexo, sólo tienes que decirlo.

—Yo no he dicho nada. — dijo orgullosa haciéndolo reír más.

—Muy bien, pues yo sí quiero sexo. — dijo con voz ronca comiéndosela con los ojos. Paula nunca se sintió más hermosa que en ese

momento y rodeó su cuello con los brazos para acercarle a ella— Y pensar que hace unas horas podíamos haber perdido esto para siempre. — susurró antes de besarla profunda y apasionadamente.

Seis meses y medio después.

— ¡Feliz cumpleaños! — dijo su tía entrando por la puerta con un enorme paquete en las manos.

—Tía...— se echó a reír levantándose del sofá apoyándose en el respaldo porque tenía una barriga enorme — ¿Pero qué es eso?

—Una sorpresita para ti. — dejó su bolso y se quitó el abrigo mientras Dan cerraba la puerta —No todos los días se cumplen veintiséis años. Vamos, ábrelo.

Sonriendo rompió el papel del paquete y palideció al ver la cantidad de ropita rosa que había en la enorme cesta. —Ah, es preciosa tía.

Dan apretó los labios viéndola sacar un vestidito rosa que era una auténtica maravilla— Tienes una mano increíble para la costura.

—Los he hecho de distintas tallas. — dijo su tía emocionada apartando el papel para que lo viera todo —Los calcetines los he comprado. Pero hay de todo. Desde pantaloncitos para el verano hasta un abrigo para el año que viene.

—Es una ropita preciosa. Gracias. — susurró sin mirarles. Se volvió hacia la cocina— ¿Quieres tomar algo?

— ¿Tenéis café? Hace frío.

—Sí, claro. — entró en la cocina y preparó el café colocando unas galletas que había hecho el día anterior con formas de árbol de navidad intentando calmarse. Durante esos meses y después de todo lo que había pasado, intentaba en no pensar en lo que se le vendría encima dentro de poco. De hecho, lo borraba de su mente en cuanto el temor aparecía. Procuraba vivir su embarazo absorbiendo todas las experiencias, pero a veces algunas de esas experiencias la dejaban hecha polvo como lo de la ropita, porque era algo que ella no vería puesto a su hija. Se mordió el interior de la mejilla intentando retener las lágrimas y forzó una sonrisa al salir al salón con la bandeja. Su tía hablaba con Dan como si fueran de la familia mientras le mostraba la ropa que había hecho—Este lo he copiado de una revista. ¿A que es bonito?

—Es precioso, Estela. — respondió Dan — ¿Qué tal si apartamos toda esta ropa para dejar sitio a la bandeja?

Dejó la bandeja sobre la mesa y su tía se echó a reír al ver las galletas — Veo que te he enseñado bien.

—Me infla a dulces. — dijo Dan sonriendo.

—Se le dan muy bien. ¿Y no has hecho una tarta de cumpleaños?

—No. — susurró sirviéndole el café.

—Pero debes tener tarta en tu cumpleaños. ¿Sabes? Después podemos hacer una para que lo celebréis esta noche.

Dan apretó los labios y Paula dijo rápidamente— Dan tiene una cena esta noche.

—No me he enterado que era su cumpleaños hasta que has llamado esta mañana. — dijo él algo molesto.

—Es una tontería. No es importante. — cogió una galleta sin ganas. Solamente para tener algo que hacer y se sentó en el sofá al lado de su tía que había perdido la sonrisa — ¿Qué tal todo por el barrio?

—Como siempre. Ah, han detenido a Roberto.

— ¿Qué? —preguntó asombrada porque no le habían detenido nunca.

Dan se tensó mirándolas con su taza de café en la mano, pero ella ni se dio cuenta mirando a su tía— ¿Por tráfico de drogas?

—No, porque se le fue la mano a la hora de aclarar deudas. — bebió algo de su café antes de continuar— Al parecer lo dejó medio tonto. ¿Ves cómo no tenías que haberle pedido el dinero a él? Si no lo hubieras solucionado...

—Ese tema ya está zanjado. — dijo antes de morder la galleta mirando a Dan.

— ¿Le pediste dinero a ese tipo?

—Claro, para alquilar la casa. — dijo su tía mirando a su alrededor— Parece increíble que cueste veinticinco mil al mes, ¿verdad? La gente tira el dinero.

—Vaya gracias. —dijo él irónico.

Su tía se echó a reír mientras Dan fulminaba a Paula con la mirada. Estupendo, ahora se cabreaba con ella. Decidió seguir hablando de Roberto y preguntó dejando la galleta sobre la mesa— ¿Y está en la cárcel?

—Qué va. Le soltarán en cuanto impongan la fianza. Como lo puede pagar...

Dan gruñó bebiendo de su café de nuevo, mientras su tía seguía hablando por los codos.

Y contó un montón de cosas como siempre. Hasta le comentó que Anne se había casado.

— ¿Qué? — preguntó interrumpiéndola— ¿Qué se ha casado?

Su tía la miró con pena— Me preguntó por ti hace un par de meses porque quería que fueras su dama de honor, pero como no podía decirle dónde estabas....

— ¿Con quién se ha casado? — preguntó casi sin voz.

—Con un chico que conoció en el trabajo. Neil creo que se llama.

Desinflada se levantó del sofá. Su mejor amiga se había casado y ella no tenía ni idea. Se acarició el vientre mirando al vacío —No me encuentro muy bien. Me voy a acostar un rato.

Dan se levantó— Nena, ¿llamo al médico?

Negó con la cabeza saliendo del salón. No se molestó ni en quitarse el vestido premamá azul que llevaba. Se tumbó sobre la cama intentando retener las lágrimas. Menuda mierda de cumpleaños. Una lágrima rodó por su nariz y se la borró furiosa. Debía ser positiva. Si estuviera en la cárcel tampoco hubiera ido a la boda de Anne. La puerta de su habitación se abrió, pero ella no se molestó en volverse. Sabía quién era. Siempre era la misma persona.

Dan se sentó a su lado y le acarició la cintura — ¿Estás bien?

—Sí, claro. Es que me he agotado de repente.

—Siento lo de tu amiga. —ella no contestó nada abrazando la almohada— Y lo de tu cumpleaños... —Paula siguió sin decir nada— Joder, nena. Grítame o dime que soy un cabrón, pero no quiero verte así.

—No me pasa nada. Sólo necesito dormir. — susurró intentando retener las lágrimas.

—Esta no eres tú. Si fuera hace unos meses, me hubieras cortado las pelotas.

—Supongo que todo ha cambiado, ¿no? ¿Qué más da? Ya todo da igual.

No vio como Dan apretaba los labios, pero sí sintió como se tumbaba a su lado y la abrazaba — Creo que deberíamos hablar de esto.

—No quiero hablar. Por favor, déjame dormir. — se tapó la cara con las manos para evitar que viera su dolor —Quiero estar sola.

Dan se tensó a su espalda—Nena, estás muy sensible, pero...

— ¡Déjame en paz! — gritó desgarrada— ¡Sólo quiero que me dejes en paz unas malditas horas!

Él se apartó de ella y se levantó de la cama en silencio, saliendo de la habitación cerrando suavemente la puerta. Paula se echó a llorar con fuerza sin poder evitarlo y no supo cuánto tiempo estuvo así. El día se acercaba y todo terminaría pronto. Intentó relajarse y se puso boca arriba tomando aire cuando un dolor desgarrador atravesó su vientre. El dolor la dobló y palideció pensando que se desmayaría. Pasó a los pocos segundos y gritó — ¡Dan! ¡Dan!

Escuchó los pasos corriendo por el pasillo y cuando se abrió la puerta Dan palideció. Su tía estaba detrás —Estela, llama a una ambulancia.

Su tía salió corriendo y ella se asustó mientras él se acercaba sentándose a su lado.

— Algo no va bien. — susurró.

—No te preocupes, nena. Enseguida llegará la ambulancia. —Dan miró hacia abajo y ella hizo lo mismo.

— ¡Estoy sangrando! —gritó muerta de miedo.

—No te muevas. Enseguida llega la ayuda.

— ¡Ya está! — gritó su tía corriendo hacia la habitación— ¡Ya vienen!

Dan forzó una sonrisa— ¿Ves? Enseguida están aquí.

—Me duele. — lloriqueó cogiendo su mano— Dan, la niña...

—No te preocupes. Todo va a ir bien. —Dan estaba asustado y miró a su tía— Avisa al portero, por favor.

Un grito de Paula les puso los pelos de punta, pues arqueó la espalda por el dolor que la atravesó.

—Dios mío. — susurró su tía santiguándose— Dios mío, cuida a mi niña.

— ¡Está bien! — gritó Dan pálido. Miró a Paula cogiéndola por los hombros — Vamos, nena. Quédate conmigo. No te desmayes.

—Me duele. — susurró cuando el dolor cesó un poco.

—Lo sé, pero tú eres muy fuerte. — la besó en la mejilla— Por favor, nena. Quédate conmigo.

Los minutos no pasaban y ella le miró a los ojos— Lo siento. —sonrió sin ganas— Ni esto hago bien.

Su tía se echó a llorar y Dan negó con la cabeza— Haces mil cosas bien. Y esto para ti será pan comido. — la besó en los labios— Todo irá bien.

Unos sanitarios entraron en la habitación con el portero detrás y en cuanto la vieron, entendieron la situación. La subieron a la camilla y Dan contestó a todas las preguntas que hicieron. Estaban bajando en el ascensor cuando ella gritó de nuevo retorciéndose en la camilla. Salieron corriendo del ascensor ante la mirada de varios vecinos y la metieron en la ambulancia a toda prisa. Paula agobiada de dolor miró a su alrededor buscando a Dan, pero no le veía por ningún sitio.

Capítulo 10

Ni se enteró del trayecto al hospital porque se estaba mareando y varias personas gritaban a su alrededor.

Una mujer con bata blanca ordenó— ¡A quirófano!

— ¡No hay quirófano disponible!

— ¡Pues aquí!

Paula miraba confusa y muy cansada a su alrededor. Vio como a la mujer le ponían una bata verde y se acercaba a ella atándose una mascarilla — Paula, tienes un desprendimiento de placenta. Tenemos que sacar a la niña.

Ella asintió mientras la ponían de lado. Le pincharon en la espalda y volvieron a ponerla boca arriba. Segundos después ya no sentía nada de cintura para abajo. Le pusieron delante un paño verde y escuchó llorar a la niña. Sonrió cerrando los ojos al escuchar ese sonido. Estaba viva.

— ¡No puedo retener la hemorragia! — gritó alguien— ¡Necesito un cirujano!

Atontada vio a la niña pasar a manos de una mujer que la cogió en brazos. Al ver cómo la colocaba sobre una mesa una lágrima corrió por su mejilla pensando que esa sería la última vez que la vería.

Cuando se despertó le dolía el vientre y tenía la boca seca. Miró a su alrededor y vio a Dan sentado a su lado cogiéndole la mano —Eh, ya estás despierta.

Se le quedó mirando algo sorprendida— ¿Qué haces aquí?

— ¿Y dónde iba a estar? — se levantó para verla bien.

—Con la niña.

—La niña está en la incubadora.

— ¿Pero está bien?

Dan sonrió asintiendo— Está bien. Y tú te pondrás bien también, ¿sabes?

Se encogió de hombros como si le diera lo mismo y él apretó los labios.

— ¿Y por qué no estás con ella?

—Porque está muy bien atendida. Además, sólo me dejan pasar una hora por la mañana y otra por la tarde.

—Bien. — susurró mirando a su alrededor— La tía...

—Estará dormida en su casa. Son las tres de la mañana.

Se miraron a los ojos y ella dijo lo único que podía para terminar con aquello lo antes posible— Entonces ya está. Todo ha terminado y puedes irte si quieres.

Dan entrecerró los ojos— ¿Irme?

—Dan, por favor... ¡Vete!

—Nena, ¿pero qué dices?

— ¿Qué más quieres de mí? — preguntó desgarrada sin hacerle caso al dolor de su vientre mientras Dan palidecía— ¡Vete de una maldita vez!

— ¿No quieres ver a la niña? Seguro que si lo pido...

Le miró horrorizada — ¿Qué clase de monstruo eres tú?

Dan dio un paso atrás como si le hubiera golpeado— Si necesitas cualquier cosa...

— ¡Largo! — gritó llorando.

Dan salió de allí y un minuto después apareció la enfermera para inyectarle algo en el gotero que afortunadamente la hizo olvidar quedándose profundamente dormida.

Le dieron el alta cuatro días después. Le costaba hasta caminar porque le dolían horrores los músculos del vientre. Se pasó una semana sentada en el sofá de su tía. La pobre mujer estaba muy preocupada por ella porque no dejaba de llorar. Casi no comía y no pegaba ojo porque la imagen de su hija siendo recogida por la enfermera en el momento de nacer, no le daba descanso. Además, no podía dejar de pensar en Dan. En si estaría bien o si se arreglaba con la niña. Se echaba a llorar cada vez que recordaba que no sabía ni cómo se llamaba. ¿Qué clase de madre era que no sabía ni el nombre de su hija?

A las dos semanas ya no podía más y su aspecto era aterrador. Había adelgazado muchísimo y sus ojeras eran enormes. Su tía le dijo que debía ir al médico porque seguramente estaba algo deprimida. En cuanto oyó esas palabras, se echó a reír histérica para después echarse a llorar de nuevo.

Cuando ya estuvo lo bastante recuperada para trabajar, volvió al supermercado a pedir trabajo ya que no podía permitirse estar sin trabajar. En el despacho de su encargado tuvo que soportar sus reproches por haberle

dejado plantado sin avisar y después del rapapolvo, el tío tuvo el descaro de decirle que no le devolvía el trabajo porque después de tanto tiempo había una chica muy eficiente en su puesto.

Salió de allí dándole exactamente igual y fue a ver a Anne a su sección. Su amiga estaba distraída colocando unas naranjas.

—Hola, recién casada.

Su amiga se volvió sorprendida y abrió los ojos como platos al ver su aspecto—Dios mío, ¿qué te ha pasado?

Ella sonrió sin ganas— La vida. ¿Cómo te va?

Anne miró a un compañero— ¡Steve, me tomo el descanso ahora! — la cogió de la mano y tiró de ella hacia la zona de empleados metiéndola en el vestuario— Muy bien, ahora cuéntame en qué lío te has metido. Interrogué a tu tía, pero es una tumba.

— ¿Y qué más da? — se sentó en el banco haciendo una mueca porque todavía le dolía la cicatriz de la operación—Ahora todo ha pasado.

Su amiga la miró cruzándose de brazos— ¡Pues por tu aspecto me da la sensación que lo tienes muy presente! Tenía que haberte interrogado cuando me pediste el permiso de conducir. Sabía que había algo raro. Y cuando escuché que le pediste dinero a Roberto...Cuéntamelo Paula. Estás hecha polvo y tienes que desahogarte.

Miró a su amiga angustiada porque se sentía horriblemente mal. Sentía que había abandonado a su hija y no podía vivir así. Anne se acucilló ante ella y le cogió la mano— Te prometo que no te voy a juzgar. Me da la sensación que tú ya lo haces por todos.

Se echó a llorar y Anne la abrazó consolándola. Con la voz congestionada le contó todo lo que había pasado sin omitir nada. Anne se sentó a su lado asombrada sin abrir la boca y cuando terminó, sintiéndose culpable siguió llorando sin consuelo— No sé ni su nombre. No puedo soportarlo y...

—Dios mío, cielo. — le acarició la espalda — ¿Cómo has podido soportar todo esto? Necesitas ayuda.

—Lo sé. Mi tía dijo que debería ir al psiquiatra, pero no me lo puedo permitir.

Anne parpadeó— No me refiero a esa ayuda, Paula.

La miró confundida— ¿A qué te refieres?

—A que necesitas ayuda para recuperar a la niña.

—Es suya. — dijo angustiada —No puedo hacer nada.

—Que sea legal, no.

A Paula se le cortó el aliento— ¿Qué quieres decir?

—Creo que está claro. —la cogió de la mano— ¿Tengo que delectarte? Se rumorea por el barrio que Roberto le tiene ganas a Hackford y te ayudará con tal de joderle. Él puede sacarte del país con la niña y mi hermano te hará el pasaporte.

Paula sintió que la esperanza renacía en su interior— Si te vas a México, allí está tu hermano y él te ayudará con el dinero. ¡Piénsatelo porque te estás consumiendo y no pienso consentirlo! ¡Como si tengo que ir a buscar a la niña yo misma!

Asintió pasándosele mil ideas por la cabeza— Tengo que pensar en ello.

—Y mientras piensas come algo. Si tienes que dar ese paso, tienes que estar en plena forma, porque con pinta de yonki llamarás la atención. Y un secuestro es un delito muy grave, cielo.

Asintió mirando a su amiga— Gracias.

Anne sonrió— No le digas nada a Neil porque él estará del lado de su jefe. — se echó a reír— Me he casado con alguien del lado bueno. ¿Te lo puedes creer?

Se echó a reír sintiéndose bien después de mucho tiempo— ¿Él sabe los trabajitos que hace tu hermano?

—No tiene ni idea. ¿Crees que debo decirle que mi hermano me ha falsificado el permiso de conducir y que nunca me lo he sacado? Ni hablar. No me dejaría el coche.

Riendo la abrazó— Te he echado de menos.

—Pues tenías que haberme llamado antes. Le hubiéramos puesto las pilas a ese tipo. — Paula perdió la sonrisa y Anne le acarició la mejilla— Estás enamorada de él, ¿verdad?

—Supongo que el roce hace el cariño. Ha sido mucho tiempo juntos.

—Lo siento. Tú te merecías un gran amor.

Sonrió con pena— Todo el mundo se merece un gran amor.

—Por frases como esas es por lo que lo digo. Anda, vete a casa y descansa.

Se despidieron con un abrazo y cuando Paula volvía a casa, se sentó en un banco con las manos metidas en el abrigo sin importarle las bajas temperaturas. Pensó en lo que Anne le había dicho. Prefería estar en la cárcel por haber intentado tener a su hija, que pasarse toda la vida en ese

estado. La imagen de su hija pasó ante sus ojos. Aunque sólo fueran unos días merecía la pena. Unos días con ella, los atesoraría el resto de su vida.

Entrecerró los ojos tomando una decisión y se levantó caminando hasta su casa a paso ligero.

Esa noche repitió macarrones y su tía entrecerró los ojos— Cariño, ¿estás bien?

—Sí, tía. —respondió mirándola a los ojos.

Su tía se llevó la mano al pecho— Dios mío, ¿qué vas a hacer?

—Recuperar a mi hija. Voy a recuperar a mi hija.

Abrigada con un plumas y un buen gorro, esperó a la hora que Dan salía a trabajar, lo suficientemente alejada del portal para que no la reconociera. Habían pasado dos semanas desde que Anne y ella habían tenido aquella conversación que le abrió los ojos. Paula estaba muy nerviosa porque quedaban sólo unos minutos para que saliera de la casa. El coche de Dan se puso ante el portal. El chofer se bajó del coche y Paula le vio salir. Se quedó sin aliento al verle tan guapo con su abrigo azul y su bufanda marrón. Estaba más delgado y parecía que tenía ojeras. ¿La niña no le dejaría dormir?

Se mordió el labio inferior viéndole entrar en el coche. Molesta consigo misma por preocuparse por él, se giró justo cuando el coche pasaba de largo.

Miró hacia el portal—Bien, vamos allá. —susurró tomando aire después para darse fuerzas.

Cruzó la calle pasando entre los coches y cogió su móvil pasando ante el portal. El portero estaba detrás del mostrador seguramente leyendo el periódico. Marcó su número pues se lo sabía de memoria y esperó— ¿Diga?

—Soy la señora Spencer. — dijo recordando a una de sus vecinas—Mi grifo del baño gotea. Quiero que venga inmediatamente.

—Sí, señora Spencer. Voy enseguida. — le vio levantarse e ir hacia el ascensor.

En cuanto se cerraron las puertas, ella entró en el edificio y empezó a subir las escaleras a toda prisa. Cuando llegó al séptimo, llamó a la puerta sacando la pistola que tenía en el bolsillo y en cuanto se abrió la puerta apuntó a la doncella a la cara— No grites. — susurró avanzando.

La chica a la que no conocía dio un paso hacia atrás y en cuanto entraron, Paula cerró la puerta —Date la vuelta.

La chica con uniforme de asistente se volvió y ella sacó una de las bridas que llevaba preparadas— Las manos atrás. — en cuanto lo hizo sonrió— Veo que no eres tonta.

Con una mano no podía ponerle la brida, así que como estaba de espaldas, metió la pistola entre las piernas asegurando la brida alrededor de sus muñecas. Sacó la cinta de pegar y cortó un trozo— Date la vuelta.

La chica se volvió y se la pegó en la boca —Lista. ¿Eres la niñera? — negó con la cabeza — Muy bien. Ven conmigo. — recogió la pistola y la chica la miró como si estuviera loca— Tranquila, ya te lo explicarán. — tiró de ella hasta el cuarto de la lavadora sacando la caja de herramientas al pasillo —Como te oiga armar jaleo, te pego un tiro. — le puso la pistola en la sien— Hablo muy en serio. Siéntate.

Le puso otra brida alrededor de los pies y la dejó allí sentada antes de cerrar la puerta. Con paso firme fue hasta las habitaciones y vio que Dan había decorado la habitación enfrente de la suya para la niña. Se le retorció el corazón al ver en la puerta el nombre de Pauline. Miró la habitación entrando en ella. Una bonita cuna blanca estaba en el centro y al acercarse sintió que su corazón iba a mil por hora sintiendo una enorme decepción al ver que estaba vacía. Se giró al oír un ruido en el baño y al salir de la habitación, se le cortó el aliento al ver una foto suya en un marco de plata. Recordaba ese día. Ella se reía de un chiste que estaban contando en la televisión. Dan debía haberle sacado la foto con el móvil. Se giró para ver otra foto suya sobre una cómoda blanca que había cerca de la ventana. Paula no entendía nada. ¿Por qué había puesto fotos suyas en la habitación de la niña?

Volvió a oír el ruido en el baño y una risa— Serás mala. Quieres mojarme, ¿eh?

Se tensó al oír la voz de una mujer mayor. Caminó por el pasillo y empujó suavemente la puerta del baño que estaba entreabierta. En una bañera para bebés una mujer bañaba a su hija. Se le retorció el corazón al ver a su pequeña. Tenía el pelo muy rubio y tenía los ojitos abiertos sonriendo a la mujer que la estaba bañando. Era tan bonita...

Dio un paso hacia ella sin poder evitarlo y la mujer volvió la cabeza— ¿Quién es usted?

Paula reaccionó y levantó la pistola. —Saque a la niña del agua y séquela. Deprisa.

La mujer palideció—Dios mío. Es su madre, ¿verdad? No puede hacer esto.

—Mire. No estoy aquí para negociar. Lleve a mi hija a su habitación y procure que no se le caiga de los nervios porque sino me voy a cabrear. Y no querrá verme cabreada.

La niña chilló y ella la miró sonriendo— Sí, preciosa. Ya estoy aquí.

La mujer sacó a Pauline de la bañera envolviéndola con una toalla rosa. Ella se apartó para que pasara— Abríguela bien. Hace mucho frío.

—Sé hacer mi trabajo.

— ¿Y mantener la boca cerrada sabe hacerlo?

La mujer apretó los labios entrando en la habitación. Le puso el pañal y dejándola sobre el cambiador cogió un body. Se lo puso eficientemente. La niña intentaba meterse el puño en la boca— Tiene hambre. — dijo molesta.

—Es que ya le toca su toma. —la niñera le puso un mono rosa del mismo material de los anorak.

—Métala en su carrito. — no dejaba de apuntarla porque esa mujer era mucho más lista que la muchacha que limpiaba.

—No tiene. El señor no se lo ha comprado todavía.

Paula levantó una ceja— Mira, ¿tengo pinta de ser idiota? Conozco a Dan y sé que le ha comprado todos los cachivaches del mundo. Métala en su carrito antes de que pierda la paciencia y lo busque yo misma.

La mujer apretó los labios antes de salir. Paula la siguió de cerca. Como imaginaba en el armario del hall había un carricoche que tenía pinta de ser carísimo. Eso no se veía por su barrio. En cuanto la metió dentro, Paula le dijo— Dese la vuelta.

—Mire, no puede salir del edificio con ella.

—Dese la vuelta. —siseó apuntándole a la cabeza.

Palideciendo se giró — ¡Las manos atrás! Yo no tengo nada que perder. Ya lo he perdido todo.

La mujer llevó las manos atrás y ella tuvo que volver a poner la pistola entre las piernas. Al sentir que usaba las dos manos, la mujer se volvió tirándose sobre ella. Al caer al suelo Paula gruñó al sentir dolor en el vientre, pero se volvió a toda prisa empujando la mujer al suelo y cogiendo la pistola que había caído a su lado. Paula la miró fijamente— Me has cabreado. — dijo levantándose y metiéndole un puñetazo en la nariz que la dejó inconsciente— ¡Te lo advertí!

La cogió de las muñecas y le puso la brida a toda prisa— Así es mucho más fácil—la cogió por las piernas y tiró de ella hasta el cuarto de la lavadora. Al terminar estaba sudando. Joder lo que pesaba esa tía.

Abrió la puerta de la lavadora y la muchacha abrió los ojos como platos. Tiró de ella hasta estar a su lado y sacó cinta tapándole la boca —Ya está. Ahora aquí tranquilas hasta las cinco. Chao, chicas— salió cerrando la puerta y salió de la cocina mirando el carricoche sonriendo de oreja a oreja. Al ver que la niña arrugaba sus preciosos labios como si estuviera mamando susurró —Sí, tienes hambre. Déjame ver. —la llevó hasta la cocina en el cochecito y buscó su leche. Abrió la nevera —Bingo. — dijo sacando uno de los biberones y metiéndolo en el microondas. Miró hacia el carricoche —Comerás y nos iremos. Tenemos mucho camino hasta México.

Se acercó y casi temió cogerla en brazos. Sus ojos se llenaron de lágrimas al tocar su manita y se sobresaltó al escuchar el clic del microondas. Sacó el biberón y comprobó su temperatura en la muñeca.

La cogió en brazos como si fuera de porcelana y se sentó en una de las sillas de la cocina— Eres muy bonita. — susurró acercando la tetilla a su boca— Mamá te ha echado mucho de menos, ¿sabes?

La niña se puso a comer con ganas y Paula sonrió— Tienes la nariz de papá. —maravillada miró sus ojos que la observaban atentos— Eres muy pequeñita, pero es que mamá no pudo tenerte dentro más tiempo. ¿Me perdonas? — le acarició la mejilla — ¿Sí? Ya verás, lo vamos a pasar muy bien. En México hace mucho calor y el tío John estará allí.

Pauline apartó la boquita y ella miró el biberón. Sólo se había tomado la mitad— ¿No quieres más? — se lo volvió a poner en la boca, pero la niña se apartó.

Paula dejó el biberón sobre la mesa y se levantó colocándosela en el hombro. Canturreó acariciando su espalda y cuando eructó sonrió —Qué niña más lista. —la colocó en el carricoche y dijo viendo que no tenía manta— Vamos a coger algunas cositas. A papá no le importará.

La llevó hasta la habitación y buscó la bolsa de la niña. Comprobó que hubiera leche en polvo y pañales. Metió un montón de cosas más en la bolsa y la tapó con una manta. Estaba en la puerta a punto de salir cuando miró a su alrededor sintiendo una tristeza enorme. Al mirar en el aparador vio una foto de Dan con Adam. La cogió metiéndola en la bolsa también.

Entró en el ascensor comprobando que su gorro la cubriera bien la cara. Al llegar abajo empujó el carrito sin mirar al portero—Hasta luego,

Rose. —tosió despidiéndose con la mano enguantada— ¡Cuídate esa tos!

Ella asintió saliendo de allí. Al llegar al final de la calle, dio la vuelta a la esquina y se abrió la puerta de una furgoneta azul. Anne con gafas de sol ayudó a meter el carro dentro.

— ¿Cómo ha ido? — preguntó cerrando la puerta.

—La niñera se ha puesto rebelde. —miró el asiento del piloto donde su tía conducía hacia el puerto donde un barco la estaba esperando— Pero al parecer todo va bien. Vamos en tiempo.

Anne apartó la mantita para ver a su hija— ¡Oh Dios, qué cosa más bonita!

— ¿De veras? — preguntó su tía impaciente.

—Es muy rubia, tía. Se parece a mí.

—Entonces es preciosa. Mi chica era para comérsela.

—Se llama Pauline.

Anne la miró sorprendida— ¿Es broma?

—No.

— ¿Le ha puesto tu nombre?

—No es exactamente...

— ¡Déjate de rollos! La ha llamado como tú.

Miró a su hija —Tenía fotos mías en la habitación.

A su amiga se le cortó el aliento antes de decir— ¿Qué coño pasa aquí? Si no te quiere en su vida, ¿por qué tiene fotos tuyas en la habitación de la niña?

—Eso mismo me pregunto yo. —se encogió de hombros— Ahora ya da igual. No pienso detenerme para preguntarlo.

Su tía la miró a través del espejo retrovisor asintiendo. En cuanto llegaron al puerto, bajaron el carrito y Anne quitó la pegatina que cambiaba un cinco por un seis en la matrícula. Su tía se hizo cargo del carrito mientras Paula abrazaba a su amiga.

—Gracias. Eres la mejor. Dale las gracias a Roberto por el transporte.

—Lo ha hecho con gusto. Como yo. — la besó en la mejilla—Cuida de la pequeña y ser muy felices.

Su tía miraba a su alrededor y se acercó a ellas diciendo—Tenemos que irnos.

Paula cogió la bolsa de la niña cruzándosela sobre el pecho y las dos maletas que llevaban de equipaje.

— ¡Cuídate! —gritó Anne despidiéndose con la mano mientras iban hacia el control de pasaportes.

No había nadie en la cola y justo en el momento que le tocaba pasar Pauline se puso a llorar. Ella la cogió para calmarla y el policía vio su parecido— Que tengan buen viaje, señora Roberts.

—Gracias.

En cuanto salieron del control, recorrieron el pasillo fuera del edificio y sonrieron atravesando la explanada del puerto hacia el Estrella azul, un buque de mercancías que salía del puerto en una hora rumbo a México, donde su primo las estaba esperando.

Metidas en el camarote minutos después, su tía y ella miraban a la niña que se había quedado dormida.

—Es un ángel. —susurró su tía mirándola orgullosa como toda abuela.

— ¿Te alegras de venir con nosotras?

— ¿Y qué iba a hacer yo sola en Brooklyn? Mi lugar es con mi familia y mi familia está en México. ¡Pues aprenderé español!

Paula se echó a reír. Su tía sonrió acariciándole la mejilla— Hacía tiempo que no te oía reír.

—Es que hacía tiempo que no era feliz. —miró a su hija—El tiempo que estemos juntas merecerá la pena.

— ¿Estás segura que te encontrará?

—Me encontrará porque sé que no se dará por vencido. —acarició el pelo de su niñita— Sólo espero que tarde en encontrarnos.

Capítulo 11

En cuanto desembarcaron, pasaron por la aduana. Al presentar los pasaportes no tuvieron ningún problema y salieron de allí a toda prisa. John las esperaba en la puerta y se abrazaron chillando de alegría. Su primo la miró a los ojos— ¿Cómo estás?

—Bien. Ahora que te veo mucho mejor. — le miró de arriba abajo— Has engordado y estás muy moreno.

—Vamos, os lo contaré todo por el camino. — fueron hasta una ranchera roja que estaba aparcada y ella cogió a la niña en brazos. Sólo iba vestida con el body porque allí hacía mucho más calor. John metió las maletas en la caja del portaequipajes y cerró la portezuela mirando a su alrededor mientras ellas se subían al coche. Paula se sentó atrás con la niña y Estela nerviosa hacía lo mismo al lado del conductor. Pauline protestó y ella la miró— ¿Qué ocurre, preciosa? ¿Estás incómoda?

— Seguramente habrá que cambiarla. — dijo su tía volviéndose.

Paula colocó la mantita sobre el asiento de cuero y tumbó con cuidado a la niña encima— Vamos a ver.

Abrió los corchetes de la parte de abajo del body y su primo se sentó tras el volante arrancando— Prepararos para el camino. Estamos a cinco horas de camino.

—No te preocupes. — dijo ella abriendo el pañal.

Su primo aspiró— ¿Qué rayos es eso?

—El pañal.

John se echó a reír— ¡Dios mío, huele fatal!

—Acostúmbrate. — dijo la tía sonriendo de oreja a oreja— ¿Cómo va todo, hijo?

—Estupendamente. Tengo un negocio. Soy socio en un bar en la playa y nos va muy bien. Hay muchos turistas.

Paula se mordió la lengua porque ese negocio lo había comprado con el dinero de Dan, pero ella no le podía recriminar nada cuando le había robado algo mucho más importante. No quería ni imaginarse lo mal que lo estaba pasando en esos momentos.

Durante el trayecto se pusieron al día y se detuvieron a comer algo de camino. Paula se quedó medio dormida porque durante el viaje en el barco prácticamente no había pegado ojo, inquieta porque no se fiaba de la tripulación del barco y en cuanto el coche se detuvo se sobresaltó mirando a su alrededor. La playa se extendía a su derecha.

—Dios mío. Es precioso. Es un paraíso. — susurró haciendo sonreír a su primo.

—La casa fue un chollo. Y está alejada de todo el follón del turismo. Privacidad absoluta porque la casa de al lado siempre está vacía.

—Lo que necesitamos. — dijo abriendo la puerta del coche.

Pauline se echó a llorar y ella la cogió en brazos cubriendo su cabecita con la mano para que no le diera el sol. Entrecerró los ojos viendo a un hombre a lo lejos mirando el mar. Iba en vaqueros y con una camiseta azul, pero algo en él le cortó el aliento. Se volvió lentamente como si supiera que estaba allí y Paula se quedó sin aliento al ver a Dan. Se miraron el uno al otro durante varios segundos mientras su tía no dejaba de hablar sobre lo bonita que era la casa.

Paula pensó que no era justo. No había tenido mucho tiempo para estar con su hija. Sus ojos se llenaron de lágrimas y miró a la niña en sus brazos —Te quiero, mi vida. — susurró mientras una lágrima caía por su mejilla. Al levantar la vista vio que Dan se estaba acercando. Se detuvo a dos metros de ella.

—Hola, nena.

—Déjamela unos días. — le suplicó— Dame una semana con ella.

Dan sonrió— ¿Sabes lo que has hecho?

—Por favor... — susurró mientras lloraba sin darse cuenta— Te la devolveré en una semana, te lo juro.

—Me lo juras. — dijo entre dientes —Te has llevado a nuestra hija de los Estados Unidos. ¡La has secuestrado! ¿Sabes todas las cosas que se me han pasado por la cabeza?

—Lo siento. —derrotada miró a su hija y la besó en la frente antes de acercarse a Dan.

— ¿Eso es todo lo que tienes que decir? — estaba furioso.

Le miró a los ojos y sintió rabia. Rabia porque la hubiera encontrado tan pronto y porque no pudiera estar con su hija— ¿Quieres que te diga algo? ¡Te odio! —Dan palideció— ¡Te odio porque tú puedes tenerla y yo no! ¡Te odio porque no te importo! ¡Porque nunca te he importado!

—Nena, ¿qué dices? — parecía asombrado.

— ¿Y sabes qué? ¡Me la quedo! ¡Demuestra que es hija tuya!

Se volvió con intención de meterse en su casa cuando él le gritó —
¿Quieres pelear?

— ¡Sí! — gritó ella volviéndose y retándole con la mirada

Dan estaba tras ella y la miró duramente—Pues prepárate porque voy a ganar.

—Eso ya lo veremos. — fue hasta la casa donde John los miraba desde el porche muy serio.

— ¿Problemas?

—Tranquilo. Sólo viene a por mí.

Dan señaló a John— ¡Ya puedes cuidar a mi familia porque sino te las verás conmigo!

John le miró incrédulo antes de girarse y ver la espalda de su prima que entraba en la casa.

Dan juró por lo bajo pasándose las manos por el cabello. En cuanto Paula entró en la casa le dio la niña a su tía y se acercó a la ventana. Le vio caminar furioso hacia la casa de al lado y atónita salió al porche. John y ella le vieron entrar en el otro chalet con la boca abierta.

— ¿Vacía, eh?

— ¡Joder! — la miró asombrado— ¿Crees que llamaré a la policía?
¡No quiero largarme de aquí!

—No. — sonrió de oreja a oreja— Seguro que se le ocurrirá algo más retorcido.

— ¿No estás preocupada?

—No me ha quitado a la niña. — le guiñó un ojo— He ganado la primera batalla. Será interesante ver quién gana la guerra.

Ilusionada entró en la casa y besó a su tía en la mejilla que sonrió de oreja a oreja.

— ¿Estáis mal de la cabeza? — su primo no se lo podía creer — ¡Nos va a enchironar a todos!

—No— dijo su tía— Porque está enamorado de Paula. Sólo tiene que darse cuenta.

— ¿Y cómo habéis llegado a esa conclusión?

—Por las fotos. — dijo su tía como si fuera tonto.

—Explicate por favor.

Mientras su tía explicaba todo lo que había pasado, ella se dio una ducha y puso un bikini rojo con unos pantalones cortos. Después cogió a la niña y la bañó dejándola solamente con el pañal porque hacía calor para ponerle nada. Su tía sacó la canastilla que su primo tenía allí preparada y John puso una enorme sombrilla en la playa. Paula metió a la niña en la canastilla y la cogió por las asas llevando en el otro brazo leche protectora para bebés y una revista con la toalla. Colocó a la niña debajo de la sombrilla y la untó bien con leche protectora —Enseguida vendrá papá.

Se levantó y se quitó los pantaloncitos haciendo una mueca al ver su cicatriz. Estaba muy sonrojada. Se untó crema de la niña en ella para no empeorar el asunto y cuando levantó la vista allí estaba Dan yendo hacia ella a toda máquina — ¿Ves? Ya te lo dije.

— ¿Qué coño estás haciendo?

—Tomar el sol.

— ¡Pauline es muy pequeña para tomar el sol! —se puso a su lado mirándola bien de arriba abajo— ¡Joder! ¡Estás más delgada!

—Vaya, gracias. — se tumbó boca abajo al lado de su hija y abrió la revista.

— ¡Nena, esto no tiene gracia! ¡Tengo mucho trabajo en Nueva York!

—Pues vete. —levantó una pierna y él no perdió detalle.

— ¿Boca abajo no te duele?

Ella volvió la cabeza. Estaba de rodillas al lado de Pauline acariciando su mano— Un poco. — respondió mirándole con desconfianza— No te la vas a llevar.

—Es mía.

— ¡Y mía!

Dan apretó los labios —Renunciaste a ella.

—Porque me obligaste.

— ¡No quisiste verla cuando nació!

— ¡Me la ibas a quitar! ¡Verla hubiera sido una tortura!

— ¿Y qué haces aquí?

— ¡Porque estar sin ella era más tortura aún!

Se retaron con la mirada hasta que él dijo—Sabía que harías esto.

—Es que eres muy listo. — se volvió hacia la revista sonriendo interiormente— ¿Y sabes lo que voy a hacer ahora?

—No os vais a quedar aquí. Mañana nos vamos a Nueva York.

—Ya, claro. — pasó la hoja de la revista sin hacerle caso.

Dan se arrastró sobre sus rodillas acercándose a ella y la volvió poniéndola de espaldas—Escúchame bien. Mañana volvemos a Nueva York.

—No. Aquí no puedes hacer nada. Soy la señora Roberts y ella es mi hija. Como la toques, llamaré a la policía.

Él la cogió por el cuello y miró sus labios—Estoy harto de que me tomes por tonto. —la besó con rabia y para Paula fue como rozar el cielo. Abrazó su cuello atrayéndole a ella y Dan bajó su mano hacia su pecho acariciándolo por encima de su bikini. Paula gimió en su boca y Dan se apartó mirándola enfadado — ¿Crees que me vas a convencer con sexo?

Ella jadeó indignada empujándolo por los hombros— ¡Date un baño a ver si te enfrías!

Dan se incorporó quitándose la camiseta y Paula se lo comió con los ojos siguiendo sus manos hasta la cinturilla de su pantalón. Se bajó los vaqueros quedándose en calzoncillos. Ella levantó una ceja al ver que estaba excitado — ¿Te bañas conmigo?

Paula miró a la niña que se estaba quedando dormida — ¿Estará bien?

Él alargó la mano— Cinco minutos.

Salió de debajo de la sombrilla y le cogió la mano mirándole a los ojos —Joder Paula...—susurró tirándola de ella hacia la orilla—Me muero por tocarte.

—Pues tócame.

Se metieron en el agua lentamente y en cuanto el agua les llegó al pecho él la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo — ¿Me has echado de menos? — preguntó Dan cerca de sus labios.

—No.

Él entrecerró los ojos tensándose y ella sonrió acariciando su pecho— ¿Y tú a mí?

—No. — gruñó pegándola a él—Esta vez la has liado bien.

— ¿Tú crees? — le besó suavemente en el labio inferior— ¿Cuándo compraste esa casa?

Las manos de Dan bajaron hasta su trasero acariciandoselo por debajo del bikini—Hace dos meses más o menos.

—Sabías que John vivía ahí, ¿verdad?

—Claro que lo sabía.

Ella gimió cerrando los ojos cuando su mano llegó a su entrepierna — ¿Y para qué la compraste?

—Sabía lo que ibas a hacer, nena. Sólo era cuestión de tiempo.

Sorprendida le miró a los ojos— Me has tendido una trampa.

Dan sonrió — ¿Tú qué crees?

Dio un paso atrás— ¿Compraste la casa cuando nació la niña?

—Sí.

— ¿Por qué?

—Repito. Te conozco. Puede que lo pases mal durante un tiempo, pero tu carácter te impide quedarte con los brazos cruzados. Sabía que tarde o temprano intentarías llevártela ¿Y a dónde llevártela mejor que a casa de tu primo, el que está viviendo a cuerpo de rey gracias a mí?

Estaba jugando con ella y harta le gritó — ¿Qué quieres de mí?

—Mañana volvemos a Nueva York. — dijo fríamente— ¿Crees que no puedo probar que es hija mía? Sus huellas dactilares dirán que sí lo es. Tengo los papeles que lo demuestran. Volveremos a casa y tú te comportarás todo el camino porque si no lo haces te acusaré de secuestro y las cárceles mejicanas son mucho peores que las americanas. Eso te lo aseguro. Sino pregúntale a tu primo.

Ella empezó a salir del agua furiosa y él la cogió del brazo advirtiéndole con la mirada— No montes numeritos con tu primo. Estoy a punto de enviaros a los tres a prisión.

Jadeó al escucharle porque parecía que ella no le importaba nada. ¿Cómo podía ser tan idiota de querer a ese hombre? ¡No se la merecía! Pero ya le abriría los ojos. Como si tenía que despellearse los.

—¿Creías que me quedaría de brazos cruzados? Me conoces bien.

—No tan bien como creía. — dijo soltándose y yendo hacia la niña.

—Ah, no. La niña se queda conmigo y tú también. Esta noche duermes en mi casa. —la miró con burla — ¿No te parece idílico, nena? Volvemos al principio.

— ¡Piérdete!

Dan se echó a reír viéndola irse furiosa. Paula miraba la casa de su primo donde su tía la esperaba en el porche y sonrió. Su tía le devolvió la sonrisa.

Subió los escalones y Estela preguntó — ¿Cómo va eso?

—Me ha vuelto a chantajear.

—Entonces todo va bien. — la miró a los ojos— ¿Qué se le ocurrirá ahora? ¿Otro niño?

Se sentó en la barandilla del porche —No puede. Los médicos me han dicho que debo esperar dos años.

Dan entró en la casita dando un portazo y su tía silbó—Uff, parece enfadado.

—Frustrado más bien.

Ambas se echaron a reír a carcajadas y Dan salió de la casa— ¡Paula!

—Sí, ya voy. — dijo con aburrimiento.

Él gruñó antes de entrar en la casa de nuevo — ¿Has visto la casita que ha comprado cuando nació la niña?

Su tía sonrió— Este hombre promete.

— ¿A que sí? — le guiñó un ojo— ¿Me ayudas a trasladar las cosas?

En cuanto llegaron a la casita, sonrió porque era exacta a la de su primo que los miraba desde su porche divertido bebiendo tranquilamente una cerveza. Dan salió de la casa para coger la maleta de Paula mientras ella entraba en casa y vio a John allí sentado.

— ¿Cómo va eso, jefe?

— ¿Ya te has gastado la pasta?

—No soy idiota.

— ¿No me digas? — Dan le miró furioso— Puede que no seas idiota, pero eres un cabrón de primera. Engañaste a todo el mundo y tu prima se la jugó por ti.

—No sabía lo que iba a hacer para sacarme. No la hubiera dejado y ese cerdo del abogado ya me las va a pagar.

—Está en la cárcel por fraude. — dijo fríamente— El que me la hace, la paga.

John sonrió— ¿Y Paula?

Dan levantó una ceja— Ella es especial.

—Lo ha pasado mal, ¿sabes? — se retaron con la mirada— Lo ha pasado muy mal. Mi madre me llamó un día temiendo que se quitara la vida después de dar a luz a la niña.

Dan palideció— Esto es entre ella y yo. Lo solucionaremos.

— ¿Quieres decir que la obligarás a solucionarlo como la vez anterior?

—Si es preciso sí.

John bebió de su cerveza —Es mi hermana. Vuelve a hacerle daño y te mato.

—Como si te hubiera preocupado mucho hace seis meses. — entró en la casa y John juró por lo bajo.

Cuando Dan cerró la puerta vio que ella le miraba con los brazos cruzados y golpeaba el suelo de madera con el pie. Dan dejó caer la maleta — ¿Y ahora qué?

— ¡Es mi primo!

— ¡Es un chorizo!

— ¡Te devolvió el dinero el seguro! ¡Déjalo ya! ¡Ha pagado cinco años!

— ¡Está viviendo el sueño de cualquiera con mi dinero!

— ¡Tú tienes el dinero y él pagó cinco años! ¡Olvidalo de una puñetera vez! —exasperada cogió su maleta— Joder, qué pesado eres con las venganzas. Y si yo me vengara de ti, ¿eh? Esto no terminaría nunca.

La miró asombrado— ¿Tú vengarte de mí? ¡Esto es la leche! —se echó a reír sin ganas— Déjame ver... Me has timado ciento treinta mil pavos. Has destrozado mi casa ¡Y secuestras a mi hija!

— ¡Es mi hija también! — le gritó a la cara.

— ¡Estás loca!

— ¡Gracias! ¡Para tratar con gente como tú, debo de estarlo!

Se miraron a los ojos con la respiración agitada y Paula se tiró a él para besarle, desesperada por sentirle. Él la cogió por el trasero elevándola y la sentó sobre la mesa apartando la parte superior del bikini para acariciarle los pechos. Dan bajó sus braguitas sin dejar de devorarla colocándose entre sus piernas y cogiéndola de las caderas para pegarla a él. Dan se apartó para mirarla a los ojos entrando en ella lentamente. Paula gimió al sentirle en su interior— ¿Te duele, nena? — susurró antes de besarla suavemente en los labios.

—Dan... — se agarró en sus hombros.

Él sonrió al llegar al fondo de su ser— He soñado con esto, cielo.

Le miró a los ojos— Y yo. — gritó al sentirle moverse en su interior. Fue tierno exigente y por último muy apasionado, hasta hacerla estallar en un intenso orgasmo que la hizo temblar de pies a cabeza.

Varias horas después ella estaba de pie dándole el biberón a la niña y Dan observaba su cuerpo desnudo desde la cama. Estaba preciosa.

— ¿Por qué la llamaste Pauline? —preguntó al sentirse observada.

— ¿No te gusta? A mí me gusta. Pauline Hackford. — ella le miró a los ojos y Dan susurró—Ya que era clavada a ti, me pareció justo que llevara tu nombre.

Ella se emocionó y bajó la vista hacia la niña— No me has dicho qué haremos cuando lleguemos a Nueva York.

— ¿Ah, no? ¿Tú qué crees que haremos?

— ¿Me vas a hacer firmar otro contrato de los tuyos? — se colocó la niña al hombro mirándole.

—Por supuesto. Este te va a encantar.

— ¿Y qué quieres ahora?

—Es una sorpresa, cielo. No tengas prisa. —la miró malicioso —Ya sé que no puedes tener más hijos hasta dentro de dos años y...—ella palideció y Dan se sentó en la cama de golpe al darse cuenta que lo habían hecho sin protección — No pasa nada. Seguro que no pasa nada. Joder nena, no me he dado cuenta.

Ella forzó una sonrisa— No, claro que no pasará nada. Además, todavía no me ha bajado el periodo.

— ¿Y eso es normal?

—Al parecer sí.

—En cuanto volvamos, iremos al médico.

La niña eructó y cuando la volvió se había quedado dormida. La dejó en la cunita y fue hasta la cama tumbándose a su lado.

—Pues no sé qué vas a pedirme porque no tengo nada.

—Con los niños tan guapos que haces, incluso esperaría dos años para el niño.

Divertida le miró a los ojos —¿Y me tendrás encerrada en casa dos años?

Él la abrazó por la cintura— Y nueve meses.

—Pues tendrás que comprar muchos puzles.

—Ahora tienes a la niña. Ella entretiene mucho. Además, me he quedado sin niñera.

—Era buena. — dijo maliciosa.

Dan gruñó antes de besarla haciéndola olvidarse de todo excepto de él.

Capítulo 12

Al día siguiente ella no se quería levantar de la cama. Tumbada boca arriba dijo— Quedémonos aquí unos días.

Dan la miró sentándose a su lado— Nena, tengo mucho trabajo.

—Tú, yo y la niña. Solos. ¿No te apetece? — se sentó para mirarle bien — Nunca hemos pasado tiempo juntos los tres. Por favor.

Dan le acarició el cuello— Cuatro días y volvemos. La reunión del lunes no la puedo retrasar.

Ella chilló abrazándole por el cuello y besándole toda la cara mientras él se reía.

—Eres el mejor. Ahora vete a comprar condones.

Dan se levantó riendo— Sí, será lo mejor.

Ese día lo pasaron en la playa y en el momento que llegó John de trabajar, se unió a ellos. Paula estaba un poco nerviosa por la reacción de Dan, pero después de un par de horas incluso hablaban cordialmente sobre la niña. Sabía que nunca serían amigos, pero eso era un avance muy importante para ella. La tía Estela estaba enamorada de Pauline y no la dejaba un minuto, lo que a ellos les dio la oportunidad para nadar juntos y charlar sobre lo que habían pasado en esas últimas semanas.

Estaban paseando por la playa cogidos de la mano al día siguiente cuando él la miró de reojo. Ella sonrió —Así que soy especial, ¿eh? —Dan gimió haciéndola reír— Vamos, dime que soy especial.

—Eres especial. Estás algo loca.

Le abrazó por la cintura pegándose a él— ¿Y a ti eso te gusta?

—Si no me gustara, ya estarías en chirona como dice tu primo.

Paula perdió algo la sonrisa— No sé por qué tienes que sacar ese tema cada vez que intento que me digas lo que sientes por mí.

—Ya empezamos.

Él se apartó de ella y miró el mar dándole la espalda. Asustada por su actitud, se quedó allí de pie esperando una explicación, pero minutos después la explicación no llegaba, así que se acercó a él —Dan, ¿qué pasa? ¿No me quieres?

La miró furioso y ella dio un paso atrás— ¿Sabes por qué te exigí que tuvieras a la niña?

Paula negó con la cabeza sintiendo que temblaba por dentro— ¡Porque no quería una mujer! No quería una esposa que dependiera de mí en ningún sentido, ¿entiendes?

—No, no te entiendo. — le cogió por el brazo para volverle — ¿Qué es lo que quieres de mí? ¡Ya te lo he dado todo! —los ojos de Paula se llenaron de lágrimas— Sin ti y sin la niña no tengo nada. ¿Qué más quieres de mí?

— ¡No quería una mujer que controlara lo que hago o lo que dejo de hacer! — Paula palideció— No quería una esposa. ¡Sólo quería una amante y si me daba hijos, mejor!

Ella dio un paso atrás llevándose una mano al pecho— Oh, Dios mío.

La cogió por los brazos para que lo mirara— ¿Qué esperabas? ¿Qué porque he venido a buscar a la niña, había cambiado mi parecer? ¡La niña es mía y lo será mientras siga respirando!

—No sientes nada por mí, ¿verdad?

— ¡Yo no he dicho eso! Me gustaba lo que teníamos. Tú no me exigías nada y...

Furiosa se soltó— Por supuesto que sí. Encerrada todo el día en casa esperando a que llegaras, estaba deseosa de hablar con alguien. ¡Mendigándote tus horas libres! ¡No protestaba porque tenías cenas o reuniones de negocios y estaba encantada porque un día cada mes me llevabas al cine o a comer una hamburguesa! ¡Y la amenaza a ir a prisión a ti te vino de perlas, porque eso hacía que dominaras toda la situación y yo no pudiera abrir la boca! — él apretó los labios palideciendo— Claro que sabías que volvería por la niña. Sabías que no lo soportaría y que volvería con tus reglas. Dejaste que me torturara por haber abandonado mi hija. ¡Me tendiste una trampa en la que caí como una idiota! —gritó fuera de sí — ¿Pero sabes qué? Esto se ha acabado.

Él se enderezó— Pues atente a las consecuencias.

El corazón de Paula se rompió en mil pedazos al escuchar esa frase— Estoy harta de este juego absurdo que has ideado en tu cabeza. —una lágrima cayó por su mejilla— Quiero a mi hija más que nada en el mundo y estoy enamorada de ti, pero no voy a dejar que hagas de mí lo que quieras. El juego ha terminado.

Se volvió sintiendo que las piernas no la sostenían y él la cogió del brazo volviéndola— ¡Piensa bien lo que vas a hacer porque a mí también se me está acabando la paciencia!

— ¿Para qué me quieres a mí? Búscate a otra a la que le guste esta historia. Yo ya he acabado. — echó a correr hacia la casa de su primo sin darse cuenta que lloraba.

Su tía la vio llegar descompuesta y buscar el teléfono móvil.

—Hija, ¿qué ocurre?

— ¿Ocurre? Nada. —con el teléfono de su primo en la mano miró a su hija— Que esto se ha acabado.

Abrió el móvil y su primo entró en ese momento — ¿Qué haces? — preguntó él acercándose.

—John, necesito el número de la policía.

Su primo palideció — ¿Estás loca?

—No— le miró a los ojos— ¿No es lo que quiere? Pues ya está. Dame el número.

John miró a su madre que estaba pálida —Dáselo, hijo.

Su primo cogió su móvil y marcó el número— A ese gilipollas se le van a poner por corbata cuando vea lo que vas a hacer.

Paula le miró angustiada— No voy a seguir así. Ya no puedo más.

Le entregó el móvil a Paula, que limpiándose las lágrimas se puso el teléfono a la oreja — ¿Hola? ¿Habla inglés? — suspiró aliviada— Quiero entregarme. He secuestrado a mi hija.

Dos coches de policía llegaron en menos de veinte minutos. Uno de los policías hablaba inglés y mientras una policía recogía a la niña después de escuchar la historia de que no tenía la custodia y la había sacado de los estados Unidos, a Paula la esposaron con las manos a la espalda. Estaba saliendo sujeta por el brazo por el policía que hablaba inglés cuando Dan llegaba caminando por la playa. Dan echó a correr mientras la metían en el coche. A la niña la metieron en el coche de atrás.

— ¡Paula!

Llorando volvió la vista para no mirarle mientras él se acercaba a toda prisa al coche y un policía le empujaba por el pecho— ¿Pero qué están haciendo?

—Está detenida por secuestro.

— ¡Pauline! ¿Dónde está mi hija?

— ¿Es usted el padre de la niña?

— ¡Sí! ¡Suéltela y deme a mi hija!

—Eso lo solucionará el juez, pero desde ya le digo que la detenida. Ha reconocido el delito y no se va a librar de esta.

Dan sin poder creérselo se llevó las manos a la cabeza— ¿Pero qué dice? — miró al coche y se tiró a la ventanilla— Paula, ¿qué has hecho?

No pudo evitar mirarle y dijo —Es lo mejor.

Pálido dejó que el policía le apartara — ¿Qué has hecho? — gritó asustado.

—Lo que querías. —dijo su tía llorando desde el porche —Antes de que lo hicieras tú...

Dan vio como el coche de Paula iniciaba el camino y la seguía el coche que llevaba a su hija.

Paula miró hacia atrás y le vio gritar a su familia, seguramente preguntando por qué no lo habían impedido.

Suspiró mirando al frente esperando que no la tomara con su primo.

Tardaron veinte minutos en llegar a lo que creyó que era la comisaría y cuando la metieron en el edificio, vio que no se había equivocado. El agente que hablaba inglés la sentó en una silla y sin perder tiempo empezó a hacerle preguntas sobre cómo había sucedido todo. Paula le contó cómo ella había renunciado a la maternidad de la niña sin contar la causa. Le relató cómo después se arrepintió y organizó sacarla del país. El agente estaba algo asombrado, pero no abrió la boca para interrumpirla mientras tecleaba su declaración. Cuando terminó imprimió una hoja y se levantó para quitarle las esposas— Por favor, firme aquí.

Ella cogió el bolígrafo y firmó. Increíblemente estaba muy calmada pues en realidad ahora todo daba igual. Le daba absolutamente igual lo que le pasara.

— ¿Puedo hacerle una pregunta?

Ella levantó la vista hacia el hombre— Sí.

— ¿Por qué se ha entregado? Me dio la sensación de que el padre de la niña no iba a denunciarla. Podían haber solucionado esto sin que se enterara la ley.

—¿Se ha sentido alguna vez acorralado? ¿Queriendo conseguir algo y que termina siempre pegándose con la misma pared? —el policía asintió— Pues yo estoy saltando el muro.

—Ir a la cárcel no da la liberación, señorita. — la cogió por el brazo levantándola —Ya se dará cuenta.

La metieron en una celda donde había tres mujeres. Paula sin hablar se sentó en una esquina en el suelo a esperar. Una de las mujeres, muy morena de piel y que tenía en su pelo negro algunas canas, se acercó a ella mostrando una cojera evidente— Y tú gringa, ¿por qué estás aquí? — le preguntó en un inglés bastante aceptable.

Ella levantó la mirada— Por secuestrar a mi hija.

La mujer la miró con admiración— Bien hecho. Una madre debe luchar por sus hijos. Yo tengo ocho.

— ¿Ocho?

Las otras se echaron a reír y la mujer asintió— Ocho chamacos altos como torres.

— ¿Y tú por qué estás aquí?

— Por mula, niña.

Ella asintió sabiendo lo que quería decir. Transportaba droga en su interior para cruzar la frontera — ¿Has estado alguna vez en la cárcel?

Las tres se echaron a reír y todas asintieron— ¿Quieres un consejo? — dijo la mayor.

— Sí.

— En cuanto te metan, busca a una que te proteja. Eres americana y seguro que tienes dinero.

— No tengo dinero.

— Uy, chamaca... pues las vas a pasar bien putas como no te espabiles. — la mujer se sentó a su lado— Además en la cárcel necesitas dinero para sobornar a los guardias.

— Pues lo llevo claro. — se echó a reír sin poder evitarlo porque era cierto que estaba loca.

Las mujeres se echaron a reír también, hasta que un policía pasó por segunda vez ante la celda — Cuidado con ese. — susurró la mujer— Te mira mucho.

Paula la miró asustada— ¿Tú crees?

— No dejes que te lleve a ningún sitio. — susurró — Ponte a gritar si es necesario hasta que venga otro guardia. No me fío de él. Me han violado dos veces y sé de lo que hablo.

— Dios mío. — se estremeció empezando a entender lo que esa mujer quería decir y a darse cuenta de las dimensiones que tendría su decisión. Esperaba que Pauline estuviera bien. Se mordió el labio inferior al pensar

en su hija. ¿Cuánto tardarían en dársela a Dan? No sabía cuánto tiempo la mantendrían allí antes de ir ante el juez.

Estuvo charlando un rato con Rosario, que así se llamaba la mujer. Le explicó cómo iba el asunto y el sistema era igual que en los Estados Unidos. En cuanto llegara su abogado se presentarían ante el juez y él decidiría si iba a prisión o tenía libertad condicional. Ella sabía que iría a la cárcel porque no tenía dinero. Le costaría amoldarse, pero así no pensaría en la niña, ni en Dan. Saldría adelante.

Se quedaron allí sentadas muchas horas y cuando les dieron la cena, a Paula no le pareció nada mal. Algo de arroz con algo que parecía carne. Rosario le dijo— Come chamaca, tardarás mucho en comer mañana.

No sabía a lo que se refería, pero no lo discutió. La verdad es que no tenía sabor, pero lo comió todo como le habían aconsejado. Se quedaron dormidas apoyando la cabeza la una con la otra y un sonido en la cerradura despertó a Rosario, que le dio un codazo despertándola. Ella se puso alerta cuando vio al policía mirarla fijamente con una porra en la mano.

— Ven conmigo.

— ¿A dónde?

— A donde yo diga. — la cogió por el brazo para levantarla.

— ¡No! — se soltó de su brazo y gritó fuertemente— ¡Que venga el otro policía! ¡El que me detuvo! ¡El que habla inglés! ¡Soy americana! ¡Quiero aquí a los de mi embajada!

El tío dio un paso atrás rojo de furia— ¿Qué pasa ahí? — gritó alguien en el pasillo. Un hombre mayor con un gran bigote blanco y vestido de uniforme miró al guardia— Miguel, ¿qué ocurre?

— Nada, señor. — respondió entre dientes — Esta gringa, que está montando gresca.

— Venga conmigo. — dijo el otro policía— Sus abogados están arriba.

— ¿Mis abogados? — preguntó asombrada.

— Venga, señorita. No tengo todo el día.

Ella miró a Rosario, que asintió ligeramente y más tranquila siguió al hombre. Se despidió con la mirada de Rosario que le guiñó un ojo. Ella sonrió antes de seguir al hombre escaleras arriba. No se habían molestado en esposarla y cuando llegaron arriba, le siguió por un pasillo hasta que abrió una puerta que tenía un cristal ahumado. Entró en la habitación y se quedó de piedra al ver a Adam con otros dos hombres— ¿Qué haces aquí?

—Joder, Paula. Menudo lío en el que estás metida. ¿Cómo se te ocurre?

— ¡Quería volver a hacerlo! ¡No lo iba a consentir!

Adam apretó los labios — Señores, ¿pueden esperar fuera unos minutos?

Los hombres vestidos de traje salieron a toda prisa— ¿Qué ocurre? ¿Qué haces aquí?

— ¿Qué voy a hacer aquí? ¡Venir a sacarte de este lío! Dan me llamó de inmediato. —la miró furioso— Es increíble que hayas llamado a la policía. ¡Voy a tener que tocar unas teclas muy caras para sacarte de aquí!

Ella negó con la cabeza sentándose en una silla— ¿Por qué iba a querer sacarme de aquí? No voy a ceder. ¿Sabes lo que es estar siete meses encerrada en una casa? ¿Querer a una persona que no siente nada por ti y que te quita a tu hija sin sentir ningún remordimiento?

—Joder, Paula. No conoces a Dan en absoluto. — se sentó frente a ella — Se enamoró de ti aquel día en que te conoció. —a Paula se le cortó el aliento— Te llamó esa noche para pedirte una cita, ¿sabes? Pero no te localizó. Le dolió más que le hubieras tomado el pelo, que el dinero y cuando te hizo firmar lo de la niña, supe que quería retenerte de cualquier manera.

—Adam, me ha dicho...

— ¿Qué querías que hiciera, Paula? ¡Le timaste! ¡No te iba a decir que te quería, cuando sabía que así se exponía a que le tomaras el pelo de nuevo! Así que hizo todo lo contrario, aparentar que no te quería. Que no le importabas en absoluto por miedo a exponer sus sentimientos. Cuando tuviste a la niña, me contó que le habías echado de la habitación diciendo que se había terminado. ¡Que ni siquiera quisiste ver a la niña! — Paula palideció.

—Me ha dicho que no me quiere. ¡Me lo ha dicho!

—Sé lo que te ha dicho porque he estado hablando con él toda la noche. Sois unos idiotas de primera. ¿Sabes que estaba convencido de que secuestrarías a la niña?

—Sí. — susurró esperanzada.

— ¿Y sabes que me hizo confeccionar un nuevo documento para que estuviera listo?

—No, eso no lo sabía.

Dan cogió su maletín y le puso el documento delante. A Paula se le cortó el aliento al ver un contrato prematrimonial.

—No quería una esposa. — dijo asombrada miró a Adam.

—No. No quería una esposa cuando esto empezó. No sabes leer entre líneas.

— ¡Pues que me lo diga claramente!

—Eso tendrás que hablarlo con él cuando te saque de aquí. Eso si no te mata, porque tiene un cabreo de primera. —iba a coger el contrato cuando ella se lo arrebató.

—Quiero leerlo.

Adam puso los ojos en blanco antes de levantarse y dejar entrar a los otros dos hombres.

Paula empezó a leer el contrato prematrimonial. En él se especificaba que se comprometía a tener tres niños como mínimo, pero que en caso de divorcio se los quedaría él. Por encima de su cadáver. También le daba una pensión ridícula al mes en caso de divorcio. Paula chasqueó la lengua al ver las estipulaciones de sexo a la semana y de que se comprometía a que en caso de infidelidad abandonaría la casa con lo puesto. Este hombre era idiota.

Los abogados hablaban y ella miró a Adam tamborileando los dedos encima del documento. Adam entrecerró los ojos— ¿Qué?

—Apunta, guapo. Porque de aquí no me saca nadie hasta que Dan firme un papelito.

Adam sonrió divertido— Sois tal para cual, ¿sabes?

—Ya. He aprendido del mejor.

Ella se quedó con los dos abogados, que eran mejicanos, mientras Adam salía con el documento escrito a mano, que les había llevado dos horas redactar. Sonrió contenta mientras ellos la miraban como si le faltara un tornillo. Los gritos de Dan se escucharon desde allí y ella sonrió de oreja a oreja. Cuando se abrió la puerta entró Dan en vaqueros y camiseta mirándola como si quisiera matarla— Hola, cielo. — dijo ella encantada de la vida.

— ¿Hola, cielo? — miró a los abogados— ¡Fuera!

Mientras salían y Adam entraba, él tiró los papeles ante ella— ¡Escúchame bien porque me estás poniendo de los nervios! ¡No voy a firmar eso! Si quieres salir de aquí...

—No quiero salir de aquí. — se encogió de hombros tan tranquila.

La miró atónito— ¿Quieres pasarte veinte años en una cárcel mejicana?

—Cuando llamé a la policía, sabía lo que hacía. —le miró enfadada— ¡Me mentiste! Pues ahora si quieres sacarme, tendrás que firmar eso porque no pienso retractarme si no lo haces.

Dan miró a Adam asombrado—Está loca.

Adam se cruzó de brazos— A mí no me metas. Creo que los dos necesitáis un psiquiatra.

Dan ignoró a su amigo y se acucilló ante ella— Nena, piensa en Pauline. Piensa en lo que sufrirá al tener a su madre en la cárcel.

—Si no me conoce. — dijo divertida— ¿Ahora recurres a la niña cuando me la quitaste?

— ¡Eso fue muy distinto!

—Claro, porque esperabas que hiciera precisamente esto. Pues ahora vamos a pagar todos las consecuencias. —le retó con la mirada y él apretó los labios antes de mirar las hojas. Se incorporó y empezó a caminar de un lado a otro.

— No pienso firmar la cláusula cinco.

Ella miró la cláusula y sonrió— Sí que la firmarás. Quiero una boda por todo lo alto y luna de miel en Venecia.

— ¿No podemos ir al juzgado?

—No.

Adam intentó retener la risa y Dan le fulminó con la mirada— ¿No puedes esperar fuera?

—Tiene que haber un abogado en la sala.

—Yo quiero que se quede para que oiga las estupideces que dices. — dijo ella picándole.

—No pienso firmar que te quedarás con la mitad de la empresa si te soy infiel.

—Es lo justo. Tú me los pones y yo te hago la vida imposible. Es lo que hacen las despechadas. ¿No lo has oído nunca?

—Ni voy a firmar que te quedas con los niños.

—Eso es si no me dices que me quieres todos los días. — le enseñó la hoja— ¿Te lo quieres volver a leer?

Dan le arrebató el contrato prematrimonial y furioso se lo volvió a leer a toda prisa — ¡Esto es ridículo! No puedo tomarme vacaciones cada tres meses.

—Sólo es una semana y un mes en verano. ¿De qué te sirve ser el dueño de la empresa si no puedes hacer esas cosas?

Adam ya no se resistía. Se reía abiertamente mientras Dan seguía leyendo. Entrecerró los ojos cuando llegó al final y ella sonrió porque sabía lo que le pasaba por la cabeza— No tengo obligación a decirte que te quiero hasta que yo quiera.

Él enderezó la espalda— Ya sé que me quieres. Me lo dijiste en la playa.

—La cárcel abre los ojos y puede que el espejismo se me haya pasado. Una se da cuenta de muchas cosas en el trullo. —chasqueó la lengua— ¿Firmas o no? No tengo todo el día. Mis amigas de la celda me están esperando para darme una paliza y hay un policía que me ha echado el ojo, como dice Rosario.

Dan palideció cogiendo el bolígrafo y firmando a toda prisa mientras que Adam se partía de la risa. Ella sonrió de oreja a oreja— Así me gusta. — cogió los papeles por la esquina, pero Dan no quería soltarlos— Vamos, cielo. Tú puedes.

Dan los soltó rabioso —Esta me la vas a pagar.

—Que sea atada a la cama. —dijo seductora mientras doblaba las hojas —Me encantó la otra vez.

Adam se dobló de la risa mientras que Dan se ponía como un tomate. Ella se levantó acercándose a él y rodeando su cuello con sus brazos— Un besito de despedida.

Él la cogió por la cintura— ¿Estás bien?

Paula sonrió mirándole a los ojos— Estoy bien. ¿La niña?

—Está con tu tía. — él suspiró apoyando su frente en la suya— Joder, nena. No haces más que darme sobresaltos.

—Y eso te encanta. — le besó suavemente y él la pegó a su cuerpo tomando el control del beso.

Adam carraspeó antes de decir— Chicos, creo que antes de la siguiente crisis deberíamos sacar a Paula de aquí. ¿Os parece?

Ella se separó a regañadientes— Vale, ¿qué tengo que hacer?

No sabía qué había hecho Adam, pero cuando se presentó el policía ante ella con su declaración, Paula sólo tuvo que decir que no sabía qué le había pasado, pero se lo había inventado todo. Como no había pruebas y el padre de su hija al parecer había dicho que estaban allí de vacaciones

aportando la escritura de su casa, el policía la tuvo que dejar salir después de hablar con su jefe, el del bigote.

En la puerta se volvió a encontrar con Dan que la cogió de la mano en cuanto estuvo a su lado.

—Ya podemos irnos, chicos. Hablamos en el coche porque hay un problema que tenemos que solucionar. — dijo Adam divertido.

Había un coche gris en la puerta y Dan se sentó detrás del volante. Para que Adam estuviera más cómodo por su altura, ella se sentó detrás.

— ¿Qué problema tenemos? — preguntó mirando a su alrededor. Era una ciudad muy bonita como las de las películas cuando hablaban de Méjico.

—El problema es que han hecho la vista gorda respecto a cómo has entrado en el país.

—Mierda, el pasaporte. Está a nombre de otra persona.

—Exacto. Tienes que ir a la embajada y arreglar tus papeles.

— ¡Joder! — Dan la fulminó a través del espejo retrovisor— ¿Más días aquí?

—Eh, eh. — sacó la hoja de la parte de atrás de sus pantalones cortos — ¿Recuerdas la página dos? ¡No me puedes recriminar lo anterior ni de mí, ni de mi familia!

Dan gruñó mientras Adam se reía —Le estás matando.

—Lo sé. —dijo maliciosa.

—Ya puedes compensarme. — dijo Dan de mal humor.

—Puedo hacer un esfuerzo. Aunque eso no está firmado.

—Ya haré yo que lo firmes.

Tumbada en la cama después de hacer el amor le acarició el pecho suspirando de felicidad —Dan...

— ¿Uhhh? — ya estaba medio dormido.

—Se está acabando el día.

Eso lo espabiló de golpe y levantó la cabeza para mirarla— ¿Y?

—Pues que estoy esperando.

— ¿No empezamos mañana?

—El papel está fechado a día de hoy. — respondió tensa sentándose para verle bien— ¡No mañana! —él la miró a los ojos reprimiendo una sonrisa— ¡Y procura que me lo crea porque si no ya sabes lo que hay!

Él la cogió por la cintura y la tumbó sobre él. Paula apoyó las manos en su pecho para mirarle bien —Soy algo idiota.

—Eso ya lo sé, cariño. Pero eso no es lo que quiero oír.

Dan le hizo cosquillas y ella chilló de la risa intentando apartarse. Terminó debajo de él y se miraron a los ojos sonriendo y con la respiración agitada.

— Eres preciosa. — Paula se sonrojó de gusto— Eso fue lo primero que me llamó la atención de ti. —se echó a reír— Parecías tan tímida y modosita. Y en realidad no lo eres en absoluto.

Paula sonrió. — ¿Ahí te enamoraste de mí?

—Me enamoré de ti cuando ibas a cerrar la puerta del piso y sonreíste. Yo te dije que no iba a olvidar ese día en la vida y tú dijiste...

—Lo mismo digo. — Paula se echó a reír— Te lo tragaste todo.

—Es que eres una timadora de primera.

—Y secuestradora. Valgo para todo.

Dan sonrió —Me fastidió bastante no encontrarte.

—Me lo imagino. — le acarició la nuca sintiéndose muy feliz— Tus ganas de vengarte las vi después.

—Oh, eso fue más tarde de que me dieran varios berrinches. Ya estaba mucho más calmado.

—Fuiste un cafre.

Dan se echó a reír a carcajadas asintiendo— Es que no querías que te me escaparas. Y no podía ir a visitarte a la cárcel. Me pareció un buen plan.

— ¿Y la niña?

—Lo deseaba muchísimo. Así mataba dos pájaros de un tiro. — de repente perdió la risa— Me asusté cuando te caíste de la terraza.

—Lo sé.

—Creí que te iba a perder y me aterrorizó. Volviste a hacérmelo pasar mal en el parto y no me había dado tiempo a aclararte que quería alargar el trato. —le acarició la mejilla con ternura— Me echaste de la habitación y sentí que no me querías. Pero sabía que aunque no quisieras ver a la niña en ese momento, en cuanto lo pensarás no te podrías resistir y no perdía la esperanza que te presentaras en casa en cualquier momento. Pero esos días sin ti fueron horribles.

—Lo mismo digo. — sus ojos se llenaron de lágrimas— Pensaba que no te importaba lo que me ocurriera.

—Lo siento, nena. No llores. ¡Joder, lo estoy haciendo fatal! —la besó en la mejilla para borrar sus lágrimas —Te quiero, cielo. No puedo vivir sin ti y cuando te he visto en ese coche de policía, me he dado cuenta que he sido un egoísta que no te merece. Quería que todo volviera a ser como antes y no me daba cuenta que para ti había sido como estar en prisión.

—No me dolía estar encerrada en casa tanto como saber que no vería crecer a la niña.

Él suspiró y la besó en los labios— Pero ahora se han cambiado las tornas.

Paula se echó a reír— Vete preparándote porque pienso hacer que cumplas todo lo que has firmado.

—Te quiero. Te quiero y te quiero. ¿Si lo repito mucho vale para días posteriores?

Ella abrazó su cuello— No.

— ¿Y si se me olvida?

—No dejaré que lo olvides.

Epílogo

— ¿Estás nerviosa? — preguntó su tía con la niña en brazos mirando como se ponía los pendientes de diamantes que Dan le había regalado esa misma mañana.

—Sí. — se miró el vestido de terciopelo verde que llegaba hasta sus tobillos. Los zapatos negros combinaban con el cinturón de raso que llevaba en su cintura. La miró emocionada a través del espejo— Ha dicho que será un cumpleaños especial y que me vistiera de gala. ¿A dónde me llevará?

— ¿A la ópera?

La miró horrorizada haciéndola reír y se volvió yendo hacia la niña y cogiéndola en brazos— ¿Cómo está mi niña?

Soltó un chillido en respuesta— Eso, tú a dormir con la tía y yo de fiesta. —miró a su tía— ¿No es increíble que ya tenga un año? — salieron de la habitación y fueron a la de la niña. La tumbó en la cuna y tiró de la cuerda del juguete que tenía colgado encima que empezó a girar. Siempre se dormía con él.

—Está preciosa. —dijo la tía mirándola —Y tú también. Se le va a caer la baba. Ese recogido es maravilloso.

—Gracias. — miró su reloj y frunció el ceño— Debería haber llegado ya. Me dijo que debía estar preparada a la seis.

—El tráfico. No te pongas histérica que te conozco.

Media hora después estaba de los nervios y le llamó por teléfono. Él contestó al segundo tono— Nena, no voy a llegar.

Ella abrió la boca asombrada— ¿Por qué? ¿Estás bien?

—Oh, sí. Tú no te preocupes que llegaré en cuanto termine aquí.

Se escuchaba ruido de fondo y escuchó hablar una mujer—Deja el móvil, Dan. Vamos a acabar con esto.

— Tengo que colgar.

— ¡Dan! —Asombrada miró a su tía— ¡Me ha colgado! ¡Y estaba con una mujer!

Su tía levantó las manos— Respira. Respira que la vena del cuello se ha doblado de tamaño.

Ella sintiendo que su corazón iba a mil por hora, fue hasta la cocina y cogió un cuchillo — ¡Esto me lo va a pagar!

Su tía chilló al verla salir— ¿Qué haces? ¿Estás loca? ¡Puede que estuviera en una reunión!

— ¡Si! ¡Estaba reuniéndose con otra! — rajó el sofá de cuero granate de arriba abajo—¡Suerte tiene que no le pillo y que no tengo ni idea de dónde está!

Su tía se acercó prudentemente— ¡Deja el cuchillo!

Cuando terminó con los sofás, cogió la televisión que pesaba una tonelada y la tiró sobre la mesa de cristal del comedor. Miró a su alrededor — ¡Será traidor! —siseó mirando a su alrededor buscando qué romper— ¡Sus trajes!

Su tía chilló— ¡Ni se te ocurra! —la siguió por el pasillo— ¡Te estás volviendo loca! ¡Como metas la pata, te vas a arrepentir!

Cogió uno de los trajes, pero se le habían olvidado las tijeras cuando escuchó que se abría la puerta. —Ya está aquí... — siseó furiosa saliendo con el traje en la mano.

Dan miraba el salón con la boca abierta y ella le iba a gritar cuatro cosas cuando vio que tenía el brazo escayolado bajo el abrigo. Tiró el traje al suelo— Cariño, ¿qué te ha pasado?

— ¿Qué me ha pasado? ¿Qué coño le ha pasado al salón?

Sin hacerle caso se acercó— ¿Te has roto el brazo?

— ¿Has destrozado el piso? — estaba incrédulo y ella se sonrojó mientras su tía ponía los ojos en blanco.

—Verás es que ... ¿no quieres sentarte?

Él miró los sofás de los que salía el relleno entre los jirones del cuero — ¿Dónde?

—No seas exagerado. Todavía se pueden usar. —la miró como si estuviera loca— Vale. ¡Me cabreaste!

— ¡No quería que te preocuparas! —le gritó a la cara —Y tú destrozas el piso. ¡Y por cierto no es la primera vez!

—Recuerda que no puedes recordar lo que...— la mirada de Dan la hizo gemir— Lo siento. — se acercó rodeando su cintura con cuidado— ¿Te duele?

—Me duelen más los diez mil dólares que tendré que gastar en muebles.

—Esta vez elijo yo los sofás. — susurró contra su pecho— ¿Qué ha pasado?

—Me resbalé en la calle cuando iba hacia el coche. La acera estaba helada— respondió molesto apartándose y quitándose el abrigo de los hombros.

—No te enfades. —dijo arrepentida— Lo siento de verdad.

Dan la miró y suspiró sentándose en el brazo del sillón— Nena, no puedes hacer esto.

Le dio la sensación que había rebasado el vaso y se acercó a él poniéndose muy nerviosa— Es que estaba tan ilusionada por nuestra noche y después no llegabas...Al oír a esa mujer decir que teníais que terminar se me cruzó el cable.

— ¿Crees que estaría con otra mujer cuando había quedado contigo? ¡Como si no hubiera horas en el día!

Paula entrecerró los ojos— ¿Eso qué quiere decir?

— ¡No busques excusas para discutir!

Se puso como un tomate porque tenía razón— Vale. Te quiero y me he puesto celosa. No he podido evitarlo.

Dan sonrió cogiéndola por la cintura con el brazo sano y ella acarició su cuello— ¿Te duele?

—Sí, pero escuchar decir que me quieres me ha curado. Lo cura todo —la besó en los labios y dijo triunfal — Has tardado diez meses, pero al fin lo he conseguido.

Asombrada vio que se quitaba la escayola y se levantaba del sofá tirando la escayola sobre la alfombra.

Dan recogió el traje del suelo de la que pasaba— ¿Cuántos ha cortado Estela?

—Ninguno, gracias a Dios. Intenté retenerla cuando destrozaba el salón, pero llevaba un cuchillo enorme.

Dan se echó a reír y Paula asombrada les miró a ambos—Era una trampa.

—Cielo. Enseguida me cambio. — dijo Dan divertido— Has picado.

Gimió mirando a su alrededor, pero no pudo evitar sonreír. La conocía muy bien y le amaba más de lo que creía posible.

Le siguió hasta la habitación y se sentó en la cama mirando hacia el vestidor donde se estaba quitando el traje— ¿Tantas ganas tenías?

Él la miró sonriendo de oreja a oreja— Muchas. ¿No te has dado cuenta?

—Sabes cómo voy a reaccionar incluso antes que yo, ¿verdad? —Su marido se echó a reír asintiendo— Pues yo también sé cómo vas a reaccionar en todas las situaciones.

Él sin dejar de reír negó con la cabeza— No puedes superar lo de esta noche.

—Claro que sí. Pero no te asustes, ¿vale?

— ¿Qué puedes decirme que me asuste? — desnudo fue hasta el baño.

—Estoy embarazada.

Dan se detuvo en seco y se volvió totalmente pálido. Ella sonrió— ¿Ves? Sabía que reaccionarías así. Pero he hablado con el médico y me ha dicho que no pasará nada. Lo de los dos años es una recomendación, pero que un embarazo a estas alturas es totalmente normal.

—Nena...Dijeron que era mejor esperar dos años. —Paula se echó a reír y él entrecerró los ojos— Es mentira. Sólo era para demostrar tu teoría ¿verdad?

Paula se levantó y le abrazó por el cuello para besarle en los labios — Cielo, eso lo descubrirás en unos meses. Además, tienes un contrato que cumplir, ¿recuerdas? Si no nos damos prisa, no nos dará tiempo. Son cuatro niños.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Vilox” o “Juramento de amor” Próximamente publicará “Vilox II” y “Una moneda por tu corazón”

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de setenta para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.